LOS MISTERIOS DE DIOS REVELADOS

Desafío de Dios a la humanidad en estos tiempos pre-escatológicos

Arcadio Sierra Díaz

Los misterios de Dios revelados

Copyright © 2017 por Arcadio Sierra Díaz
Bogotá D.C. - Colombia
Todos los derechos reservados por el autor.

Sitio web: arcadiosierradiaz.com
Email: cristiasidia@gmail.com
URL canal de Youtube:
https://www,youtube.com/c/ArcadioSierraDiaz
URL página de autor en Amazon:
https://www.amazon.com/author/arcadiosierradiaz

CONTENIDO

Introducción, 5

1. **El misterio del reino de los cielos**, 9
La parábola del sembrador, 16
La parábola del trigo y la cizaña, 18
La parábola de la semilla de mostaza, 19
La parábola de la levadura, 20
La parábola del tesoro escondido, 21
La parábola de la perla preciosa, 22
La parábola de la red, 23

2. **El misterio del endurecimiento de Israel**, 26
El gran propósito de Dios, 26
Las primogenituras como realidades proféticas, 28
La elección de David y sus efectos, 33
Israel es dividido en dos reinos, 36
El adulterio de Efraín, 37
Un divorcio con Efraín, 40
Primer cautiverio, 41
Segundo cautiverio, 45
Un misterio sin revelar, 46
Un nuevo pacto, 48
Las ovejas perdidas, 54
La pared intermedia derribada, 56
Un misterio revelado, 58
¿Quiénes son los elegidos?, 60
La salvación de Israel, 62

3. **El misterio de Cristo - Jesucristo como la plenitud encarnada de la Deidad**, 66
La herejía del gnosticismo, 68
Pleroma, epignosis y katoikeo, 69

4. **El misterio de la piedad**, 74
La encarnación del Verbo, 76
La kenosis de Cristo, 79
La vindicación de Cristo, 80
La relación de Cristo con los ángeles, 80
La predicación del evangelio, 81
La edificación de la iglesia, 81
La ascensión y glorificación de Cristo, 82

5. **El misterio de la fe**, 84

La fe subjetiva y la objetiva, 84
La fe en ejecución, 92

6. **El misterio de la iglesia**, 96
La iglesia siempre estuvo en la voluntad de Dios, 96
La iglesia, el cuerpo místico de Cristo, 97
En Cristo son benditas todas las naciones, 100
El misterio del matrimonio, 103

7. **El misterio de la habitación íntima del Cristo vivo en el creyente**, 105
Cristo en nosotros: La vida eterna, 105
Unión espiritual del creyente con Dios, 106
Compañerismo moral y espiritual con Cristo, 109
Cristo, la plenitud de Dios, 112

8. **El misterio de las siete estrellas y de los siete candeleros de oro**, 114
Cada iglesia local es un candelero, 114
Períodos de la iglesia, 116
Simbología de la iglesia en el Tabernáculo, 119

9. **El misterio de la mujer y de la bestia que la trae**, 123
Una mujer ebria cabalgando una bestia, 124
La bestia en el curso de la historia, 127
La mujer ebria y la adoración satánica. 128

10. **El misterio de la iniquidad**, 134
Trasfondo y origen de la iniquidad, 134
¿Qué detiene la manifestación de la bestia?, 138
Israel, el reloj profético de Dios, 141

11. **El misterio de la transformación del cuerpo de los santos**, 148
Todos los justos seremos transformados, 150
La desnudez espiritual, 154

12. **El misterio de la voluntad de Dios**, 159

INTRODUCCIÓN

«*Porque no quiero, hermanos,*
que ignoréis este misterio...»
Romanos 11:25

En la inmensidad del gran misterio de Dios, que es Él mismo, en estos últimos tiempos, Él ha estado revelando al hombre algunos aspectos de sus secretos; es decir, todo aquello que Él necesita que conozcamos de Él, de sus propósitos con el hombre, sobre todo lo relacionado con la redención de los seres humanos y la restauración de su reino sobre toda la tierra, pero que han estado más allá de la posibilidad de ser conocidos por medios naturales. Eso significa que los secretos de Dios sólo pueden llegarse a saber por revelación divina, y sólo de una manera y en un tiempo señalado por Dios, y a las personas iluminadas por el Espíritu de Dios. Dios revela sus secretos a los que confían en Jesucristo, y lo hace a través del Espíritu Santo; jamás lo hace sólo a través de la inteligencia de los hombres, por brillante que sea; o valiéndose de la perspicacia de algunos seres humanos privilegiados. Eso significa, además, que las verdades de Dios no pueden ser descubiertas por la percepción de los sentidos o por la simple razón humana, ni analizadas y explicadas por los sabios y filósofos de este mundo. Por eso la Palabra de Dios habla de misterios; todo aquello que Dios mantiene oculto al conocimiento del hombre, tras un espeso velo divino.

A lo anterior podríamos añadir que, en realidad, un «misterio» no es ningún asunto insondable; es decir, no es algo que sólo pueda ser conocido por algunos pocos individuos de esclarecidas mentes, alguna élite de iniciados, como lo quieren indicar

las llamadas religiones misteriosas, las religiones esotéricas de los días del apóstol Pablo, y que aun perduran hoy en día. Por el contrario, un «misterio» es algo que Dios mantuvo en secreto, pero que a su debido tiempo Dios le quitó el velo a ese misterio; fue develado, y entra a pertenecer a la categoría de las verdades «reveladas».

De manera que, indiscutiblemente, en la Biblia, la palabra «misterio» siempre indica un secreto divino oculto, como es de suponer, para el hombre; más allá de su capacidad de comprender, pero que ahora ha sido develado y revelado por Cristo, primeramente a los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento.

Los misterios de Dios, una vez revelados, son transformados en temas de la comprensión del creyente, sobre todo del creyente de algún grado de madurez espiritual; aunque esos misterios en realidad no sean totalmente comprendidos con perfección, pues siguen guardando sus aristas un poco ocultas. Entonces, sabemos que los misterios, aun después de revelados, continúan revestidos de determinados elementos que, aunque veraces, permanecen de alguna manera velados, más allá del perfecto entendimiento meramente humano.

Bueno, en este punto, dejamos sentado que, sin duda, el mayor de los misterios es Dios mismo, por obvias razones. «*A Dios nadie le vio jamás, el unigégino Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer*» (Jn. 1:18). «*Nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar*» (Lc. 10:22). Para los seres humanos muertos espiritualmente les es imposible que conozcan a Dios Padre o a su Hijo, a menos que el Hijo se los quiera revelar. Pero a esos que Dios ama, a aquellos que han alcanzado madurez, les revela algunos de sus secretos, sus intimidades y proyectos, pues son los que tienen capacidad espiritual para percibir las profundidades de Dios. Le expresa Dios al profeta Jeremías: «*Clama a mí, y yo te responderé, y te*

enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces» (Jer. 33:3).

Los misterios de Dios siempre revelan alguna intención especial de la voluntad de Dios, alguna particularidad dentro del propósito eterno de Dios. «*Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria*» (1 Co. 2:7). Aquí se refiere a los misterios relacionados con la sabiduría de Dios, esa que está vinculada a la redención humana. Esto significa que cuando vamos anunciando el evangelio, no hacemos otra cosa que exponer a los seres humanos la sabiduría de Dios; esa misma que había estado oculta desde antes de los siglos; vamos anunciando diferentes verdades que Dios había conservado en secreto. La sabiduría está contenida en el misterio divino; es decir, Dios ha revelado el secreto de que los hombres, todo aquel que crea, ya ha sido redimido por completo mediante la obra de Cristo.

En torno de los misterios divinos, la epístola del apóstol Pablo a los Efesios es considerada un texto profundo y brillante, donde Dios le quita el velo a varios misterios divinos. Por ejemplo, en el contexto de Efesios 3:1-6, donde introduce el tema de la iglesia, asevera que ese es un misterio. ¿Dónde radica el misterio? En que los gentiles debían ser salvos; y no sólo salvos, sino también equiparados en pie de igualdad con los judíos creyentes en Cristo, formando de esa manera una comunidad redimida sin muro divisivo; lo que era un tema profético. Sin embargo, la verdadera naturaleza de esa comunidad, según la descripción de Pablo en los capítulos 1 y 5 de esta epístola, era un «misterio». Por tanto, en la índole de la plenitud de aquel que lo llena todo en todos, en calidad de um cuerpo místico que incorpora tanto a judíos como a gentiles (pues las divisiones entre unos y otros son eliminadas en Cristo, desde que se conviertan a Él), la iglesia cristiana era un asunto que los profetas antiguos percibían apenas muy indistintamente,

pues si miraban, lo hacían a través de un velo que les dificultaba conocer con claridad el propósito de Dios; de esa manera, en su significado completo, conforme Pablo lo describe, la iglesia siempre había sido algo totalmente ignorado, y por tanto, un «misterio».

En esa misma epístola, asimismo, la iglesia cristiana, en la posición de esposa de Cristo, es ilustrada mediante el matrimonio terrestre; lo que encierra una relación especial, un privilegio sin igual. Es destacada la unidad, pues es declarado que los dos (marido y mujer, que representan respectivamente, a Cristo y su iglesia) se hicieron «*una sola carne*»; este es un misterio. El tema del pueblo celestial, la esposa de Cristo, en su relación con el Señor Jesús, que seamos uno con el Señor Jesús, es un «misterio», algo anteriormente completamente desconocido, pero que ahora nos fue revelado por la voluntad divina.

Efesios 6:19 menciona el misterio del evangelio, esto es, el evangelio conforme él mismo es plenamente revelado; sin embargo, cuanto está implícito en esa enseñanza, relacionado con la redención humana, fue algo que había sido totalmente oculto a los profetas antiguos. El evangelio, pues, revela ciertas verdades anteriormente ocultas, verdades exaltadas, que hablan sobre una redención y de una glorificación transcendentales para los creyentes. Que el mero hombre pudiese estar elegido para un destino tan elevado y celestial, era algo desconocido en los tiempos del Antiguo Testamento, pero que nos fue revelado en Cristo, a través del apóstol Pablo, el agente de esa revelación.

Capítulo 1

EL MISTERIO DEL REINO DE LOS CIELOS

«*Y él dijo: A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los otros por parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan*»
Lucas 8:10

¿Por qué el reino de los cielos es un misterio revelado? ¿Por qué el reino de Dios es un secreto de Dios ignorado por los hombres de todas las épocas? Viéndolo bien, sin duda, Dios siempre ha reinado sobre toda la creación; y lo hará por toda la eternidad; es decir, nada ocurre, por insignificante que sea, sin la voluntad de Dios. Eso significa que de Dios emana toda autoridad. No obstante, al crear Dios al hombre, le ordenó que se multiplicara y le dio el poder de que sojuzgara la tierra; es decir, que le dio el señorío sobre toda criatura en esta tierra; lo revistió de autoridad y dominio sobre esas criaturas. El hombre regía sobre la tierra con autoridad delegada por Dios.

Pero cuando el hombre desobedeció a Dios, cuando cayó en la trampa que le tendió Lucero, obedeciendo al genio del mal, perdió esa autoridad. Lucero era aquel querubín que había conspirado contra Dios en los cielos, y como consecuencia había sido confinado en la tierra, en compañía de todos aquellos ángeles rebeldes que se solidarizaron con él; esta confinación duraría hasta que llegase la hora de ser juzgados y condenados por su rebelión.

Al obedecer a Satanás, el hombre se convirtió en su esclavo, y perdió toda autoridad sobre las naciones, quedando así ese gobierno en manos de Satanás. Por eso, Satanás sigue siendo el príncipe de este mundo; y él rige a las naciones por medio de una gran pirámide diabólica compuesta por principados, potestades, gobernadores de las tinieblas, y legiones de demonios, conforme es revelado en las páginas de las Sagradas Escrituras en textos como el libro de Daniel. Podemos verificar también cómo el diablo mismo se atrevió a ofrecerle al Señor Jesucristo la gloria de todos los reinos de la tierra, con el único requisito de que el Señor se inclinara y adorara a Lucifer. No pedía nada. Lo puedes constatar en textos como Mateo 4 y Lucas 4.

La Biblia revela que sobre cada nación, Satanás gobierna a través de un principado que comanda las huestes necesarias para cumplir su cometido. Sobre los tronos de los reinos vemos a los gobernantes, pero detrás de ellos existen titiriteros diabólicos que los manejan. No obstante, Dios no se ha cruzado de brazos. Para solucionar este problema, el Señor formó un reino terrenal que no estuviese regido por Satanás; es la nación de Israel, que comenzó con el llamado de un hombre llamado Abraham, originario de la ciudad de Ur, conforme lo relatan los libros del Antiguo Testamento. Una nación que sirviera asimismo para que se realizara la encarnación del Verbo de Dios, en la persona del Señor Jesucristo, quien vino a redimir a la humanidad que creyera, y a la vez a derrotar a Satanás, y darle fin a este drama de los siglos. Pero Jesucristo no sólo vino a redimir a los humanos, sino también a preparar lo conveniente, a fin de regresar a restaurarlo todo y gobernar a las naciones con justicia.

Cuando surge el ministerio de Juan el Bautista, el precursor del Redentor comenzó por proclamar a la gente que se arrepintiera, pues se estaba acercando a la tierra el reino de los cielos. Otro tanto hizo el Señor Jesús mismo. «*El pueblo asentado en*

tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, luz les resplandeció. [17]Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mt. 4:16,17).

Antes de la obra salvadora del Señor, en todos los hombres imperaba el reino de las tinieblas, donde sólo rige el egoísmo, la ambición, la vanidad y la maldad en todas sus dimensiones. ¿Cuándo empezó, entonces, a manifestarse ese reino de los cielos entre los hombres? Después de la resurrección del Señor Jesús y de la venida del Espíritu Santo. Ahora, en la era de la gracia, los que creemos, podemos ver ese reino de los cielos, y además entrar en él a través del nuevo nacimiento operado en los creyentes. Pero podemos observar que muchos, no obstante haber nacido de nuevo, no ven el reino de los cielos, como tampoco pueden vivir dentro de él; pero el caso es que el reino de los cielos ahora, antes de la segunda venida del Señor, es un reino en lo espiritual, y para pertenecer a ese reino, se debe reunir ciertas características y condiciones espirituales.

Como es obvio, todo nacido de nuevo, al comienzo es un bebé espiritual; pero debe crecer a fin de que sus ojos sean abiertos, y conozca la verdad en toda su dimensión. Es innegable que hay una especie de cristianismo externo; aveces con apariencia de piedad. Puede que tú seas creyente y tengas vida eterna, pero mientras el Señor Jesucristo no reine en tu corazón, que no sólo esté allí por Su Espíritu, un poco opacado, sino que reine en ti, que se realice en ti la voluntad de Dios; mientras no ocurra eso, tú no puedes participar del reino de los cielos, sencillamente porque no lo ves.

Cuando el creyente va experimentando madurez espiritual, se hace notorio por el amor divino en su corazón; los demás lo distinguen por su humildad y desprendimiento de las cosas materiales. Son aspectos fundamentales para hacer parte del reino de los cielos; ser humildes y pobres en espíritu. La humildad no es una virtud que necesariamente se produzca en

el corazón humano. La humildad hace parte del fruto de la vida divina en ti y de la persona del Señor Jesucristo formado en el creyente. Es una consecuencia de la madurez espiritual.

Si Cristo se ha formado en ti y reina en ti, indiscutiblemente hay una manifestación en ti por medio de una transformación inequívoca; todos verán en ti una persona diferente, una persona humilde, libre de codicia; verán en ti un ser lleno de amor, de gozo, una persona altruista. Esas son señales de que ya vives en una esfera diferente a la que rige al mundo; ya vives en la esfera del reino de los cielos. Cuando tú entras a la esfera del reino de los cielos, ya eres libre. Eso es totalmente incomprensible para la mente humana, y difícil de entender aun para muchos hijos de Dios.

En tiempos del Señor Jesús, los judíos esperaban la restauración de un reino de tipo político, bajo el liderazgo de alguien que los liberara de la opresión del imperio romano. Los judíos, la comunidad hebrea donde se movió el Señor a raíz de su encarnación, no eran sino los descendientes de aquel remanente que regresó después de cumplir los 70 años del segundo cautiverio, el babilónico.

Era necesario que regresaran, pues Dios necesitaba el escenario propicio a fin de que se cumpliera la encarnación de su Verbo en una virgen de la tribu de Judá, en el tiempo determinado por Dios. Sus sabios, sacerdotes y escribas conocían las Escrituras; esas mismas Escrituras que declaran que el Mesías tendría que venir primero como un siervo sufriente, a dar su vida para salvar a los que creyesen; y sólo posteriormente convertirse en un rey conquistador. Los judíos esperaban a un poderoso rey que los libertara de la opresión imperial; pero no entendieron que la verdadera libertad que Dios nos da, es la espiritual, la centrada en el corazón y en la conciencia. No es la libertad política. Entonces, los judíos del tiempo del Señor Jesús, perdieron el norte, pues no vieron en Jesús al Mesías libertador que esperaban; prefirieron crucificarlo. ¿Cuál fue el

cargo que le imputaron? ¿De qué delito la acusaron? Estaba escrito en la cruz: «*Jesús Nazareno, Rey de los judíos*».

Ciertamente que Jesús no era ajeno a esa situación; no obstante, el Señor aguardaba un reino con un nuevo tipo de gobierno, un reino de justicia, un reino que comenzara, en la tierra, a germinar en el corazón de los hombres, un reino que ahora, en este tiempo, ya tiene un anticipo esencialmente espiritual, y eso se está dando entre los cristianos vencedores, es decir, esos hijos de Dios dotados de una proyección diferente, de avanzada espiritual, con una visión más allá de la mera vida religiosa; los vencedores son los cristianos que voluntariamente se han negado a sí mismos, que ya no viven para sí, que toman su cruz cada día, que están dispuestos a dar todo por el Señor, incluso su propia vida.

En el curso de esta dispensación, en los tiempos que vivimos, ya nos debe quedar claro que los creyentes no estamos llamados a gobernar políticamente, y hacer parte del equipo de gobiernos injustos en esta tierra, ni a soñar con ostentaciones, ni gloria terrena, sino a interesarnos por vivir ciertos principios espirituales en un reino y testimonio de justicia que ya es nuestro.

Hermanos, en el reino de los cielos, ser pobre en espíritu nada tiene que ver con ser rico o pobre literalmente en bienes materiales. No. Lo que tiene valor en la esfera del reino de los cielos no es la riqueza ni el poder, como tampoco en la supremacía en la esfera terrenal, sino las cualidades morales, la santidad y el desarrollo espiritual. Y ténganlo por seguro, al final de esta dispensación, el Señor Jesús va a establecer un reino literal, al cual sólo tendrán participación los creyentes que hoy vivan en la esfera espiritual de ese reino de Dios.

El Señor insiste en su Palabra que ahora mismo sus discípulos manifiesten esas virtudes aceptables e indispensables en su reino, y que la posesión y exhibición de esas virtudes tengan

inicio inmediatamente. Los que así estén viviendo ahora, tengan la seguridad de que ya son los herederos de la manifestación de ese reino venidero y escatológico.

Los que ahora somos salvos, lo seremos siempre, pues la salvación es un regalo de Dios; pero delante de nosotros hay un reino al que hay que entrar pagando un precio. «*No todo el que me dice: Señor, señor, entrará en el reino de los cielos*...» ¿Por qué? Porque no todos los hijos de Dios quieren hacer la voluntad del Padre que está en los cielos (cf. Mt. 7:21). La voluntad de Dios no se puede llegar a hacer a menos que se esté dispuesto a pagar un precio. Hacer la voluntad de Dios se opone a vivir conforme mi propia y exigente voluntad. Hacer la voluntad de Dios no es agradable para la carne. El Señor Jesús vino e hizo la voluntad de Dios, pero tuvo que pagar un precio. Un alto precio.

En el capítulo 18 del evangelio de Juan, encontramos una conversación del Señor Jesús con Pilato, el procurador romano en Jerusalén, este funcionario imperial no entendió lo del reino de Dios, el mismo del que le hablaba el Señor. No podía entenderlo, comenzando porque no conocía quién era Dios. Para conocer el reino de Dios, es necesario primero conocer quién es Dios, y quién es su Ungido; que por cierto es el Rey de ese reino. Pero el caso lastimoso es que multitud de jerarcas, prelados y eminentes personajes que proliferan en las esferas religiosas, los que supuestamente deben hablar con propiedad en nombre de Dios, tampoco lo entienden; desconocen esta fundamental realidad, tal como cualquier persona que no haya nacido de nuevo mediante la acción poderosa del Espíritu Santo. Lo particular es que, en su ceguera, esos conspicuos personajes ya tienen sus propios pequeños reinos.

Entonces, hijos de Dios todos, el reino de los cielos hay que buscarlo ahora, y ser victoriosos en esa búsqueda. Hay afanes en el mundo que nos estorban buscar el reino de Dios. «*Mas*

buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mt. 6:33).

Repito, la comprensión del reino de los cielos es un misterio para la mente humana. En el capítulo 13 de Mateo aparecen las parábolas llamadas de los misterios del reino de los cielos, donde el Señor nos va revelando claves para su comprensión. El término "parábola" literalmente indica «comparación». Toda parábola ilustra por medio de símbolos. Eso indica que los misterios del reino de los cielos se pueden ilustrar mediante parábolas, mediante comparaciones. Y el Señor nos va revelando esos misterios por medio de comparaciones; y nosotros los vamos asimilando. Todos esos misterios, de una manera o de otra, están asociados a la redención humana.

Mediante el uso de parábolas, el Señor solía enseñar verdades que hasta entonces habían sido incomprendidas. ¿Por qué hablaba el Señor en parábolas? Por medio de parábolas, el Señor enseñaba la verdad a todos aquellos que estuviesen dispuestos a escucharla y a creerla; pero al mismo tiempo lo hacía para ocultar esa misma verdad a las personas que voluntariamente rechazasen el mensaje divino; ésto a causa de tener el corazón endurecido.

En su ministerio, hubo ocasiones en que el Señor Jesús ilustró sus enseñanzas con parábolas que la muchedumbre entendía; sin embargo, eso no sucedió siempre. Llegó una etapa de su ministerio en que veía la necesidad de adoptar el método de usar parábolas con significado comprensible sólo para aquellas personas que reconociesen al Señor Jesús como el Mesías de Dios, y al reino de los cielos tal como ha sido revelado en las Escrituras. Este es el caso de las parábolas relacionadas con los misterios del reino de los cielos del capítulo 13 de Mateo.

Hay una realidad que muy pocos toman en serio. Medite en el contexto de Mateo13:12: «*Porque a cualquiera que tiene, se*

le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado». Cerca de Dios hay personas, como los discípulos de Jesús, que reciben y aceptan el evangelio, que creen en la verdad de Dios; a ellos se les dará más luz del cielo cada día. Pero, ¿qué sucederá con aquellos que insisten en rechazarla? A ellos, aun la luz que puedan tener, se les irá oscureciendo. ¿Cuál es la razón de todo esto? En el mundo existen fuerzas escondidas que operan furtivamente de manera continua, retardando o acelerando el establecimiento del reino de los cielos sobre la faz de la tierra. Dios revela la verdad a todos aquellos que estén dispuestos a escuchar y creer; a los que abran su corazón; pero también la oculta de aquellos que voluntariamente la rechazan; aquellos que tienen el corazón endurecido.

¿Qué sucederá con una persona que llegue a entender, aunque sea un poco, la verdad de Dios, y voluntariamente la rechaza? Que mayor será su responsabilidad el día del juicio. Se me ocurre que ese tipo de personas, no sólo se refiera a los escribas y fariseos del tiempo del ministerio de Cristo, sino también a muchos jerarcas, teólogos, eruditos y predicadores religiosos del cristianismo en esta era de la gracia. Son personas que encaminan sus pasos por la oscura y laberíntica senda de la apostasía.

Hagamos, pues, un resumen de cada una de estas parábolas con relación al reino de los cielos. Les rogamos a los estudiosos, que repasen en su Biblia todo el capítulo 13 de Mateo, una y otra vez.

LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

En el contexto de Mateo 13:3-9,18-23, el Señor expone y explica la parábola del sembrador. *«He aquí, el sembrador salió a sembrar*». En esta parábola, la semilla que se siembra es la Palabra de Dios, que es la preparación a fin de implantar el

reino de Dios en los corazones de los que crean. Los sembradores la van plantando en el interior de las personas; allí la van escribiendo. El sembrador es el Señor Jesús mismo, o cualquier discípulo suyo enviado por Él a predicar el evangelio del reino. El terreno donde se siembra es el corazón de los hombres, pues el corazón es el centro neurálgico tanto del alma como del espíritu. El maligno es Satanás o sus agentes, lo que incluye la aridez y superficialidad de la gente, la desidia hacia las cosas de Dios, la atracción del mundo, la falta de fe, la fascinación de las riquezas, y en general, los compliques de los compromisos.

En el contexto aparecen diferentes tipos de tierras donde llega el sembrador a sembrar, que reflejan los caracteres y los intereses de los que reciben la semilla, la Palabra, y el uso que hacen de ella. Aparecen los de duro corazón, como la tierra endurecida del camino por el trajinar de los transeúntes. Allí no penetra la Palabra. Están también los de muy poca profundidad, los muy superficiales, los pedregosos, temerosos e inconstantes; están también los que ahogan la palabra del reino con los afanes de este mundo y no dan fruto; pero hay una cuarta clase de personas que sí reciben la palabra del reino con el propósito de obedecer a Dios y dar fruto; unos más y otros menos, pero responden.

Al respecto, es bueno aclarar que una persona puede declarar con falsedad, que es discípulo del Señor Jesucristo; y el resultado es que jamás produce fruto de arrepentimiento. Bueno, sí, el reino de los cielos ha sido rechazado a través de la historia por el grueso de la humanidad; pero aun así, ha tenido éxito por encima de todas esas circunstancias. Y veremos su gloria manifestada. Entonces este intervalo sugerido aquí entre la primera y la segunda venida del Señor, este intervalo sería ocupado en la revelación de los misterios del reino. Y estas parábolas explican el carácter de ese intervalo.

LA PARÁBOLA DEL TRIGO Y LA CIZAÑA

«*El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo*» (Mt. 13.24-30).

Aquí la buena semilla representa aquello que la Palabra (la semilla del sembrador) produjo, esto es, los hijos del reino. El Señor quiere que seamos hijos del reino, que contemplemos ese reino y entremos en él. En esta parábola el escenario, es decir, el campo, es el mundo. El campo no es la iglesia. Recuerden que la iglesia cuenta con mandamientos para observar, para mantener el orden, para mantener la disciplina, para preservar la pureza personal y doctrinal.

¿Por qué compara el Señor el trigo con la cizaña? Debido a que en las primeras etapas de su crecimiento, ambas plantas se parecen mucho, aunque la cizaña es venenosa. Pero el caso es que las raíces del trigo y de la cizaña se entrelazan a medida que maduran; este fenómeno dificulta desarraigar la hierba mala sin dañar al trigo.

Es necesario aclarar que no hay que confundir las estructuras religiosas con la iglesia. En el mundo abundan las estructuras religiosas de todo tipo; y en las feligresías de las que se fundamentan en orientaciones cristianas, hay santos del Señor, sí; pero allí sus directivos suelen manejar las cosas con criterio personal y terrenal. Y aun entre los círculos de la iglesia del Señor se cuelan raros y oscuros agentes perturbadores, que también se inclinan por usar ese mismo criterio; pero por sus frutos son detectados fácilmente por los creyentes espirituales. Está el caso de Diótrefes, nada menos que en la iglesia primitiva.

El resultado es que muchas veces es difícil (para algunos, imposible) distinguir las obras de Dios de las del diablo, y a los hijos de Dios de los hijos del diablo. Hay que estar atentos para discernir sus frutos. Entonces, la parábola del trigo y la cizaña

indica las condiciones de la cristiandad, de aquellos que afirman que son hijos del reino.

La cosecha, es decir, cuando se vea el fruto, demuestra que, en el campo religioso, sólo hay dos tipos de hombres, creyentes verdaderos e imitaciones. Esto nos da a entender que se pudiera decir que el mundo es como la iglesia infestada de cizaña; pero aclaramos que la parábola no está hablando de una iglesia secularizada, ni del establecimiento de iglesias oficiales, sino que se refiere al gran cuerpo del cristianismo nominal, lo que se conoce en Occidente como cristiandad.

Una enseñanza clara en esta parábola es que, en contraste con lo que ha sucedido en la historia con casos como la inquisición y demás, los hijos de Dios no deben tomar la justicia por sus propias manos. El Señor Jesucristo jamás practicó violencia contra nadie, sino que pacientemente recibió los malos tratos de los hombres, incluso la muerte misma a manos de ellos.

La persecución religiosa, en todas sus formas, es contraria a la voluntad de Dios. Sólo el Hijo del Hombre tiene autoridad para juzgar en esos casos. Si hay motivos de disciplina en la iglesia local, hay que obrar conforme los principios registrados en Mateo 18, y no tomando determinaciones de tipo personal. Conforme esos principios, la Palabra no autoriza que a alguien se le expulse de la comunidad de los hermanos, a menos que sea por causa de una grave culpabilidad de división del cuerpo de Cristo, y esto después de varias amonestaciones.

LA PARÁBOLA DE LA SEMILLA DE MOSTAZA

«*Otra parábola les refirió, diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo;* [32]*el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las*

hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas» (Mt. 13:31,32).

Este grano es la más pequeña de todas las semillas. Ilustra cómo a partir de una insignificancia, el reino de los cielos tuvo un rápido desarrollo en el ámbito de la iglesia de Cristo. Eso es un misterio comparado con una pequeña semilla que se hace un gran árbol. La figura de las aves del cielos está tomada de Dn. 4:20-22.

Crecimiento del reino de los cielos. «*Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra; [27]y duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. [28]Porque de suyo lleva fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga; [29]y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado*» (Mar. 4:26-29).

En esta parábola, el Señor plantea el desarrollo y crecimiento del reino de Dios. En el curso de la historia, la iglesia ha venido creciendo y extendiéndose; hecho que a veces puede parecer no muy verificable; pero se sabe a la perfección cómo producir el fruto de la semilla del evangelio que se viene plantando.

LA PARÁBOLA DE LA LEVADURA

«*Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado*» (Mt. 13:33).

Esta parábola ilustra el poder de penetración del reino de los cielos. Aunque la levadura aparece en las Escrituras como un símbolo de corrupción, es posible que Jesús la haya usado para otra cosa. Como el caso de la serpiente, usada para simbolizar a Satanás mismo, pero que en Mateo 10:16, el Señor la usa como ejemplo de prudencia. También el león, que en 1 Pedro 5:8 aparece significando al diablo mismo, pero en Apocalipsis

5:5 se menciona al León de la tribu de Judá, es decir, al Señor Jesús.

La parábola de la levadura, lo mismo que el grano de mostaza, ilustra el desarrollo del reino de los cielos, pero ahora en el corazón de los creyentes; la diferencia estriba en que la mostaza implica el crecimiento observado desde afuera, con una influencia y poder objetivo.

El reino de Dios está entre vosotros. «*Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, [21]ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros*» (Lucas 17:20,21).

Si tú eres un hijo de Dios, ya el reino de Dios está dentro de ti. Esto significa que ya existe una realidad espiritual en los corazones de los humanos ya redimidos. Toda manifestación del reino de Dios, entonces, procede del accionar de todos los que han creído en Cristo, y andan con Él por fe y en obediencia. Esa es la realidad actual; pero el reino se realizará en su poderosa manifestación externa, completa y en justicia, cuando regrese el Señor Jesucristo a la tierra.

LA PARÁBOLA DEL TESORO ESCONDIDO

«*Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo*» (Mt. 13:44).

En esta parábola, el hombre, por las circunstancias de su vida y la acción e iluminación del Espíritu Santo, es conducido a la verdad que halla en Cristo; entonces reconoce la maravilla de ese descubrimiento. Llega al momento de su existencia en que puede discernir que todos los demás «tesoros» de su vida, sean riquezas, placeres, fama, reputación en la sociedad, aplausos,

gloria de los hombres, dignidades, galardones, todo eso no se puede comparar con este inmenso tesoro, el tesoro del reino de los cielos; y entonces, por todos los medios, sacrificándolo todo, asegura para sí este tesoro.

Observemos la experiencia de los apóstoles; ellos lo dejaron todo para seguir a Cristo. El reino de Dios es tan deseable que, por motivo del más auténtico gozo, un hombre estará dispuesto a deshacerse de todo lo que ama, incluso posesiones materiales, si es necesario, a fin de obtenerlo, de vivirlo, de experimentarlo.

Los beneficios que trae el reino de los cielos al hombre en su vida espiritual, son tan grandes, que el Señor Jesús lo compara con un tesoro. La parábola del tesoro escondido ilustra el valor de la verdad que se halla en Cristo, la propia persona de Cristo, el mensaje real del evangelio y el destino reservado a los hombres en la vida eterna.

LA PARÁBOLA DE LA PERLA PRECIOSA

«*También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas,* [46]*que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró*» (Mt. 13:45,46).

La interpretación de esta parábola es similar a la del tesoro escondido. Esta perla es Cristo y su reino. El apóstol Pablo lo declara en Filipenses 3;8: «*Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo*».

La parábola del tesoro escondido ilustra el descubrimiento accidental del reino de los cielos; un hombre andaba por el campo y accidentalmente encuentra el tesoro; mientras que en

la parábola de la perla preciosa, el descubrimiento se debe a un esfuerzo diligente de la persona.

Indudablemente, por todas partes opera la acción del Espíritu Santo, llevando a los hombres a buscar el camino de Dios; pero no todos buscan la perla de gran precio, por cuanto no todos están dispuestos a pagar lo necesario para obtener esa perla. La Palabra de Dios revela que muchedumbres de creyentes no conocen la existencia del reino de los cielos en la esfera de la iglesia; no lo ven, no han entrado en él; algunos ni siquiera han oído hablar de él; y como consecuencia no podrán participar de él cuando sea manifestado por el Señor Jesucristo.

LA PARÁBOLA DE LA RED

«*Asimismo el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recoge de toda clase de peces;* [48]*y una vez llena, la sacan a la orilla; y sentados, recogen lo bueno en cestas, y lo malo echan fuera.* [49]*Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos,* [50]*y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes*» (Mt. 13:47-50).

Es la parábola que describe los juicios escatológicos. Después del regreso de Cristo, habrá tres grandes juicios: El juicio de las naciones, el tribunal de Cristo y el juicio del gran trono blanco. En términos generales, en esos juicios se ha de determinar quiénes en realidad son los hijos del reino. Entonces, esta parábola destaca la intensa búsqueda del reino de los cielos que debe acompañar la vida humana. Hermano, si tú, ahora, en tu condición de hijo de Dios, eres negligente, ¿qué puedes esperar?

Todos los hombres, al final de los tiempos serán recogidos de donde se encuentren para ser juzgados. Nadie se escapará. Aquí no se refiere a una simple atarraya de pescadores solitarios, sino de una red grande que debe ser manipulada por varios

hombres, esa que tiene capacidad para capturar gran número y muchos tipos de peces, los cuales deben ser escogidos, porque sólo algunos son apropiados para el consumo. Incluso entre los creyentes habrá una escogencia especial frente al tribunal de Cristo para determinar quiénes entrarán en las bodas del Cordero, gran escenario inaugural del reino milenial. Muchos creyentes poseen verdadera fe, y su vida cristiana es auténtica; pero otros, no. Para los propósitos de Dios, algunas personas responden, sirven; y otras, no.

Definitivamente, lo que Cristo nos da, excede infinitamente al mero perdón de pecados y el futuro cambio de dirección hacia los cielos. Cuando entras a participar del reino de los cielos, se te va abriendo un amplio panorama de los planes futuros del Señor para ti.

Cuando el creyente, el hijo de Dios, ha traspasado el umbral de la carnalidad; es decir, abandona el estado de niñez espiritual, y se va convirtiendo en una persona madura en las cosas de Dios, cuando tiene conciencia de que conoce mejor al Señor Jesucristo y anda con Él, ya nota que se encuentra en la esfera del reino de los cielos, es cuando empieza a tener la suficiente capacidad para conocer lo que le espera con el Señor Jesucristo.

Estamos ad portas del regreso glorioso del Señor Jesús; viene a instaurar el reino milenial sobre todas las naciones de la tierra; afirmará su señorío en el mundo, castigando al impío y beneficiando al justo. El reino de Dios se destaca por su justicia.

En este momento de la histora, el mundo está esperando un gobierno globalizado, un régimen político que solucione los problemas de la humanidad. No obstante, ¿qué está esperando la iglesia hoy en día? ¿Estará creyendo en Cristo sólo como el siervo sufriente que vino a salvar a los hombres de la muerte eterna? ¿Estará la iglesia esperando al Rey que reinará sobre todas las naciones con justicia y equidad?

Conforme el contexto de Zacarías 14:16-21, toda la tierra se convertirá en reino de Dios. Aquí se refiere al reino milenial mesiánico, durante el cual algunos no adorarán a Dios, por lo cual el Señor tomará medidas.

La obra de Cristo incluye la institución de su reino justo y la derrota de todos los enemigos de Dios. La parusía de Cristo y la resurrección de los justos dará inicio a la etapa final de este proceso.

Capítulo 2

EL MISTERIO DEL ENDURECIMIENTO DE ISRAEL

Y EL PLAN DE DIOS PARA SALVAR A LOS GENTILES

«*Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles*»

Romanos 11:25

EL GRAN PROPÓSITO DE DIOS

Antes que todo, aclaramos que estamos completamente convencidos de la premisa de que la Biblia se interpreta a sí misma. Por el Espíritu, la Palabra de Dios nos revela los misterios y esclarece los secretos de Dios, muchos de ellos registrados en las páginas de la historia de la humanidad.

Es de suponer que el pueblo de Israel, la nación terrenal de Dios, fuese la más fiel al Creador en toda la historia de la humanidad. Una nación que Dios formó paso a paso a partir del llamado de un hombre, Abraham. Una nación que fue testigo del poder y de la misericordia del Altísimo, de sus prodigiosas manifestaciones; echando por tierra toda creencia y confianza en los dioses babilónicos extendidos por todas las culturas. Un pueblo que una y otra vez palpaba, delante de sus ojos, cómo Dios lo defendía de sus enemigos con mano fuerte y brazo

extendido. Sin embargo, es para maravillarnos del misterio del endurecimiento sin igual de Israel, tanto, que verdaderamente ha sido un misterio que Dios mantuvo en secreto por siglos; pero en realidad, ha sido un propósito en la voluntad de Dios. No nos resta sino preguntarnos, ¿qué motivo misterioso tuvo Dios en su corazón para permitir (y hasta hacer provisión para ello) esta extraña ceguera y endurecimiento en el pueblo hebreo?

Como lo hemos explicado, los misterios de Dios se refieren a secretos vinculados con los arcanos consejos divinos, por siglos ocultos a los hombres, más allá de su capacidad de comprensión, pero que ahora algunos han sido revelados y transformados en tema de consideración entre los hijos de Dios; aunque no totalmente comprendidos. Por tal motivo, podemos entender ahora que eso de que Dios haya concebido que su pueblo Israel se haya endurecido (en parte) hasta la ceguera, a fin de poder salvar a los gentiles, sea un misterio que muy pocos han recibido y comprendido en su justa dimensión.

En los propósitos de Dios, con el endurecimiento de Israel, lo que quería el Señor detrás de esa ceguera nacional, incluye principalmente la idea de que eso contribuyera a la salvación de los gentiles y al llamamiento de la iglesia; porque Dios también quería bendecir a todas las naciones de la tierra, conforme se lo había prometido a Abraham. «*En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra*» (Gn. 22:18). De manera que vemos que el fracaso de Israel, pues, no fue algo casual y sin propósito. Desde la eternidad, el Señor tuvo el propósito de conformar su Iglesia con gente de todas las etnias y naciones de la tierra; Él ya nos había escogido desde antes de la fundación del mundo (cf. Ef. 1:4); y por eso, para desarrollar este propósito, eligió a Abraham, a Isaac y a Jacob, a fin de levantar un pueblo al cual le llamó Israel. Veamos, pues, el desarrollo de ese gran plan de Dios a fin de que esa salvación llegara hasta nosotros en el día de hoy.

La revelación de este misterio requiere una enorme magnitud de luz divina en nuestro entendimiento; y observamos que para que se diese esa salvación de los gentiles, para que los gentiles estuviesen también cubiertos por ese nuevo pacto, esa ceguera de Israel debía prolongarse en la historia durante un período particular de tiempo, cuyas provisiones no son permanentes. ¿Cómo empezó Dios a prepararlo todo para que se diera este endurecimiento en Israel y encarar su fracaso ante el Señor?

LAS PRIMOGENITURAS COMO REALIDADES PROFÉTICAS

Para hacerle frente a la consideración de este tema, es justo que nos remontemos a la época en que Rebeca, la esposa de Isaac, esperaba el alumbramiento de sus gemelos. Aun en el vientre de su madre, el Señor había decidido que la primogenitura recayera en el menor, en Jacob; a sabiendas de la clase de persona que sería al crecer, y quien, a la sazón, no se esperó hasta recibirla de Dios, sino que la adquirió con engaños y trampas; y eso ocurrió para que Jacob enfrentara la necesidad de huir de la ira de su hermano Esaú, con su importante y fundamental transcendencia.

Una lectura atenta de esta revelación, nos ilustra acerca de que la salvación de los gentiles y la conformación de la Iglesia está prevista incluso en la elección de los primogénitos; y al respecto, vemos una constante en las Escrituras en el sentido de que Dios no tuvo en cuenta los “derechos” de los primeros nacidos para elegirlos; y eso, al llegar el tiempo, repercutió en la salvación de los gentiles.

Antes del nacimiento de estos gemelos, la primogenitura había recaído en Isaac y no en Ismael, el primer nacido. ¿Quiénes son los ismaelitas hoy en día, sino el islam enemigo de Israel? Asimismo recayó en Jacob y no en Esaú. El primero en nacer había sido su hermano Esaú. ¿Por qué sería que Dios había escogido a Jacob? ¿Por qué tomaría Dios esa decisión?

(Gn. 25:22,23). En su juventud, Jacob había dado muestras de ser una persona no inclinada al trabajo físico; y dio testimonio de ser un calculador, engañador y hasta mentiroso; en cambio Esaú se preocupaba por salir al trabajo; era un cazador, y de esa caza le preparaba suculentos guisos a su padre. Pero se sabe que Esaú tuvo en poco las cosas de Dios, y por eso subestimó la primogenitura que por derecho le pertenecía, tanto que la negoció con su hermano por un plato de comida. Estos hechos causaron gran amargura en sus padres (Gn. 26:34,35).

Además, ¿quiénes son los edomitas, los descendientes de Esaú, hoy en día, sino los palestinos enemigos de Israel? Por su parte, Jacob solía buscar el regazo de Rebeca, su madre. Pero, al parecer, Dios lo escogió sencillamente porque Jacob, este joven engañador y mentiroso, tenía en mucha estima las cosas de Dios. Pero el meollo de todo esto es que Jacob, por su proceder, tuvo que huir de la ira de su hermano, y llegar a una tierra donde por causa del drama de sus matrimonios, eso dio origen a la doble primogenitura en Israel.

Ya en tierras lejanas, Jacob quiso unirse en matrimonio con Raquel, la mujer que empezó a amar desde cuando la conoció. Raquel era la hija menor de Labán, hermano de Rebeca. Jacob había trabajado por ella siete años. Pero su tío lo engañó, metiéndole al lecho nupcial a Lea, la hija mayor. Y pensar que todo esto hace parte de ese misterio. Registra importancia profética el hecho de que Labán, el padre de la niña, le hubiera introducido a Lea y no a Raquel en el lecho nupcial del joven Jacob. Para poderse casar con Raquel debía trabajar otros siete años. Ese engaño transcendió en los posteriores cambios de primogenitura en Israel. Es maravilloso ver cómo todo eso hizo parte del misterio del endurecimiento del pueblo de Israel.

Antes de continuar, anotemos que los derechos y privilegios del primogénito en Israel eran los siguientes:

a. Autoridad y primacía (principado) en la familia; es decir, como patriarca, ejercía el gobierno tribal y ejercía el sacerdocio.

b. Doble porción de la herencia.

c. Heredaba el nombre del padre; algo así como algún «apellido» de prestigio hoy en día; en este caso, «Israel».

Años más tarde, cuando el anciano Jacob, el padre de la nación de Israel, y ya próximo a su muerte, bendijera proféticamente a todos sus hijos en la tierra de Egipto, mediante esas profecías, Dios determinó la primogenitura en el pueblo de Israel. En ese acontecimiento transcendental, encontramos raíces proféticas de todo el conflicto posterior en la nación de Israel. La primogenitura, pues, fue dividida entre Rubén, el primogénito de Jacob con Lea, y José, el primogénito de Jacob con Raquel, la esposa que él siempre amó. No sobra repetir que en las páginas sagradas existe una constante, y es que jamás la primogenitura recayó en el primer nacido; por eso es conveniente estudiar lo que sucedió después. Veamos:

«*Y llamó Jacob a sus hijos, y dijo: Juntaos, y os declararé lo que os ha de acontecer en los días venideros.* [2]*Juntaos y oíd, hijos de Jacob, y escuchad a vuestro padre Israel.* [3]*Rubén, tú eres mi primogénito,* [3]*mi fortaleza, y el principio de mi vigor; principal en dignidad, principal en poder.* [4]*Impetuoso como las aguas, no serás el principal, por cuanto subiste al lecho de tu padre; entonces te envileciste, subiendo a mi estrado*» (Gn. 49:1-4).

Rubén perdió la primogenitura por el hecho de haberse envilecido y haber mancillado el lecho de su padre. Los que le seguían en orden de nacimiento eran Simeón y Levi, pero tampoco ellos recibieron este derecho por haber manchado sus manos con sangre y por la vergüenza que hicieron pasar a Jacob al vengarse de la violación de su hermana Dina (cf. Gn. 34; Gn. 49:5-7). Fueron instrumentos de crueldad. De manera

que la primogenitura le correspondió a Judá, pero sólo en la parte del principado y el sacerdocio eterno, no el temporal.

El autor de Crónicas nos lo explica: «*Los hijos de Rubén primogénito de Israel (porque él era el primogénito, mas como violó el lecho de su padre, sus derechos de primogenitura fueron dados a los hijos de José, hijo de Israel, y no fue contado por primogénito; [2]bien que Judá llegó a ser el mayor sobre sus hermanos, y el príncipe de ellos; mas el derecho de primogenitura fue de José)*» (1 Cr. 5:1-2).

Vemos, pues, que misteriosamente Israel, por inspiración de Dios, dividió la primogenitura en su pueblo. Veamos cómo fue dividida la primogenitura:

a) ***La autoridad***, el patriarcado, la preeminencia entre todos los hijos de Israel, el gobierno, le correspondió a Judá (cf. Gn. 49:8-10). Desde David no sería quitado el cetro de Judá; esto se cumple plenamente en el Señor Jesús, cuyo reino no tendrá fin; y en Cristo también recibió el sacerdocio. Esto significa que de Judá saldría el reinado mesiánico de Israel, comenzando por David y terminando en Jesucristo, eterno Rey y Sacerdote según el orden de Melquisedec. Cuando, a petición del pueblo, Dios instruyó a Samuel que ungiera por rey a Saúl, de la tribu de Benjamín, ese reinado fue desastroso, pues no era de la tribu elegida por Dios para el principado.

b) ***La doble porción*** de la heredad, y el nombre del padre le correspondió a José, el hijo favorito de Jacob, por ser su primogénito con su amada Raquel. La doble porción significaba que el primogénito recibía una porción más que los otros herederos. La mujer que amaba Jacob era Raquel; cuando ella concibió y dio a luz a José, desde el comienzo este joven fue considerado como primogénito por su padre. ¿Cómo recibiría José la doble porción, si la heredad, la tierra prometida, sería repartida varios siglos después, cuando fuese librado el pueblo hebreo de la esclavitud egipcia? Cuando Jacob bendijo a José,

entonces Jacob adoptó como hijos suyos a los hijos de José, Manasés y Efraín, que darían origen a dos de la doce tribus de Israel. Es decir, José recibiría doble porción siendo padre de dos tribus de Israel. Manasés era el mayor, pero al instante de la bendición, por inspiración divina, Jacob cruzó las manos colocando la derecha no sobre Manasés como primogénito, sino sobre Efraín, a quien bendijo y le dio esa primacía; es decir, deliberadamente, por iluminación de Dios, Jacob bendijo al menor, a Efraín, como el otro primogénito (cf. Gn. 48:17-20) José se disgustó y le reclamó a su padre; pero Jacob le dijo: «*Lo sé, hijo mío, lo sé; también él vendrá a ser un pueblo, y será también engrandecido; pero su hermano menor será más grande que él, y su descendencia formará multitud de naciones*» (Gn. 48:19). Jacob, pues, adoptó a estos nietos como verdaderos hijos suyos, y así resolvió el asunto de la doble porción del primogénito.

De manera, pues, que en la doble porción de José (cf. Gn. 48:9-11), la otra primogenitura, fue efectiva cuando fue distribuida la tierra; una porción para Efraín y otra para Manasés. Pero recayó la primogenitura específicamente en el menor, Efraín, ***cuya descendencia formaría multitud de naciones*** (*melo hagoyim*) (v.19); esta palabra hebrea significa literalmente; «*plenitud de los gentiles*». Esto es clave después en Romanos 11. Eso lo decidió Dios para salvación de los gentiles, como lo vamos a ver. Además, Efraín recibió el nombre del padre, Israel. «*El Angel que me liberta de todo mal, bendiga a estos jóvenes; y sea perpetuado en ellos mi nombre, y el nombre de mis padres Abraham e Isaac, y multiplíquense en gran manera en medio de la tierra*» (v. 16).

En ese momento, tanto José como sus hijos no comprendían la profecía que estaba pronunciando su padre; pero en este instante de sazón histórica, podemos comprender mejor lo que estaba profetizando Jacob. ¿Cuál ha sido el rol de Efraín a

través de los tiempos hasta esta hora presente? ¿Quién es Efraín en el día de hoy?

Vemos, pues, que Dios decidió dividir la primogenitura de Israel, las doce tribus, entre Judá y Efraín. Eso ha repercutido en la economía de la salvación hasta el día de hoy. Y de manera misteriosa, el pueblo hebreo, incluso desde su liberación de Egipto, ya traía latente una división en torno a los dos primogénitos, Judá y Efraín; diez de las doce tribus se fueron inclinando hacia la primogenitura de Efraín, y sólo dos, Judá y Benjamín, por la primogenitura de Judá.

¿Lo narrado hasta aquí, tendrá alguna relevancia como trasfondo en el posterior endurecimiento de Israel? Fundamentalmente que sí.

LA ELECCIÓN DE DAVID Y SUS EFECTOS

A la muerte del rey Saúl, fue coronado David como su sucesor. Continuando la constante anterior, Dios, usando a Samuel, no eligió a Eliab, el primogénito de Isaí, sino a David, el menor. Cuando David recibió el trono de Israel, primero reina en Hebrón sólo sobre la tribu de Judá por siete años (cf. 2 Sm. 2:7-11). Debido a que ocupaba el principado que le correspondía a la primogenitura de Judá, las diez tribus que eran proclives a la primogenitura de Efraín no lo reconocieron, sino después de esos siete años, cuando es proclamado rey sobre todo Israel (cf. 2 Sm. 5:1-5).

A la muerte de David, le sucedió en el trono su hijo Salomón, y reinó sobre las doce tribus; pero Salomón, a pesar de que obedeció las órdenes de David en cuanto a la construcción del templo de Dios en Jerusalén, a pesar de que fue un rey privilegiado con mucha sabiduría y riquezas, y en su reinado hubo paz y prosperidad en Israel, sin embargo, Salomón quebrantó el pacto divino, y al final hizo lo malo ante los ojos de Dios.

«*Pero el rey Salomón amó, además de la hija de Faraón, a muchas mujeres extranjeras; a las de Moab, a las de Amón, a las de Edom, a las de Sidón, y a las heteas;* [2]*gentes de las cuales Jehová había dicho a los hijos de Israel: No os llegaréis a ellas, ni ellas se llegarán a vosotros; porque ciertamente harán inclinar vuestros corazones tras sus dioses. A éstas, pues, se juntó Salomón con amor.* [3]*Y tuvo setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas; y sus mujeres desviaron su corazón.* [4]*Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David.* [5]*Porque Salomón siguió a Astoret, diosa de los sidonios, y a Milcom, ídolo abominable de los amonitas.* [6]*E hizo Salomón lo malo ante los ojos de Jehová, y no siguió cumplidamente a Jehová como David su padre.* [7]*Entonces edificó Salomón un lugar alto a Quemos, ídolo abominable de Moab, en el monte que está enfrente de Jerusalén, y a Moloc, ídolo abominable de los hijos de Amón.* [8]*Así hizo para todas sus mujeres extranjeras, las cuales quemaban incienso y ofrecían sacrificios a sus dioses*» (1 Re. 11:1-8).

Vemos aquí que Salomón, que había recibido de Dios grandes privilegios, y había sido objeto de maravillosas virtudes; el hombre más sabio que ha tenido la tierra, y muy potentado, y llegó a ocupar un trono de tanta gloria y renombre, que resulta un contrasentido que prefiriera abandonar a Dios por seguir tras dioses ajenos, por complacer a setecientas esposas y trescientas concubinas. El hecho mismo de unirse en matrimonio con mujeres extranjeras, ya constituía una abominación ante los ojos de Dios; y más al tratarse de mujeres idólatras, y a ellas se juntó con amor; y él mismo contribuyó a erigirles santuarios a esos dioses babilónicos, y hasta a participar de esos cultos. Sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón dejó de ser perfecto con su Dios, como lo había sido el corazón de su padre David. De manera, pues, que Salomón quebranta

el pacto divino, y Dios decide tomar una medida no comprensible para la mente humana. Pero en realidad, Dios permitió eso, como lo vamos a ver, por amor de nosotros los escogidos de entre las etnias gentiles. Es algo misterioso, pero es una realidad que nos comunica la Palabra de Dios.

El Señor no estaba conforme con todo eso. Por tanto, Dios, aun en vida de Salomón, determinó prepararlo todo para que a la muerte de Salomón el reino fuese dividido. Para la mente humana, todo ese proceso misterioso es incomprensible; pero, como lo hemos dicho, Dios tenía el propósito de hacer algo para la salvación de los gentiles, lo que (por lo menos en parte), fue provocado también por aquel fracaso de Salomón.

«*Y se enojó Jehová contra Salomón, por cuanto su corazón se había apartado de Jehová Dios de Israel, que se le había aparecido dos veces,* [10]*y le había mandado acerca de esto, que no siguiese a dioses ajenos; mas él no guardó lo que le mandó Jehová.* [11]*Y dijo Jehová a Salomón: Por cuanto ha habido esto en ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que yo te mandé, romperé de ti el reino, y lo entregaré a tu siervo.* [12]*Sin embargo, no lo haré en tus días, por amor a David tu padre; lo romperé de la mano de tu hijo.* [13]*Pero no romperé todo el reino, sino que daré una tribu a tu hijo, por amor a David mi siervo, y por amor a Jerusalén, la cual yo he elegido*» (1 Re. 11:9-13).

A la sazón, Salomón tenía un siervo llamado Jeroboam, efrateo (es decir, de la tribu de Efraín). A éste se le presenta un día el profeta Ahías, quien era portador de un mensaje de parte de Dios. El profeta tomó su propia capa nueva, y rompiéndola en doce pedazos, le dijo a Jeroboam: «*Toma para ti diez pedazos; porque así dijo Jehová Dios de Israel: He aquí yo tomo el reino de la mano de Salomón, y a ti te daré diez tribus; y él tendrá una tribu por amor a David mi siervo, y por amor a Jerusalén, ciudad que yo he elegido de todas las tribus de Israel*» (1 Re. 11:31-33).

En realidad, a la muerte de Salomón, además de la tribu de Judá, también a su hijo se le adhirió la tribu de Benjamín, que, por ser pequeña, había sido asimilada por su poderoso vecino. Esta visita del profeta, a Jeroboam le acarreó problemas con el rey, y tuvo que huir a Egipto.

A la muerte de Salomón, le sucedió en el trono su hijo Roboam; éste disolvió el consejo de ancianos que había asesorado a su padre, quienes le habían estado aconsejando al joven rey que no tratara al pueblo con dureza, sino con mayor humanidad que Salomón. Sin embargo, Roboam no sólo los desoyó, sino que disolvió este consejo de ancianos y lo reemplazó por uno de jóvenes de su generación, quienes le aconsejaron que tratara con dureza al pueblo, aun con mayor rigor que el propio Salomón. Aquí observamos cómo el Señor permitió que este joven rey tomara esta decisión, por amor de nosotros. Inmediatamente las diez tribus de Israel que habían aceptado tardíamente a David como su rey, esas mismas se rebelaron, y proclamaron a Jeroboam como su rey; y solamente quedaron fieles a Roboam dos tribus, la de Judá y la de Benjamín.

LA DIVISIÓN DEL REINO

A partir de ese momento, Israel fue dividido en dos reinos: 1) El reino del norte, llamado la casa de Israel, integrado por diez tribus que se van en pos de Jeroboam; y 2) el reino del sur, llamado también la casa de Judá, compuesto por dos tribus bajo el reinado de Roboam. A lo largo del Antiguo Testamento vemos que el Señor los sigue llamando “la casa de Israel” y “la casa de Judá”. Aveces, al reino del norte también se le conoce como la casa de Efraín, o simplemente Efraín; alguna vez se le llama la casa de José.

Al protocolizarse la ruptura y ser coronado Jeroboam como rey de la casa de Israel, todos los reyes de la casa de Israel

hicieron lo malo delante de Dios, y todos se fueron en pos de dioses, llevándose con ellos al pueblo, y fueron infieles al Dios único y verdadero, adorando a los dioses babilónicos, tales como Baal, Astarté, la misma reina del cielo, y abandonaron a ese Dios tan bueno y poderoso que los había liberado de la esclavitud egipcia, y los había pastoreado durante tantos siglos.

EL ADULTERIO DE EFRAÍN

Es proverbial la maldad de los reyes de la casa de Efraín. Jeroboam, una vez fue coronado, instituye el culto becerril. Para evitar que el pueblo fuera a adorar al templo de Jerusalén y estuvieran tentados a desertar, les construyó dos santuarios idolátricos, uno en Betel y otro en Dan (1 Re. 12:25-28); e instituyó sacerdotes de entre el pueblo, que no eran precisamente de los hijos de Leví; le hizo al pueblo dos becerros de oro, y les dijo a las diez tribus: «*Bastante habéis subido a Jerusalén; he aquí tus dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto*». Instituido, pues, el culto becerril, se empezaron a alejar del Dios de sus padres; y todos los reyes hicieron lo malo delante del Señor. Y a pesar de que Dios les enviaba profetas a fin de que se arrepintieran, jamás lo quisieron hacer, y una oscura y espesa ceguera empezó a cubrir sus ojos.

El Señor insistentemente quiso ayudarles, y les enviaba profetas como Oseas, Miqueas, Amós, Isaías, Elías, Eliseo, y otros, con la misión de que los convenciese de que se arrepintieran. El adulterio de Israel está plasmado en la mayoría de los libros de los profetas. Vemos que, lastimosamente, esta ruptura e infidelidad terminó en un divorcio, pues en el Monte Sinaí había habido un pacto con carácter matrimonial (Éx. 19:5-8). Y la casa de Efraín se fue alejando cada día más de

Jehová y acercándose a los dioses babilónicos, y creyendo en la mentira, como cuando el rey Acab se unió en matrimonio con Jezabel, la hija del rey de Tiro, quien se trajo consigo 450 sacerdotes de Baal a fin de borrar de Israel el nombre de Dios. Esto ocurrió en tiempos del ministerio del profeta Elías. Aquel drama lo ilustra magistralmente el profeta Oseas.

«*Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento. Por cuanto desechaste el conocimiento, yo te echaré del sacerdocio; y porque olvidaste la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos.* [7]*Conforme a su grandeza, así pecaron contra mí; también yo cambiaré su honra en afrenta.* [8]*Del pecado de mi pueblo comen, y en su maldad levantan su alma.* [9]*Y será el pueblo como el sacerdote; le castigaré por su conducta, y le pagaré conforme a sus obras.* [10]*Comerán, pero no se saciarán; fornicarán, mas no se multiplicarán, porque dejaron de servir a Yahveh.* [11]*Fornicación, vino y mosto quitan el juicio.* [12]*Mi pueblo a su ídolo de madera pregunta, y el leño le responde; porque espíritu de fornicaciones lo hizo errar, y dejaron a su Dios para fornicar.* [13]*Sobre las cimas de los montes sacrificaron, e incensaron sobre los collados, debajo de las encinas, álamos y olmos que tuviesen buena sombra; por tanto, vuestras hijas fornicarán, y adulterarán vuestras nueras.* [14]*No castigaré a vuestras hijas cuando forniquen, ni a vuestras nueras cuando adulteren; porque ellos mismos se van con rameras, y con malas mujeres sacrifican; por tanto, el pueblo sin entendimiento caerá.* [15]*Si fornicas tú, Israel, a lo menos no peque Judá; y no entréis en Gilgal, ni subáis a Betavén, ni juréis: Vive Yahveh.* [16]*Porque como novilla indómita se apartó Israel; ¿los apacentará ahora Yahveh como a corderos en lugar espacioso?* [17]*Efraín es dado a ídolos; déjalo.* [18]*Su bebida se corrompió; fornicaron sin cesar; sus príncipes amaron lo que avergüenza.* [19]*El viento los ató en sus alas, y de sus sacrificios serán avergonzados*» (Os. 4:6-19).

Esto fue muy doloroso para el Señor, a tal punto que le ordenó al profeta Oseas que se casara con una mujer fornicaria que luego le fue infiel, a fin de que predicase la aguda agonía de su drama personal. Y el mensaje del profeta portaba el intenso calor de un juicio severo, pero también era llevado por la ternura de un Dios de amor. Ambas cosas estaban en el corazón de Dios. Pero jamás hubo arrepentimiento en este pueblo.

Oseas fue un profeta que vivió en el siglo VIII a.C. y ejerció su ministerio en la casa del norte durante el reinado de Jeroboam; y su ministerio coincide con el de otros profetas de ese tiempo como Isaías, Amós y Miqueas. Oseas significa "*salvación*", de la misma raíz que para Josué y Jesús. Su ministerio profético se realizó en un período que se caracterizó por la apostasía religiosa y la injusticia social. Estos dos extremos, el juicio severo y el amor, son usados por Oseas en su ministerio cuando vive su tragedia personal para ilustrar la relación de la casa de Israel con Dios. Gomer es símbolo de la infidelidad de la casa de Israel. Oseas acusa a la casa de Efraín de adulterio. Imaginemos ese cuadro, cuando Oseas estaba profetizando y escribiendo su propia experiencia; y esa misma agonía, esa misma tristeza era la que experimentaba Dios por un pueblo que le era infiel, un pueblo al que le había dado muestras de amor, de paciencia, de poder. Ellos mismos habían visto en la historia de Israel cómo se abría un mar para que ellos pasaran en seco por en medio; cómo habían sido alimentados durante cuarenta años con aquel maná bajado del cielo. Sin embargo, llegó el momento en que no confiaron en Dios y le fueron infieles con los dioses babilónicos. Dios duró mucho tiempo diciéndole a su pueblo que se arrepintiera, pero también lo hacía con mucha ternura, por el dolor de que aquel pueblo se perdiera, porque Dios sabía que ellos iban a pasar muchos siglos esparcidos por todas las naciones olvidándose

que eran israelitas, perdiendo su propia identidad como el pueblo amado del Señor. Eso era para Dios algo muy doloroso.

En lugar de basar su confianza en Dios, los reyes de la casa de Efraín solicitaron el favor de Asiria y Egipto, o trataron de comprarlo con regalos. A veces a nosotros, como hijos de Dios, nos sucede lo mismo; no buscamos la ayuda de Dios, sino que nos comprometemos con personas impías cuyo corazón está lejos de Dios; o usamos medios terrenales, cuando Dios es poderoso para cumplir en nosotros sus promesas. Los reyes de Israel se rodearon de falsos profetas, profetas asalariados. Una característica de los falsos profetas es que no llaman al pueblo al arrepentimiento del pecado; más bien apoyan a los malos (cf. Jer. 23:14,22; Ez. 13). Estos falsos profetas eran los profetas oficiales de la religión establecida y del rey.

En sus prácticas religiosas, la casa de Israel conservó el nombre de Dios, así como nosotros conservamos el nombre de Cristo, pero adoptando el ritual y las prácticas del culto de Baal. Había una inmoralidad descarada, y el Señor estaba muy dolido de que no confiasen en Él; y los dirigentes religiosos obtenían pingües ganancias, aumentando sus ingresos con las ofrendas por el pecado. De manera, pues, que era muy grave esta situación.

UN DIVORCIO CON EFRAÍN

El pacto sinaítico había tenido carácter matrimonial, de manera que, en caso de infidelidad, sólo podía ser disuelto por el divorcio. Y es lo que el Señor hace. Dios se divorcia del reino del norte.

«*Decid a vuestros hermanos: Ammi; y a vuestras hermanas: Ruhama.* [2]*Contended con vuestra madre, contended; porque*

ella no es mi mujer, ni yo su marido; aparte, pues, sus fornicaciones de su rostro, y sus adulterios de entre sus pechos» (Os. 2:1,2).

¿Qué dice la ley? «*Cuando alguno tomare mujer y se casare con ella, si no le agradare por haber hallado en ella alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio, y se la entregará en su mano, y la despedirá de su casa.* [2]*Y salida de su casa, podrá ir y casarse con otro hombre.* [3]*Pero si la aborreciere este último, y le escribiere carta de divorcio, y se la entregare en su mano, y la despidiere de su casa; o si hubiere muerto el postrer hombre que la tomó por mujer,* [4]*no podrá su primer marido, que la despidió, volverla a tomar para que sea su mujer, después que fue envilecida; porque es abominación delante de Yahveh, y no has de pervertir la tierra que Yahveh tu Dios te da por heredad*» (Dt. 24:1-4).

«*Porque he aquí yo mandaré y haré que la casa de Israel sea zarandeada entre todas las naciones, como se zarandea el grano en una criba, y no cae un granito en la tierra*» (Am. 9:9).

Es importante tener en cuenta que en el Monte Sinaí hubo un pacto matrimonial entre Dios e Israel. Cuando en Israel se iba a unir en matrimonio una pareja, luego de que el padre del novio escogiera la novia, dentro de las siete etapas del matrimonio, el siguiente paso consistía en firmar un compromiso, un pacto de desposamiento; pero el pacto sinaítico había sido quebrantado; la casa de Israel le fue infiel al Señor, y sobrevino un divorcio. Entonces, ¿por qué fue excluido Israel?

PRIMER CAUTIVERIO

Como colofón de esta gigantesca apostasía, ante la reiterada negativa a volver al Señor, Yahveh permitió que la casa de Israel fuese llevada en cautiverio por el imperio Asirio,

y el reino del norte desapareció en 722 a.C.; cautiverio de las diez tribus del que jamás regresaron a su tierra; fue el castigo inevitable por causa de su iniquidad; y lentamente las diez tribus de la casa de Efraín se fueron desparramando por todas las naciones de la tierra, a tal punto que fueron perdiendo su identidad. Muchos de ellos saben que son hebreos, pero no conocen ni siquiera a qué tribu pertenecen, olvidando asimismo que son herederos de las promesas de Dios; y se gentilizaron. El capítulo 17 de 2 Reyes narra el fin de la casa de Israel. Este cautiverio ya había sido profetizado.

«*Y Yahveh te esparcirá por todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo; y allí servirás a dioses ajenos que no conociste tú ni tus padres, al leño y a la piedra*» (Dt. 28:64).

Es de observar que la casa de Israel fue llevada por los asirios, al territorio que ese imperio ocupaba en ese tiempo del otro lado del río Eufrates; sin embargo, en esta profecía dice que serían esparcidos por todos los pueblos, por toda la tierra. ¿Qué sucedió entonces? ¿Por qué no regresaron por lo menos cuando Asiria perdió su poderío político y militar? La historia registra que después de algunos siglos de permanecer en territorio asirio, ellos fueron esparcidos por todas las naciones. Diez tribus fueron apartadas de Dios y el reino del norte fue destruido. Sólo quedó el reino del sur con dos tribus.

«*Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento. Por cuanto desechaste el conocimiento, yo te echaré del sacerdocio; y porque olvidaste la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos*» (Os 4:6).

Falta de entendimiento; les faltó cordura. Nosotros somos hijos de Dios; somos siervos de Dios. Que no nos falte conocimiento, para que no caigamos en lo mismo; porque ese ejemplo es también para nosotros, pues sin dejar de ser hijos

de Dios, podemos caer en una gran desobediencia. Dice claramente, porque olvidaste la ley, yo era tu esposo; cortaste conmigo y te fuiste en pos de otros maridos. De manera, pues, que Dios tenía que cumplir lo que decía la ley, pues Él mismo la había proclamado. Y esto lo sabían los judíos, los de la casa del sur.

Dice el historiador Flavio Josefo, que aun en tiempos de Jesucristo y los apóstoles, los judíos, los de la casa de Judá, sabían que aquellos descendientes de las diez tribus del norte, todavía permanecían del otro lado del río Eufrates. Lo curioso es que los judíos estaban convencidos de que, por muy cerca que aun estuviesen, los de la casa de Efraín no podían regresar a la tierra sencillamente porque había habido un divorcio con el Señor. Ellos habían sido infieles a Dios, con quien se habían desposado en el Sinaí; y no podían volverse a casar con su primer marido, porque la ley decía que si una mujer le era infiel al marido, no podía volverse a casar con el primer marido. Eso solamente se podía resolver con la muerte; mientras tanto la ley del adulterio acusaría a esa mujer. De manera que los judíos estaban conscientes de que las diez tribus que aun permanecían en su gran mayoría del otro lado del río Eufrates, no podían regresar. Si regresaban, no podían entrar a participar en la adoración en el templo. Habían dejado de ser considerados pueblo de Dios.

Tengamos en cuenta que por esa razón los judíos habían erigido un muro que dividía el patio del templo de Jerusalén, creándose así el patio de los gentiles y el patio de los judíos, pues los de la casa de Efraín eran considerados gentiles. De manera que para que un miembro de cualquiera de las antiguas tribus del norte, pudiera entrar a adorar al templo, tenía antes que convertirse a la religión de los judíos a título personal, y hacerse lo que llamaban un prosélito.

Solamente con esa condición, y con la circuncisión, podían tomar parte de la adoración y del ofrecimiento de sacrificios, junto con la casa de Judá. En determinado momento de la historia, los judíos empezaron a considerarse los legítimos y únicos integrantes del pueblo de Israel; los únicos que no habían sido rechazados por Dios para siempre. No les había sido revelado el misterio. Y por eso es que hoy todos conocemos que en todas las naciones modernas se habla de judíos, más que de hebreos, y esto debido a que las otras tribus ya no cuentan. Incluso para nosotros no importa que pertenezcan a cualquier otra tribu, se les trata de judíos indistintamente; porque los de la casa de Judá se consideran los únicos elegidos y aprobados por Dios.

¿Cuál llegó a ser la situación de la casa de Israel?

«*Dicen: Si alguno dejare a su mujer, y yéndose ésta de él se juntare a otro hombre, ¿volverá a ella más? ¿No será tal tierra del todo amancillada? Tú, pues, has fornicado con muchos amigos; mas ¡vuélvete a mí! dice Yahveh.* [2]*Alza tus ojos a las alturas, y ve en qué lugar no te hayas prostituido. Junto a los caminos te sentabas para ellos como árabe en el desierto, y con tus fornicaciones y con tu maldad has contaminado la tierra.* [6]*Me dijo Yahveh en días del rey Josías: ¿Has visto lo que ha hecho la rebelde Israel? Ella se va sobre todo monte alto y debajo de todo árbol frondoso, y allí fornica.* [7]*Y dije: Después de hacer todo esto, se volverá a mí; pero no se volvió, y lo vio su hermana la rebelde Judá.* [8]*Ella vio que por haber fornicado la rebelde Israel, yo la había despedido y dado carta de repudio; pero no tuvo temor la rebelde Judá su hermana, sino que también fue ella y fornicó.* [10]*Con todo esto, su hermana la rebelde Judá no se volvió a mí de todo corazón, sino fingidamente, dice Yahveh*» (Jer. 3:1.2, 6-8,10).

SEGUNDO CAUTIVERIO

Pero la casa de Judá, o reino del Sur, también jugó a la desobediencia, y a su vez fue llevada en cautiverio a Babilonia, después que la nación fue destruida y desparecido el templo de Dios construido por Salomón, en tiempos del profeta Jeremías, un poco más de cien años después del primer cautiverio, en tiempos del rey Nabucodonosor, en el año 586 a. C. Era necesario que de este cautiverio regresara por lo menos un remanente a la tierra, y eso ocurrió setenta años después. Era necesario reconstruir la nación y el templo, como centro religioso, a fin de que se preparara el escenario para la encarnación del Verbo de Dios, y que Dios mismo habitara en el marco histórico de los hombres, pudiera acontecer su ministerio temporal, fuese sacrificado en la cruz como el Cordero de Dios, y nos pudiera salvar, primero a las ovejas perdidas de la casa de Israel, y también a los gentiles.

Era indispensable que se cumplieran las promesas de Dios en lo tocante al Mesías y al reino de Dios. Había una promesa de redención de parte de Dios.

«*Duélete y gime, hija de Sion, como mujer que está de parto; porque ahora saldrás de la ciudad y morarás en el campo, y llegarás hasta Babilonia; allí serás librada, allí te redimirá Yahveh de la mano de tus enemigos*» (Mi. 4:10).

Si Judá no hubiera regresado, Cristo no hubiera podido encarnar, y no hubiera podido morir por nosotros en la cruz del Calvario, y cumplir con la promesa que Él había hecho. Él se había propuesto darle solución a este amargo drama, para que se cumpliera la promesa hecha por Dios a Abraham de que en su simiente serían benditas todas las naciones de la tierra. Pero los judíos también al final fueron esparcidos por todas las naciones europeas, después de que el Imperio Romano destruyera la nación y el templo en el año 70 d.C., al mando

del general Tito Flavio, como consecuencia de una revuelta nacional. También era necesario que esto sucediera.

UN MISTERIO SIN REVELAR

Pero Dios, como está consignado en muchas de las páginas de los profetas, prometió recogerlos al final de los tiempos. El Señor mismo reunirá a Israel. «*Y yo os tomaré de las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestro país*» (Ez. 36:24); como cuando Ezequiel recibe la visión de los huesos secos. Hay un velo de misterio en todo esto. No obstante, lo más importante es que en el futuro, al fin de los días, esas tribus regresarían al pacto de Dios en Jesucristo. «*Después volverán los hijos de Israel, y buscarán a Yahveh su Dios, y a David su rey; y temerán a Yahveh y a su bondad en el fin de los días*» (Os. 3:5).

Las casa de Efraín dejó de ser pueblo de Dios, pero volverá a serlo.

«*Y le dijo Yahveh: Ponle por nombre Jezreel; porque de aquí a poco yo castigaré a la casa de Jehú por causa de la sangre de Jezreel, y haré cesar el reino de la casa de Israel.* *6* *Concibió ella otra vez, y dio a luz una hija. Y le dijo Dios: Ponle por nombre Lo-ruhama, porque no me compadeceré más de la casa de Israel, sino que los quitaré del todo.* *7* *Mas de la casa de Judá tendré misericordia, y los salvaré por Yahveh su Dios; y no los salvaré con arco, ni con espada, ni con batalla, ni con caballos ni jinetes.* *9* *Y dijo Dios: Ponle por nombre Lo-ammi, porque vosotros no sois mi pueblo, ni yo seré vuestro Dios.* *10* *Con todo, será el número de los hijos de Israel como la arena del mar, que no se puede medir ni contar. Y en el lugar en donde les fue dicho: Vosotros no sois pueblo mío, les será dicho: Sois hijos del Dios viviente*» (Os. 1:4,6-7, 9-10).

«*Por tanto, di: Así ha dicho Yahveh el Señor: Aunque les he arrojado lejos entre las naciones, y les he esparcido por las tierras, con todo eso les seré por un pequeño santuario en las tierras adonde lleguen*» (Ez. 11:16).

Volver a ser pueblo de Dios es lo que Pablo llama "el misterio", que le fue revelado, misterio que antes, en los tiempos pasados los profetas ansiaban conocer, pero que no les fue revelado; y aquí estamos hablando de ese misterio, «*que por revelación* (dice Pablo) *me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, [4]leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, [5]misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: [6]que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio*» (Ef. 3:3-6).

¿Por qué causa la casa de Efraín jamás regresó de su cautiverio? Porque fueron esparcidos y confundidos por todas las naciones del mundo a fin de que los gentiles pudieran ser salvos. Pero estaba escrito que regresarían al final de los tiempos. «*Sucederá que cuando hubieren venido sobre ti todas estas cosas, la bendición y la maldición que he puesto delante de ti, y te arrepintieres en medio de todas las naciones adonde te hubiere arrojado Yahveh tu Dios, [2]y te convirtieres a Yahveh tu Dios, y obedecieres a su voz conforme a todo lo que yo te mando hoy, tú y tus hijos, con todo tu corazón y con toda tu alma, [3]entonces Yahveh hará volver a tus cautivos, y tendrá misericordia de ti, y volverá a recogerte de entre todos los pueblos adonde te hubiere esparcido Yahveh tu Dios. [4]Aun cuando tus desterrados estuvieren en las partes más lejanas que hay debajo del cielo, de allí te recogerá Yahveh tu Dios, y de allá te tomará; [5]y te hará volver Yahveh tu Dios a la tierra*

que heredaron tus padres, y será tuya; y te hará bien, y te multiplicará más que a tus padres. [6]Y circuncidará Yahveh tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Yahveh tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas. [7]Y pondrá Yahveh tu Dios todas estas maldiciones sobre tus enemigos, y sobre tus aborrecedores que te persiguieron. [8]Y tú volverás, y oirás la voz de Yahveh, y pondrás por obra todos sus mandamientos que yo te ordeno hoy» (Dt. 30.1-8).

Sin embargo, la raíz del misterio es, ¿cómo va a ser posible ese regreso? Ante tal realidad, los judíos se consideran los únicos componentes del Israel moderno. Pero en esas condiciones de ruptura matrimonial, no podría haber bodas entre Dios y su pueblo adúltero.

Refiriéndose a la mujer adúltera, la ley decía: «...*no podrá su primer marido, que la despidió, volverla a tomar para que sea su mujer, después que fue envilecida; porque es abominación delante de Dios*» (Dt. 24:4).

Entonces, ¿cómo podrían ser cumplidas las promesas de Dios cuando al final de los tiempos recogiese de nuevo a Israel? El pacto estaba roto. ¿Qué hacer, entonces?

UN NUEVO PACTO

¿Qué hizo Dios, entonces? Una esposa le fue infiel, y no podía volverse a casar con ella. Una ley estaba escrita en piedra, en rollos de papiro o de pieles de carnero; esa ley estaba fuera del corazón de ellos, y ellos carecían de capacidad para cumplirla, y vivir conforme esos estatutos. ¿Cómo obrar entonces? ¿Qué medidas tomar para que el pueblo de Dios cumpliera la ley y se volviera a unir a Dios? ¿Cómo hacer para que fuesen fieles a su esposo? ¿Cómo hacer para recoger a toda esa gente esparcida por todos los rincones de

la tierra? ¿Cómo arreglar ese problema? Había que hacer un nuevo pacto bajo un fundamento más profundo; y ese nuevo pacto fue profetizado.

Para la restauración y bendición de Efraín y de Judá, Dios en sus consejos divinos concibió el propósito de hacer un nuevo pacto con la casa de Efraín y con la casa de Judá.

«*He aquí que vienen días, dice Yahveh, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá.* [32]*No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Yahveh.* [33]*Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Yahveh: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.* [34]*Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Yahveh; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Yahveh; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado*» (Jer. 31:31-34).

Jeremías habla aquí de un nuevo pacto, el mismo que se menciona en Romanos 11:26-36 y en Hebreos 8:8-12. El contraste se presenta entre las tablas de la ley escritas en piedra y la ley de Dios escrita en el corazón de los hombres. Ese pacto es “nuevo”, no en el sentido de no tener continuidad con el pasado, sino más bien en que la gracia divina sería revelada entonces en toda su plenitud, concediéndole al hombre lo que no podía ganar por esfuerzo propio por cumplir una ley inalcanzable, o por sus buenas obras.

En medio de todo esto hay un detalle que no podemos pasar por alto, y es que el nuevo pacto no lo haría Dios con los gentiles, sino con la casa de Israel y con la casa de Judá.

¿Dónde aparece aquí alguna casa de los gentiles? No aparece por ninguna parte. Dios no ha hecho pacto con gentiles, ni con nación gentil alguna, ni persona en particular. Los gentiles no conocían a Dios. El nuevo pacto debía ser hecho con un pueblo con quien hubiese trabajado mucho para que le conocieran.

A través del tiempo ha venido tomando forma una doctrina en el sentido de que Dios había rechazado a Israel y lo había reemplazado por la Iglesia; como si Dios hubiera hecho pacto exclusivo con la Iglesia, pacto en el cual Israel no hubiera tenido ingerencia. Esto puede convertirse en un misterio. ¿En todo esto dónde aparece la Iglesia? ¿Qué relación existe entre Israel y la Iglesia? ¿Habrá reemplazado Dios a Israel por la Iglesia? ¿Y las promesas eternas de Dios qué? Las promesas abrahámicas tienen que ver con salvación; y las promesas de Dios son irrevocables (Ro. 11:28,29).

Dios dice: «*haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá*». ¿Dónde, pues, encajan los gentiles aquí? Dios no tenía pueblo entre los gentiles. Entonces, ¿cómo seríamos los gentiles cubiertos por ese nuevo pacto? He ahí el misterio revelado, pero con sus aristas aun ocultas o veladas al entendimiento humano. Él sólo tenía un pueblo llamado Israel; y lo sigue teniendo. Llega el momento en que dice: «Voy a hacer un nuevo pacto; no como el que hice en el Sinaí, y pondré mi ley en sus mentes, y las escribiré en sus corazones, y Yo seré a ellos por Dios y ellos me serán por pueblo». Ahora bajo el nuevo pacto, no tienen necesidad de que el Señor les esté enviando profetas, que les digan: Arrepiéntanse, miren a Dios, miren lo que están haciendo; están siendo infieles a Dios. ¿Por qué? Porque dentro de nosotros tenemos la vida de Dios, el Espíritu Santo, a quien debemos escuchar.

Dice la Palabra: «*No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu*» (Ef. 5:18).

Debemos ser guiados por el Espíritu Santo. Hay un trabajo de Dios en nosotros; Él está empeñado en hacer una transformación total en nuestro ser; y dice la Palabra de Dios que lo primero que debe ser cambiado es nuestra manera de pensar. Recordemos a Romanos 12:2; debemos experimentar una metamorfosis, un cambio de mente, para que ya dejemos de estar pensando en dioses ajenos, sino que tengamos la mente de Cristo, la mente de Dios. Y cuando nuestra mente sea transformada, lograremos a ver las cosas como Dios las ve. Y cuando nuestra mente es transformada, empezamos a pensar en forma diferente, y nuestros propios sentimientos no tendrán poder para gobernarnos.

Cuando pensamos con la mente vieja, la mente heredada de Adán, nos auto-compadecemos, porque lo más importante para nosotros es nuestro propio yo; pero lo importante no es que los demás te amen, sino que tengas unos sentimientos transformados; que logres amar sin esperar reciprocidad, y dar de gracia lo que tienes de Cristo. Ser misericordioso sin esperar misericordia; dar amor sin esperar ser amado; ser pacientes con los demás, aunque no lo sean con nosotros; dar todo lo bueno que tiene el Espíritu de Dios en nosotros. En el tribunal de Cristo no se nos va a preguntar, ¿cuántos te amaron?, sino ¿a cuántos amaste?

Me llama la atención el versículo 34: «*Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Yahveh; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Yahveh; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado*». En Oseas leímos que el pueblo se perdió por falta de conocimiento, pero en cambio aquí dice: «*porque todos me conocerán*». ¿Por qué lo conocerán? Porque el Espíritu de Dios habita dentro nosotros.

Eso mismo se puede leer en 1 Juan 2.20,27: «*Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas.* [27]*Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él*». Seguramente el apóstol Juan se inspiró en Jeremías. Nosotros tenemos la responsabilidad de ser llenos del Espíritu Santo. Es una irresponsabilidad no estar llenos del Espíritu Santo.

Observemos la parábola de las diez vírgenes. Sólo la mitad de ellas permanecían llenas del Espíritu Santo, y con suficiente llenura de aceite, que, aparte de la lámpara, hasta tenían llena una vasija, que es nuestra alma. Ese «consigo» de que habla la parábola, esa vasija, eres tú y soy yo. Cuando el Espíritu Santo gobierna tu vida, el mismo Espíritu te dice lo que te conviene, como también te advierte acerca de lo que a ti no te conviene. Entonces vivirás una vida victoriosa sin necesidad de angustiarte y estar procurando consejos entre los hermanos. Con esto no estoy diciendo que no haya consejeros entre las denominaciones cristianas; algunos necesitan conversar ciertos asuntos privados con los hermanos; pero hay personas que no pueden hacer nada sin que antes visiten al consejero. Todo lo quieren escuchar del consejero; pero resulta que el consejero no lo sabe todo, y por eso puede darse el despropósito de que lleguen a aconsejarte algo errado, algo que no te conviene. Pero si eres guiado por el verdadero *Parácleto*, conoces a Dios y tienes la mente de Cristo, ves las cosas como Dios las ve; y tú mismo, en determinadas circunstancias, puedes llegar a servir como consejero de otros; porque tú ves muchas cosas que es posible que los demás no ven.

Entonces, retomando el tema, vemos que en Jeremías no aparece la casa de los gentiles. ¿Cómo les parece eso de que

el pacto es solamente con la casa de Israel y con la casa de Judá? ¿Dónde entran los extranjeros en todo esto?

«*Toda la congregación de Israel lo hará. [48]Mas si algún extranjero morare contigo, y quisiere celebrar la pascua para Yahveh, séale circuncidado todo varón, y entonces la celebrará, y será como uno de vuestra nación; pero ningún incircunciso comerá de ella. [49]La misma ley será para el natural, y para el extranjero que habitare entre vosotros*» (Ex. 12:47-49). «*Vosotros todos estáis hoy en presencia de Yahveh vuestro Dios; los cabezas de vuestras tribus, vuestros ancianos y vuestros oficiales, todos los varones de Israel; [11]vuestros niños, vuestras mujeres, y tus extranjeros que habitan en medio de tu campamento, desde el que corta tu leña hasta el que saca tu agua; [12]para que entres en el pacto de Yahveh tu Dios, y en su juramento, que Yahveh tu Dios concierta hoy contigo*» (Dt. 29:10-12).

¿Cómo hizo el Señor, entonces, para poderse casar con una esposa que le había sido infiel? Entonces, retomando lo del misterio, para que este propósito de Dios tuviese pleno cumplimiento en el tiempo, el Verbo de Dios habitó entre los hombres; Dios tabernaculizó entre nosotros, y despojándose a sí mismo, tomó la forma de siervo y fue semejante a los hombres, y en la cruz del Monte Calvario se entregó, y con su sangre firmó un nuevo pacto.

La noche que el Señor fue entregado, cuando estaba comiendo la cena pascual con sus discípulos, dice el Evangelio que después que hubieron cenado, partió el pan, se los dio que comieran; luego tomó la copa, y ¿qué les dijo? «*Bebed de ella todos; [28]porque* ***esto es mi sangre del nuevo pacto****, que por muchos es derramada para remisión de los pecados*» (Mt. 26:27b-28).

Él le había dicho a Jeremías que llegaría el momento en el futuro en que haría un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá; y ahora a los discípulos les brinda que beban de la sangre del nuevo pacto; eso se refiere al mismo nuevo pacto que había prometido en Jeremías. Esas dos citas están vinculadas a un mismo hecho. Entonces, ¿por qué tendría Dios que permitir que las diez tribus del norte fueran esparcidas por todos los rincones de la tierra? El mundo moderno ha contemplado cómo estas diez tribus se gentilizaron, perdieron su identidad como israelitas, y concretamente con relación a su tribu en particular.

LAS OVEJAS PERDIDAS

Incluso, hay muchos hebreos que ignoran que tienen sangre israelita. Y eso sucedió para que nosotros también recibiéramos el mensaje de salvación cuando llegara el momento de predicar las buenas nuevas a los israelitas de las diez tribus perdidas, y les dijeran: Hay una solución para ustedes; pueden volver a Dios, pueden unirse en matrimonio de nuevo con su primer marido. Para esa tarea, Dios escoge a varones eminentes como Pablo de Tarso; un hombre preparado, que se conocía las Escrituras del Antiguo Testamento a profundidad; un hombre que había estudiado en la academia de Gamaliel, y para matricularse allí ya debía haber aprendido la Biblia de memoria; y Dios lo envía a predicar estas buenas noticias a los israelitas. El evangelio mismo, y las palabras del Señor nos ratifican esta verdad. En la ocasión cuando habilita y comisiona a los doce discípulos, Jesús les dice: «*Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis,* [6]*sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel*» (Mt. 10:5,6). En otro punto, en un viaje que hizo por tierras de Tiro y de Sidón, una mujer cananea le rogaba que liberara a su hija que estaba atormentada por un demonio. La enfática respues-

ta inicial del Señor fue: «*No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel*» (Mt. 15:24).

¿Quiénes son las ovejas perdidas del Señor? Las ovejas de la casa de Israel que perdieron su identidad entre las naciones. En el discurso de Jesús como el buen pastor, en Juan 10, hace una declaración muy diciente al respecto, donde aparecen las dos casas: «*Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, [15]así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas. [16]También tengo otras ovejas* (la casa de Israel) *que no son de este redil* (la casa de Judá)*; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor*» (Jn. 10:14-16). Aquí, este redil se refiere a los judíos, y las otras ovejas son la casa de Efraín dispersada por el mundo. El apóstol Pedro también lo ratifica: «*Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas*» (1 P. 2:25).

Hay un rebaño descarriado. «*Rebaño descarriado es Israel; leones lo dispersaron; el rey de Asiria lo devoró primero, Nabucodonosor rey de Babilonia lo deshuesó después*» (Jer. 50:17). «*De cierto te juntaré todo, oh Jacob; recogeré ciertamente el resto de Israel; lo reuniré como ovejas de Bosra, como rebaño en medio de su aprisco; harán estruendo por la multitud de hombres*» (Mi. 2:12).

Jesús el pastor de las ovejas. «*Y andan errantes por falta de pastor, y son presa de todas las fieras del campo, y se han dispersado. [12]Como reconoce su rebaño el pastor el día que está en medio de sus ovejas esparcidas, así reconoceré mis ovejas, y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado y de la oscuridad. [13]Y yo las sacaré de los pueblos, y las juntaré de las tierras; las traeré a su propia tierra, y las apacentaré en los montes de Israel, por las riberas, y en todos los lugares habitados del país. [23]Y*

levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David, él las apacentará, y él les será por pastor. [24]*Yo Yahveh les seré por Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos. Yo Yahveh he hablado*» (Ez. 34:5,12,13, 23-24).

Las perdidas serán recogidas de entre las naciones. *«Sálvanos, Jehová Dios nuestro, y recógenos de entre las naciones, para que alabemos tu santo nombre, para que nos gloriemos en tus alabanzas*» (Slm. 106:47).

Esas ovejas perdidas, durante siglos han sido asimiladas y gentilizadas entre las naciones. «*Efraín se ha mezclado con los demás pueblos; Efraín fue torta no volteada.* [9]*Devoraron extraños su fuerza, y él no lo supo; y aun canas le han cubierto, y él no lo supo*» (Os. 7:8,9). *«Devorado será Israel; pronto será entre las naciones como vasija que no se estima*» (Os. 8.8). «*Por tanto, di: Así ha dicho Yahveh el Señor: Aunque les he arrojado lejos entre las naciones, y les he esparcido por las tierras, con todo eso les seré por un pequeño santuario en las tierras adonde lleguen*» (Ez. 11:16).

Vemos que esa desobediencia, esa incredulidad y esa miseria son usadas por Dios para producir un bien eterno. Israel no tropezó para su caída definitiva, sino para preparar su plena salvación y la de muchos gentiles. «*Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo*» (Ro. 11:17).

LA PARED INTERMEDIA DERRIBADA

¿Qué sucede con nosotros ahora? Lo analizamos en Efesios capítulo 2. Habla a los gentiles, tanto a los israelitas gentilizados como a gentiles de extracción pagana. *«Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada*

circuncisión hecha con mano en la carne» (v. 11). Aquí los llamados *incircuncisión* se refiere a la casa de Israel; en cambio los llamados *circuncisión* es la casa de Judá, pues ellos eran los únicos que se estaban circuncidando en ese tiempo.

«*En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo*» (v. 12). El nuevo pacto es con Cristo. Cuando lees Jeremías 31:31, ahí tácitamente le puedes colocar la Palabra Cristo. «*Haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá, en Cristo*».

«*Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. [14]Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación*» (vv. 13,14). La casa de Israel por siglos estaba alejada de la ciudadanía de Israel, la había perdido, sin la cobertura del pacto que habían roto, y sin Dios, como cualquier gentil. Nosotros también estábamos sin esperanza y sin Dios en el mundo. Estábamos perdidos cuando las diez tribus de Israel empezaron a recibir el mensaje; entonces, muchos volvieron a ser ciudadanos de Israel; nosotros también adquirimos la ciudadanía de Israel, aunque espiritual. Ahora espiritualmente somos ciudadanos de Israel. Además, los judíos habían erigido una pared intermedia a raíz de un rompimiento, un divorcio. Esa pared fue física en el templo de Jerusalén, pero también se trata de una pared de discordia entre las dos casas. Antes de que el general Tito Flavio destruyese el templo, ahí estaba esa pared, pero una vez destruido el templo, esa pared de odio continuó existiendo, aunque Cristo la derribó aun antes del año 70. Por eso ahora también somos ciudadanos de Israel, y podemos entrar al Lugar santísimo a adorar a Dios;

podemos tocar al Señor delante del trono de la gracia por la sangre del nuevo pacto.

UN MISTERIO REVELADO

Vemos, pues, cómo se va revelando el misterio; a medida que va desapareciendo un velo vamos viendo esta gran verdad de Dios. «*Aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz,* [16]*y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades.* [17]*Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca*» (vv. 15-17).

Dios guardaba en su corazón el misterio de que su propio Hijo se diera en sacrificio para poder romper ese muro de división, muro que separaba a los que estaban lejos, la casa de Israel, de los que estaban cerca, la casa de Judá. Y ahora, como producto de ese sacrificio los hace un solo cuerpo, un solo rebaño con un solo pastor, que es la Iglesia. En Cristo las dos casas se unen. Este nuevo hombre es el Señor Jesucristo. Entonces hay una secuencia: El misterio de Dios es Cristo, y el misterio de Cristo es la Iglesia. Nosotros estamos en el nuevo hombre. Como dice en Efesios 4:13, el Señor está trabajando en nosotros «*hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*». Ese es el nuevo hombre, el Cristo resucitado, el mismo que mora en nosotros.

Dios se divorcia de Israel por adulterio; y la única manera de librarse de la ley del adulterio es por la muerte de su primer esposo. Debía haber un nuevo casamiento con la casa de Israel, pero ¿cómo? Hemos visto que había una ley sobre el

adulterio; había una esposa que había sido infiel al Señor, y la ley del adulterio la acusaba. Estaba impedida de casarse de nuevo con Dios, porque la ley se lo prohibía. Entonces, ¿cómo resolver ese problema? ¿Qué hizo entonces el Señor? Lo declara Romanos 7:1-4: «*¿Acaso ignoráis, hermanos (pues hablo con los que conocen la ley), que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que éste vive? [2]Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. [3]Así que, si en vida del marido se uniere a otro varón, será llamada adúltera; pero si su marido muriere, es libre de esa ley, de tal manera que si se uniere a otro marido, no será adúltera. [4]Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios*».

Una vez que el Señor muere en la cruz, derrama su sangre y es hecho un nuevo pacto; y resucita al tercer día, emerge un nuevo hombre, una persona que da comienzo a una nueva raza; un nuevo hombre con quien se puede unir en matrimonio la que había sido adúltera. Ella deja de ser adúltera, y ya puede casarse con un nuevo marido, el Señor Jesucristo. Él es el nuevo hombre. Este secreto se lo tenía Dios reservado; cuando ya lo reveló, entonces se le es quitado el velo a un misterio, y desaparece el muro divisivo; es derribado para siempre. Ahora el Señor hace de los dos un solo pueblo, y ahí estamos nosotros cobijados bajo el nuevo pacto hecho por Dios con la casa de Israel y con la casa de Judá.

En las páginas del libro de los Hechos vemos que cuando Pablo sale a predicar, en cada ciudad, primero llega a la sinagoga de los judíos, expone el evangelio; como consecuencia, muchos de los judíos creen, salen de la sinagoga y de su antigua religión y se van con Pablo a predicar a los gentiles. Allí estaba la casa de Israel, entre los gentiles, pero también

estábamos nosotros; y todos los que hemos venido creyendo en Cristo también somos cobijados bajo el nuevo pacto, bajo la sangre del nuevo pacto; y ahí surge la Iglesia, compuesta por judíos, israelitas y gentiles, y ahora todos hacemos parte del cuerpo de Cristo. No todos los israelitas han creído ni creerán, pero los cobija el pacto abrahámico en cuanto al Israel terrenal. Pero hay escogidos para salvación de entre los elegidos.

¿QUIÉNES SON LOS ELEGIDOS?

Las diez tribus de la casa de Israel están dispersos en las cuatro esquinas de la tierra; pero en tiempos de los apóstoles muchos se encontraban en las provincias de Asia Menor. «*Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, [2]elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo*» (1 P. 1:1,2). Esta carta fue enviada a los expatriados de la dispersión, que eran todos aquellos que estaban dispersos por todas las naciones de la tierra; pero Pedro escoge a aquellos que vivían en las provincias de Asia Menor, y ellos pertenecen a la casa de Israel. Aunque en realidad hubo tres diásporas en la historia. La primera cuando ocurrió el cautiverio de la casa de Efraín en 722 a.C. a Asiria. Jamás regresaron, hasta los tiempos modernos con el nacimiento del nuevo estado de Israel. La segunda con el cautiverio de la casa de Judá en 586 a. C. a Babilonia. Sólo regresó un remanente a los 70 años en tiempos de Nehemías; y la tercera, la de los judíos en el año 70 d.C., después de la destrucción del templo por los romanos. Empezaron a regresar a fines del siglo 18 y comienzos del 19; ellos constituyeron esa avanzadilla que fundaron la ciudad de Tel Aviv; y luego a partir de 1948, con la creación del moderno Estado de Israel.

En la carta, Pedro habla de «*elegidos según la presciencia de Dios*». Se han escrito cientos de libros acerca de este tema, y los teólogos muchas veces se enfrascan en laberínticas discusiones; pero aquí lo dice con muchísima sencillez. ¿Quiénes son los elegidos? Los de la casa de Israel y los de la casa de Judá, y nosotros también fuimos escogidos, porque el Señor conocía de antemano que íbamos a creer en ese nuevo pacto en Cristo Jesús, y nos hemos acercado a Dios por medio de la sangre del Señor Jesucristo.

En la historia, Dios visitó a la ciudad de Ur, en Caldea, y escogió a Abraham, y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela, a la tierra que te voy a mostrar; vas a ser padre de multitudes. Dios sabía que Abraham le iba a creer, que iba a aceptar su invitación, y que podía confiar en él para sus propósitos. Por eso lo eligió. Además, lo eligió porque Él es soberano. Luego eligió a su hijo Isaac, y no a Ismael; luego eligió a Jacob, y no a Esaú. Luego eligió a los doce hijos de Jacob. No eligió a los hijos de Ismael ni de Edom; y nos eligió a nosotros por el mismo motivo, por puro amor, sabiendo que nosotros íbamos a creer en el Hijo de Dios, para que también fuésemos adoptados hijos de Dios, casa de Dios, familia de Dios, templo de Dios y cuerpo de Cristo.

Algo parecido dice Santiago 1:1: *«Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus que están en la dispersión: Salud*». Esta carta está dirigida a las doce tribus; pero me llama la atención que a nosotros, los que habíamos sido elegidos de entre los gentiles, nos llega el mensaje por causa de que las diez tribus del norte fueron dispersas por todo el mundo, perdieron su identidad, se confundieron con otras naciones; entonces, el mensaje de salvación, que era para ellos, nosotros también lo recibimos, tuvimos la oportunidad de escucharlo, creímos y fuimos salvos.

LA SALVACIÓN DE ISRAEL

Para entender mejor este contexto, es bueno que se lea los capítulos 9, 10 y 11 de Romanos. En Romanos 11 vemos que el rechazo de Dios a la casa de Israel no es definitivo. Aquí tenemos el misterio plenamente revelado. Israel es el olivo cultivado por Dios. «*Olivo verde, hermoso en su fruto y en su parecer, llamó Yahveh tu nombre. A la voz de recio estrépito hizo encender fuego sobre él, y quebraron sus ramas*» (Jer. 11:16). Los de la casa de Efraín fueron ramas desgajadas del verdadero olivo, y se convirtió en un olivo silvestre, a fin de que nosotros tuviésemos la oportunidad de ser injertados. Es una oportunidad que Dios nos concedió. Pero Dios quiso que del olivo silvestre, muchas ramas fuesen desgajadas y vueltas a injertar en el buen olivo, el olivo verde cultivado por Dios.

Entre los profetas había habido mucha preocupación por la suerte que correrían aquellas diez tribus perdidas; pero ellos veían que Dios les decía: A esas ovejas perdidas las voy a recoger al final de los tiempos; y para ello haré un nuevo pacto. Es para estremecerse cuando vemos el cumplimiento de esas cosas; cuando contemplamos la sabiduría y la misericordia de Dios, al permitir que su propio pueblo fuese sacrificado para poder salvar a millones de gentiles. Tenemos que agradecerle al Señor que fue preparando el terreno desde la elección de Abraham, para que un día nosotros pudiéramos escuchar el mensaje de Jesucristo, mensaje que ha recorrido toda la historia para que en este momento haya un pueblo que ama al Señor, un pueblo que le quiere servir por Su Espíritu, un pueblo que obedece a Dios, que quiere conocer a Dios, un pueblo lleno del Espíritu de Dios. Personalmente me uno a aquellos que no quieren andar a la deriva; que no quieren desconocer al Señor; y decirle al Señor: Señor, queremos tener íntima comunión contigo en Cristo Jesús, ser amigos de tu Espíritu, reconocer tu voz; tener la capacidad de decirte: Sí,

yo quiero ser amigo tuyo; te quiero abrir las puertas de mi vida; sentarme contigo a cenar, a contarnos nuestro secretos, y que tú hagas de mí una nueva criatura.

«*Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos*» (Ro. 11:11). Aquí tenemos una visión más completa de este misterio; vemos que por la transgresión de Israel, nosotros somos salvos. «*Y si su transgresión es la riqueza del mundo, y su defección la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más su plena restauración? [13]Porque a vosotros hablo, gentiles. Por cuanto yo soy apóstol a los gentiles, honro mi ministerio, [14]por si en alguna manera pueda provocar a celos a los de mi sangre, y hacer salvos a algunos de ellos*» (vv. 12-14).

¿Por qué escogió Dios a Pablo de Tarso? Dios lo había preparado para esta misión, y desde el vientre de su madre lo había apartado; lo había conducido en su educación hasta ser discípulo de Gamaliel, de tal manera que conociese bien la Palabra versículo por versículo. ¿Por qué tenía Dios que escoger a un sabio para que le predicase el evangelio a los gentiles? ¿Por qué no encargar esa tarea a algunos de los pescadores? Se me ocurre que es como si se pusiera a un físico a enseñarle los primeros números a los niños de un jardín infantil. Eso lo puede realizar cualquier pedagoga infantil, pero el caso es que Pablo fue escogido y enviado como apóstol de los gentiles porque tenía que ser un hombre que conociera profundamente la Palabra de Dios; y fue tratado para que, además de conocer la Palabra, recibiera revelación del cielo, y tuviera plena conciencia de que le iba a predicar el evangelio a las diez tribus perdidas de la casa de Israel. En su mensaje, vendrían tácitas las palabras: «Oíd, israelitas, hay salvación para vosotros; vuestro problema se ha solucionado; ya vosotros podéis estar incluidos en las bodas; hubo un

nuevo pacto, y hay un nuevo hombre listo para el nuevo matrimonio». Y en esas bodas estamos incluidos nosotros.

«*Porque si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos?* [16]*Si las primicias son santas, también lo es la masa restante; y si la raíz es santa, también lo son las ramas.* [17]*Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo,* [18]*no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti.* [19]*Pues las ramas, dirás, fueron desgajadas para que yo fuese injertado*» (vv. 15-19).

Esas ramas fueron quebradas y enviadas al mundo gentil para que nosotros ahora tuviéramos vida. El Señor nos abre los ojos; quita un velo de nosotros para que podamos ver una realidad en este tiempo en que se avecina la gloriosa segunda venida del Señor Jesucristo.

«*Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbezcas, sino teme*» (v. 20). Nos recuerda a Oseas 4:6, donde dice que el pueblo se perdió por falta de conocimiento; y se perdió durante siglos entre las naciones. Una vez más recalcamos, perdieron su identidad, y hoy nosotros nos unimos a ellos en esta salvación.

«*Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará.* [22]*Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado.* [23]*Y aun ellos, si no permanecieren en incredulidad, serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar.* [24]*Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más éstos,*

que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?» (vv. 20-24). Si tú fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más serán injertados ellos en su propio olivo? Y ese olivo ahora es también nuestro olivo.

«*Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles;* [26]*y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad.* [27]*Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados.* [28]*Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres*» (vv. 25-28). Se trata del mismo misterio a que se refiere Efesios 3. La plenitud de los gentiles. Esto será una realidad cuando la llenura de los gentiles vuelva a casa, al nuevo pacto.

Por eso el mensaje de victoria es que después de su resurrección, el Señor encomienda a sus siervos a que vayan por todos los rincones de la tierra para que proclamen a las ovejas perdidas de la casa de Israel, las buenas nuevas de que ya pueden volver, que ya ha sido firmado un nuevo pacto, que ya se están preparando las bodas; y de paso han sido millones los gentiles que han escuchado esas buenas noticias, las han aceptado, han creído, y han sido cubiertos bajo el poder salvador de ese nuevo pacto, y han entrado a participar también de la ciudadanía de Israel. «*Id por todo el mundo*...».

Capítulo 3

EL MISTERIO DE CRISTO

JESUCRISTO COMO LA PLENITUD ENCARNADA DE LA DEIDAD

«*para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo.* [9]*Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad*»

Colosenses 2:2,9

Cristo es el misterio de Dios; y por ser un misterio que Dios haya tomado carne y vivido entre los hombres como cualquier hijo de vecino, en torno del Señor se han tejido muchas herejías. Pero Pablo no usa aquí «misterio» en el sentido de algo que sigue siendo secreto, sino de algo escondido que ahora ha sido revelado; es decir, un «secreto abierto». La intención de Dios es que comprendamos –con toda la plenitud de que seamos capaces– todo lo que Él nos ha revelado respecto a la persona y obra de Jesucristo.

El presente corto comentario no pretende ser un tratado de Cristología, ni más faltaba; no obstante, dejamos registrado que el apóstol Juan, en el prólogo de su evangelio, habla de Cristo como el eterno, el Ser preexistente que se hizo carne, y que el Verbo de Dios existía antes que el mundo existiese,

y que el Verbo era Dios mismo. «*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*» (Jn. 1:1).

En definitiva, en los propósitos eternos de Dios era necesario que el Verbo de Dios viviera como hombre entre los hombres; que Dios irrumpiera en la historia humana, y nos extendiera su mano de carpintero; la misma mano que después sería traspasada por un clavo. «*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad*» (Jn. 1:14).

Antes de continuar, también amerita que registremos las siguientes dos citas bíblicas que hablan del misterio de la sabiduría celestial, y de la necesidad de dar a conocer a los hombres el misterio de Cristo. El apóstol Pablo hablando de que la auténtica sabiduría es un don de Dios, dice: «*Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria»* (1 Co. 2:7).

Más tarde, estando el apóstol prisionero en Roma, les escribe a los Colosenses, y pidiendo oración a los hermanos, les dice: «*orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso*» (Col. 4:3).

Tengamos en cuenta que la epístola de Pablo a los Colosenses fue escrita mayormente para rebatir la herejía del gnosticismo. El apóstol se enfrenta con esta peligrosa herejía mediante la valiente proclamación de la singularidad y completa suficiencia de Jesucristo como el único Salvador de todo.

Entonces, ¿por qué Cristo es el misterio de Dios? Partamos del principio de que a Dios nadie le ha visto jamás. Cristo es la imagen del Dios invisible, el primogénito que existía antes de

toda la creación, por medio del cual todos los seres creados, en el cielo y en la tierra, cobraron existencia. Esto nos asegura que Cristo es la manifestación y agente de Dios en la creación en todas las eras.

Pero en torno de eso, y de otros tópicos de la economía divina, en el panorama cristiano a través de los siglos, y desde los inicios mismos de la iglesia, han surgido infinidad de herejías sumergidas en laberintos dialécticos. ¿Qué es una herejía? La herejía es un error en materia de fe; pero sobre todo cuando es un error que se sostiene con pertinacia. Herejía es toda enseñanza disparatada, algo destacado que vaya en contradicción con la revelación bíblica. Cualquier persona que enseñe un error, al convencerse de su error, su deber es retractarse; si lo hace a tiempo, es exonerado; pero si a sabiendas, no se retracta, además del perjuicio infringido a muchas personas, pasará a la historia como un hereje. Cualquier herejía conlleva su lado nefasto, pues toda herejía divide al cuerpo de Cristo, atenta contra la unidad de la iglesia, y arrastra a los creyentes a la tristeza, debido a que produce contiendas entre los hermanos.

LA HEREJÍA DEL GNOSTICISMO

Las herejías tienen un poder destructor del crecimiento espiritual en los creyentes, porque las herejías atentan contra el auténtico desarrollo del conocimiento de Cristo. Las herejías devastan la lealtad hacia el Señor Jesús; y las contiendas que fomentan entre los hermanos hace que sea afectado el amor entre ellos, pues el amor es el vínculo de la paz (Col. 3:14). Cuando no hay amor no hay paz. En Colosas, Laodicea y sus entornos había surgido la herejía del gnosticismo, y como consecuencia los creyentes debían ser consolados y animados a guardar la unidad mediante el pleno conocimiento del

misterio de Dios el Padre y de Cristo. En ese momento, ellos tenían sus corazones agitados, y los gnósticos y maniqueos no se lamentaban por el mal que estaban causando; no les importaba esos dolores que fomentaban.

¿Qué enseñaban los gnósticos? Entre otras cosas, los gnósticos enseñaban que entre Dios y las criaturas había una serie de entidades espirituales o emanaciones angelicales de Dios a las que llamaban «*eones*», que eran entes poseedores de los tesoros de la divinidad, con la salvedad de que ninguno de esos «eones» era el depositario de la totalidad de esas riquezas, sino sólo de una parte. Los gnósticos difundían la idea de que cada *eón* poseía algo de las riquezas divinas. Pero lo más grave es que los gnósticos le atribuían a Cristo una posición inferior a la que realmente tiene; como si se tratase de uno entre muchos de esos «*eones*», aunque su posición fuese ubicada en el eslabón más elevado de esa curiosa serie o cadena.

PLEROMA, EPIGNOSIS Y KATOIKEO

Pero el misterio nos ha sido revelado; y el conocimiento de este misterio nos revela que solamente en Cristo está incorporada toda la intermediación y la revelación de Dios, pues sólo Él es la «*pleroma*» o plenitud de Dios, lo que incluye la sabiduría y el conocimiento divinos. «... *por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud*» (Col. 1:19).

Hay tres vocablos griegos usados por el apóstol Pablo en esta epístola, que ameritan ser explicados aunque sea someramente. Uno es «*epignosis*», otro es «*pleroma*», y el tercero es «*katoikeo*». La palabra «*epignosis*» es una forma intensificada de la simple "*gnosis*". "*Gnosis*", en este caso, es el simple conocimiento parcial, intelectual y hasta superficial de las cosas espirituales; en cambio «*epignosis*» tiene el rigor de

significar el «pleno conocimiento", un conocimiento mucho más intenso, más incluyente, más completo; es decir, es un conocimiento ya experimental, recibido por revelación, y hasta místico en la vida del creyente. El conocimiento de Dios y sus propósitos requiere un conocimiento más complejo, un conocimiento que ya haga parte de tu interioridad.

El segundo vocablo es «*pleroma*». «*Pleroma*» denota plenitud; aquello de lo que algo está lleno. Cristo es el «*pleroma*» de Dios. Cristo participa plenamente de la naturaleza divina y de todos los atributos de Dios. Cristo es la plena manifestación de Dios en la creación. Dice Colosenses 2:3 que en Cristo «*están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento*». El hecho de que esos tesoros estén escondidos significa que estamos frente a misterios que sólo a determinados creyentes son revelados; y esto únicamente por la Palabra de Dios y por el Espíritu de Cristo que mora en el creyente.

¿Por qué digo que sólo a determinados creyentes son revelados? Porque no todos los hijos de Dios intentan buscar la revelación de los misterios de Dios. Además, no en todos gobierna plenamente Cristo como Señor. Ahí tenemos el caso de cinco vírgenes insensatas de la parábola de las diez vírgenes, Les faltaba mucho del aceite de la unción, y el conocimiento de Cristo escaseaba en sus vidas; y por esa causa no dejan de ser hijas de Dios.

El tercer vocablo griego aquí es «*katoikeo*», que significa «habitar en forma permanente», y conlleva la idea de «sentirse en casa», o «posesionarse de», que es el caso de Cristo al entrar a morar en nuestro interior; allí debe habitar en forma permanente en su propia casa. El Padre habita en forma permanente en el Hijo, y es necesario que el Hijo habite de esa misma manera en nosotros.

Entonces, Cristo es el único depositario de los tesoros de Dios, tesoros divinos únicos que nos explican las parábolas de la perla de gran precio y del tesoro escondido de Mateo 13. ¿Valdrá la pena, pues, que vendamos todas nuestras posesiones a fin de adquirir los tesoros de Dios escondidos en Cristo? Aquí *vender* esas posesiones es arrancarlas de nuestro corazón. Es una venta más profunda que la simple venta material; aunque algunas veces también se necesite vender muchas cosas y distribuirlas entre los necesitados. En el reino de los cielos son más importantes otras posesiones.

Ser poseedores del pleno conocimiento de las realidades espirituales cuyo fundamento es Cristo, es considerado en las Escrituras como una verdadera riqueza; y esas riquezas tratan de ser hurtadas y destrozadas por las herejías. Nosotros los hijos de Dios debemos ser celosos y guardianes de esas riquezas reveladas a la iglesia. Muchas veces las riquezas materiales se convierten en un espeso velo que nos impide ver las riquezas de Dios.

Cristo es el misterio del Dios altísimo. En el discernimiento de este misterio interviene toda la Trinidad Divina; porque el discernimiento es operado por el Espíritu Santo en el creyente; y por ese discernimiento se descubre la gran riqueza del misterio de Dios, que es Cristo.

Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres. Declara la Palabra en Hebreos 12:24: «... *a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel*». Pero entre los hermanos de Colosas se estaba difundiendo una perversa herejía que sustentaba que entre Dios y los hombres había una serie de seres que llamaban «*eones*», o supuestas emanaciones divinas postuladas por los gnósticos.

Si la revelación nos dice que Cristo es el único mediador, ¿para qué vamos a intentar tener acceso a los tesoros y misterios divinos por otros medios? ¿Para qué vamos a usar criaturas, así se trate de santos ya difuntos, o supuestos «*eones*», o nuestro propios recursos religiosos?

Algo interesante de que disponemos los creyentes es que si Cristo habita (*katoikeo*) dentro de nosotros como en su casa, entonces desde ahora está a nuestro alcance empezar a explorar esos tesoros escondidos en Cristo, esa verdad divina, que sólo es revelada a través de Cristo y en Cristo.

El Señor Jesucristo es un ser único. Hablando del Señor Jesús, el apóstol Pablo dice: «*Porque en él habita* (katoikeo) *toda la plenitud de la Deidad*». Esto significa que toda la plenitud (*pleroma*) de la Deidad habita en su Hijo, y no en esas supuestas «emanaciones» divinas, cuyos grados más elevados serían, según los gnósticos, las órdenes angelicales más conspicuas, y entre las que se encontraba Cristo, según estos herejes. Como hemos manifestado, según los gnósticos, cada una de estas emanaciones participaba de una partícula divina.

Pero siendo Cristo, Dios, entonces el Señor posee la totalidad de la naturaleza divina (*pleroma*), con todos sus atributos, manifestaciones y perfecciones en forma exclusiva.

Sigue diciendo en el versículo 10: *«Y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad*». Este versículo habla del elevado destino de los hombres que hayan creído, partiendo del principio de que la iglesia, la totalidad de los creyentes, hacemos parte de Cristo, somos su cuerpo; y así como el Señor Jesús participa de la naturaleza divina, nosotros también participaremos de lo mismo. De manera, pues, que estando en Cristo, lo tenemos todo.

Hablando de la iglesia, al final del capítulo 1 de la carta a los Efesios, dice el apóstol: «... *la cual es su cuerpo, la plenitud* (pleroma) *de Aquel que todo lo llena en todo*» (Ef. 1:23). Como lo declara también en Efesios 3:19, cuando dice: «... *y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud* (pleroma) *de Dios*». Claro que el contexto viene diciendo que para llegar a ser llenos de toda la plenitud de Dios, es necesario que Cristo habite en forma permanente (*katoikeo*) en nuestro corazón; que Él rija nuestras vidas, que hayamos sometido nuestra voluntad a la de Él, y nos hayamos negado totalmente a nosotros mismos.

Desafortunadamente, en este momento histórico de la iglesia, sólo un pequeño porcentaje de creyentes está dispuesto a abrirle las puertas de su corazón a Cristo.

Nosotros somos el cuerpo de Cristo, de manera que a la postre, el cuerpo del Señor participará de la misma naturaleza de la Cabeza, y compartirá el mismo destino que el de la Cabeza, y participará de la misma posición y de la misma herencia de su Cabeza, que es Cristo Jesús.

De todo esto se desprende, pues, que el destino y la posición de los Hijos de Dios, de todos los redimidos por la sangre del Cordero de Dios, serán más elevados, muchísimos más, que el de los ángeles.

Enfatizamos la declaración de Colosenses 2:10: *«Y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad*». Esto significa que la realización plena de la vida humana solamente se encuentra en unión y comunión con Cristo.

Capítulo 4

EL MISTERIO DE LA PIEDAD

«*E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad:*

Dios fue manifestado en carne,
justificado en el Espíritu,
visto de los ángeles,
predicado a los gentiles,
creído en el mundo,
recibido arriba en gloria»

1 Timoteo 3.16

Es muy probable que Pablo esté citando aquí un himno de la iglesia primitiva. Indudablemente, el Nuevo Testamento contiene varios himnos o fragmentos de himnos antiguos. Si es así, Pablo usó éste como un verdadero himno revelador y de victoria que se relaciona con la salvación de los hombres.

El hombre, desde los primeros tiempos, se apartó de Dios, y su relación de amistad con Él se desvaneció; el hombre se fue hundiendo en religiones surgidas de los estadios de la oscuridad, esos mismos incubados por la serpiente a Eva en el Jardín del Edén, y más tarde fundamentados por Nimrod en Babilonia. El hombre, en sus laberintos de tinieblas, buscó a quién adorar, y se aferró al culto de las criaturas, incluyéndose a sí mismo. No obstante, Dios no se olvidó de la humanidad; el Padre generoso hizo sus provisiones para salvarla; pero todo ese propósito lo mantuvo en secreto; todo era un misterio

en torno a los planes de Dios para que la piedad fuese restaurada al individuo. Era necesario guardar el secreto.

¿Por qué esos misterios de Dios con relación a la humanidad debían ser revelados en un tiempo determinado? Necesitaban ser revelados, en vista de que eran secretos divinos, y como tales, no pueden ser descubiertos por la razón humana, ni por la intuición y mucho menos por la investigación empírica de los hombres. Los misterios de Dios en sí mismos encierran profundos elementos que no han sido comprendidos del todo; no obstante, el énfasis recae sobre la revelación, sobre la verdad revelada, sobre el conocimiento divino una vez descubierto.

La revelación del misterio de la piedad encierra la contundencia de la evidencia, de lo que Dios a sí mismo se había prometido, y ahora lo quiere reconocer públicamente; es por eso que se puede manifestar sin lugar a dudas que verdaderamente grande es el misterio de la piedad.

La palabra «*piedad*» es la traducción del griego «*eusebeia*», que designa aquella devoción que se caracteriza por una actitud subjetiva en pos de Dios, para hacer aquello que le es agradable a Él. Todo lo que es conforme a la piedad, significa que es coherente con la verdad y voluntad de Dios; en contraste con las falsas enseñanzas, esas que alejan a los creyentes de los propósitos divinos. Por eso la forma adverbial del vocablo griego de donde proviene la palabra piedad, puede significar «confesadamente», «innegablemente», «ciertamente».

El misterio de la piedad, referido aquí, revela un vastísimo cúmulo de verdades eternas, de dogmas, de doctrinas transcendentales, de secretos de Dios descubiertos a los hombres, tantos elementos como para ocuparse en incontables siclos de conferencias.

Este misterio involucra toda la *verdad* encerrada en el evangelio, en Cristo, en la fe cristiana, tanto como lo que eso significa para los hombres, en contraste con los falsos misterios de los iniciados de las religiones esotéricas, que ocultaban y distorsionaban la figura de Cristo. Dios quiso revelar que mediante el misterio de la piedad, Él mismo operaría en los hombres, convirtiéndolos en santos y piadosos. Ese misterio destaca el modo cómo la piedad es conferida a los hombres, como elemento principal para que en Dios tengan un destino glorioso; esa misma gloria que el hombre perdió cuando cayó en pecado.

El misterio de la piedad, como lo describe Pablo a Timoteo en este poema, incluye aquellas creencias centrales sobre la grandiosidad de la persona de Cristo, y cómo cumplió Él su misión. Indiscutiblemente, este misterio habla del evangelio, de las buenas nuevas, de manera, pues, que también indica cómo reciben los hombres la vida eterna por intermedio de Cristo.

LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

«*Dios fue manifestado en carne*». Para que el hombre volviera a Dios era necesario que Dios se diera a conocer por el hombre; y para eso era necesario que Dios se dejara ver y palpar; que irrumpiera en la esfera terrenal a convivir con el hombre; que le convenciera de su pecado; que el hombre entendiera la gravedad del pecado; que viera el hombre que era reo de muerte, que el hombre tenía una deuda con la justicia divina; que le era necesario pagar un precio muy alto; pero también que le mostrara que el hombre no podía hacer nada por él mismo. Pero ante aquel drama, Dios tenía una solución. Y por eso el misterio de la piedad comienza con la encarnación. «*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre*

nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Jn. 1:14).

Este misterio revela que «*Dios fue manifestado en carne*». Esas palabras enseñan tanto la «preexistencia», como la «encarnación» de Cristo. Es evidente que la divinidad de Cristo no es declarada aquí en forma directa, pero es patente también que allí está subentendida su divinidad, por cuanto sólo una persona divina podría haber realizado todo cuanto es atribuido aquí al Hijo de Dios.

La encarnación es parte fundamental del evangelio. La encarnación es aquel hecho portentoso de Dios Hijo, siendo en sí mismo Dios y de la misma sustancia (esencia) del Padre, por medio del cual aceptó tomar la naturaleza humana con el propósito de la redención y restauración del hombre. De la encarnación se puede decir que Jesús de Nazaret era y es verdaderamente Dios, que posee plenamente la naturaleza divina y todos los atributos de la Deidad. «...*Cristo Jesús; el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse*» (Fil. 2:5b,6).

De la encarnación se puede decir que Jesucristo fue hecho hombre con cuerpo humano natural, manifestando los atributos comunes de la humanidad. «*Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre*» (1 Ti. 2:5).

De la encarnación se puede decir que Jesucristo era (y es) humano y divino; el contexto de Filipenses 2:6-11, lo revela. Durante su ministerio entre los hombres, por las provincias de Galilea, Judea y Samaria, personas hubo que se dirigían a Él usando títulos y nombres divinos y humanos. También de la encarnación se puede decir que Jesucristo existirá eternamente como Dios-hombre con el cuerpo espiritual con el que resucitó. Con ocasión de su ascensión al cielo, en ese momen-

to sus discípulos le acompañaron en el Monte de los Olivos, y se les aparecieron unos ángeles que les dijeron: «*Varones galileos, ¿por qué os quedáis mirando al cielo? Este Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto ir al cielo*» (Hch. 1:11). Eso significa que el Señor Jesús regresará a la tierra de nuevo en forma visible, como el Hombre que también es.

La verdad de la encarnación se entrelaza tan íntimamente con todas las demás doctrinas del evangelio, que la fe cristiana carecería de valor si se descartara la verdadera humanidad y la verdadera deidad de Jesucristo. Cristo, el Dios-hombre, era (y es) humano y divino a la vez. Las pruebas de su humanidad las podemos resumir en los siguientes puntos:

1. Cristo nació con nuestra carne. «*y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo. [25]Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre JESÚS*» (Mt. 1:16,25).

2. Jesús tuvo (y tiene) alma humana. En el marco de su oración en el huerto de Getsemaní la noche que fue entregado, dice: *«Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo*» (Mt. 26:38).

3. Jesús tuvo (y tiene) espíritu humano. En su hora de la muerte en la cruz en el Monte Calvario, dice: *«Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró*» (Lc. 23:46).

4. Cristo experimentó hambre, se cansó y necesitó del sueño. "*Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre*" (Mt. 4:2). (Puedes verificarlo también en Mateo 21:18; Juan 4:6; Mateo 8:24; Marcos 4:38).

5. Jesús fue azotado, crucificado y una lanza le hirió al costado. «*Así que, entonces tomó Pilato a Jesús, y le azotó*» (Jn. 19:1). (Obsérvalo también en Lucas 23:33; Juan 19:34).

6. Jesús fue semejante al hombre en todo, excepto en el hecho de no haber pecado. «*Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable*» (Hch. 3:22) (Estudia esto también en Filipenses 2:7,8; Juan 8:46; 1 Pedro 2:22; Hebreos 2:14,17,18).

LA KENOSIS DE CRISTO

«...*sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres*» (Fil. 2:7). *Kenosis* es un vocablo griego que se usa frecuentemente en un sentido teológico con referencia a la encarnación de Cristo. El Señor, al asumir su encarnación, y al tomar forma de siervo, Él voluntariamente se «vació», se «despojó» o «desnudó» de todas sus prerrogativas y poderes como Dios Hijo. Esto es maravilloso. El Verbo de Dios, es decir, Dios mismo asumió las limitaciones humanas inherentes a la condición de verdadero hombre. Fue una limitación voluntaria y autoimpuesta. Entonces, a partir de la encarnación, Jesucristo empezó a ser tanto Dios como hombre, dos naturalezas distintas unidas en una persona. Dios entre los hombres. Pero es bueno puntualizar que las Escrituras no aclaran las implicaciones totales de la *kenosis*. Recordemos que en los misterios divinos existen elementos que las finitas mentes de los hombres no pueden sondear. Incluso, el apóstol Pablo, la vez que fue arrebatado al tercer cielo, «*oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar*» (2 Co. 12:1-4).

Es relevante manifestar que esta epístola defiende la «auténtica humanidad» de Jesús, el Cristo. Se debe conocer que desde los primeros tiempos de la iglesia, los gnósticos y maniqueos negaban esa auténtica humanidad de Cristo, y difundían su mentira mediante una herejía denominada

docetismo. La palabra *docetismo* viene del griego «*dokeo*», *apariencia*. Entonces, ellos enseñaban que el cuerpo humano de Cristo no era real, sino aparente e ilusivo. Cristo es la «epifanía» de Dios, esto es, su «manifestación» real y auténtica. Así sucedió en su encarnación, y así sucederá nuevamente en su «parusía» o segundo advenimiento.

Entonces, hermanos, resumiendo digamos que la venida de Cristo fue «*en carne*». Esa expresión es usada exclusivamente en las «epístolas pastorales». El himno que encontramos aquí comienza afirmando la verdad central del cristianismo, que hace parte del gran misterio de nuestra fe.

LA VINDICACIÓN DE CRISTO

«*...justificado en el Espíritu*» Bueno, esta porción del himno ha sido motivo de intensas disputas, teniendo en cuenta que el Señor no podía ser justificado por cuanto Él es el justo. De los hombres dice que son «justificados por la fe», pero ese no es el caso del Señor, cuando está en juego la justicia de Dios. Entonces, para explicar esta frase, se puede pensar en una vindicación tras el triunfo de su obra de redención. Venció la muerte y su misión fue confirmada. El Señor venció las tentaciones, y sus hechos justos y altruistas demostrarán que la salvación que Él nos vino a otorgar es válida. Entonces, podemos aseverar que Cristo fue *vindicado* por el Espíritu, al resucitar de entre los muertos.

LA RELACIÓN DE CRISTO CON LOS ÁNGELES

«*...visto de los ángeles*» En cuanto a esa declaración del himno, debemos considerar que el Señor Jesús gozó de la compañía de los ángeles desde su nacimiento en Belén de Judea (cf. Lc. 2:), quienes lo acompañaron durante toda su

carrera al pasar por este mundo. Después de la tentación, vinieron ángeles y le servían (cf. Mt. 4:11). Mientras oraba en Getsemaní, se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle (cf. Lc. 22:43). Fueron testigos de su poderosa resurrección (Lc. 24:4). También el Señor apareció en compañía de ángeles con ocasión de su ascensión (cf. Hch. 1:10), y todos fueron testigos de su triunfo como Señor de los ángeles buenos y Conquistador de los ángeles malos.

LA PREDICACIÓN DEL EVANGELIO

«*...predicado a los gentiles...*». Esta declaración confirma la universalidad del mensaje cristiano difundido entre todas las naciones y etnias de la tierra. Eso es declarado a fin de mostrar el hecho de que el evangelio salva potencialmente a todos, conforme se ve en 1 Timoteo 2:4,6: «*el cual* (Cristo) *quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad... [6]el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo*».

LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA

«*...creído en el mundo...*». Todos los hombres, sin ninguna distinción de raza, de cultura, de inclinaciones religiosas y políticas, de condición social y profesional, de origen, en fin todas las personas humanas tienen la oportunidad, sin impedimento alguno, de confiar en Cristo y ser salvos, como resultado de la predicación del evangelio. Cada quien ha nacido donde nació y de los padres que tuvo, con sus oportunidades y limitaciones, precisamente para recibir esa oportunidad de conocer a Cristo y recibir salvación y vida eterna. Declara la Palabra de Dios en Hechos 17:26,27, que aun los

límites del territorio donde hemos nacido, fueron establecidos así, a fin de que busquemos a Dios.

Este mundo está repleto de pecadores e impíos, y cada día la humanidad se hunde más en la oscuridad; pero, a pesar de eso, dice en 2 Tesalonicenses 1:10 que nuestro testimonio ha sido creído entre los hombres; y que cuando venga el Señor Jesucristo, habrá muchas personas esperando al Señor para glorificarlo y admirarlo. Recuérdese, y lo reiteramos, el evangelio del Señor Jesucristo no excluye a nadie. Hay un llamado universal. Vengan todos los hombres a esta salvación tan grande que les ofrece el Señor Jesucristo. Hoy es día de salvación para ti. No importa la religión que tengas. Una vez que hayas traspasado el umbral de la muerte, ya todo será irreversible, y si no recibiste la salvación en vida, entonces allá nadie te escuchará, y en esas esferas nadie podrá extenderte una mano de consuelo.

LA ASCENSIÓN Y GLORIFICACIÓN DE CRISTO

«*...recibido arriba en gloria...*» El Señor, una vez acabada su obra redentora, al morir y resucitar, fue recibido arriba en gloria. Esa contundente afirmación indica tanto la «ascensión» como la «glorificación» de Cristo, que son dos aspectos indiscutiblemente inseparables. El Señor ascendió al cielo desde el Monte de los Olivos. Los hombres y los ángeles fueron testigos oculares de este acontecimiento. Después, lo que siguió en la historia de la iglesia fue la predicación del evangelio, y eso sigue ocurriendo hasta el día del regreso del Señor.

El plan redentor divino estuvo oculto a los humanos antes de la encarnación y ministerio terrenal de Jesucristo; y a los hombres estaba vedado conocer la magnitud del secreto escondido de Dios, de que los hombres redimidos llegarán a

ser transformados en la imagen misma de Cristo, y llegarían a participar de la naturaleza exaltada del Señor.

Para terminar, comparto con los hermanos el pasaje 1 Pedro 3.18-22, que parece ser, igualmente, parte de otro antiquísimo himno cristiano. "[18]*Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu;* [19]*en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados,* [20]*los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua.* [21]*El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo,* [22]*quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades*".

Capítulo 5

EL MISTERIO DE LA FE

«*...que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia*»

1 Timoteo 3:9

LA FE SUBJETIVA Y LA OBJETIVA

En el evangelio de Lucas, en el marco de la parábola de la viuda y el juez, el Señor Jesús se formula una pregunta premonitoria: «*Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?*» (Lc. 18:8). ¿Por qué decimos que es una pregunta premonitoria? Por la sencilla razón de que el Señor conocía lo que ocurriría al final de los tiempos; y ya estamos asediados por la extravagancia de la apostasía más protuberante de toda la historia. Quisiera ser optimista; pero la realidad me lo impide. La fe se ha convertido en mercadería en manos de codiciosos; en propiedad privada de estructuras religiosas piramidales, y en proyecciones supersticiosas e histriónicas de personajes ávidos de dinero, de posiciones, de aplausos y de gloria de los hombres.

Sin embargo, Dios no se ha olvidado de nosotros. El Señor quiera abrir los ojos de muchos en esta hora. Hacemos esfuerzos, y es nuestra oración que el Señor en su misericordia nos permita realizar y publicar nuestros estudios; pues ha sido nuestra intención ayudar al pueblo de Dios a conocer la verdad de Dios contenida en su Palabra. La Palabra de Dios no es valorada en su justa dimensión. Somos conscientes de

que muchos de estos temas son un poco difíciles de entender, y además son expuestos de una manera muy resumida; por esa causa les recomendamos a los estudiosos que nos honren con su lectura, que los repasen varias veces, y además que tomen nota de las citas bíblicas y las lean, en oración. en todo su contexto en la Biblia.

Para este corto estudio del misterio de la fe, tomamos como punto de partida las siguientes palabras del apóstol Pablo a Timoteo: «...*que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia*» (1 Ti. 3:9). La fe, sobre todo la subjetiva, es estorbada cuando nuestra conciencia no es limpia.

¿Por qué la fe es un misterio? Normalmente, en el contexto neotestamentario, la palabra *misterio* indica alguna verdad divina, antes oculta, por supuesto, pero que ahora ha sido revelada, de forma que viene a convertirse en una «verdad abierta». Para definir esto con miras a iniciar su comprensión, hay que tener en cuenta que la fe es, por una parte, algo subjetivo, interior; es la fe subjetiva que está haciendo parte del carácter mismo del creyente. Pero, además, también existe la fe objetiva, es decir, el conjunto de creencias o enseñanzas consideradas básicas para el cristiano, como lo proclama el versículo 3 de la epístola de Judas, «*que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos*».

Entonces, conforme 1 Ti. 3:9, el misterio de la fe, de la fe objetiva, significa que la doctrina cristiana contiene muchas revelaciones admirables, secretos divinos revelados para beneficio de la humanidad. Se nos ha sido revelado el Cristo de Dios, el Salvador y Redentor, la encarnación del Verbo de Dios y sus buenas nuevas de redención; se nos ha sido revelado las buenas nuevas de glorificación y de vida eterna; se nos ha sido revelado las riquezas de la justicia y del poder del reino de Dios; se nos ha revelado esos secretos de Dios sobre la resurrección de todos los santos. Y todos esos

elementos son secretos abiertos, son verdades divinas que antes estaban ocultas, detrás de un velo, pero que ahora nos han sido reveladas a los creyentes, a todos los redimidos que amen conocerlas con sincero corazón.

Entonces, en el misterio del que nos ocupamos hoy, la fe es la verdad que le sirve como base, verdad que fuera mantenida oculta desde la fundación del mundo, hasta haber sido revelada en el tiempo determinado; que es un secreto para los ojos comunes, pero que por revelación divina se hace conocido a los hijos de Dios. Es importante tener claro de que la fe es un don de Dios, por medio del cual la persona va siendo fortalecida mediante la firme persuasión de las cosas que escucha de Dios, y de los testimonios de su poderosa realidad; todo eso se va corformando en convicción.

En las epístolas pastorales, es decir, las de Pablo a Timoteo y Tito, al tratar sobre la fe, con frecuencia se refiere a la fe objetiva. La fe objetiva, como ya lo hemos registrado, se refiere al conjunto de creencias de la fe cristiana, a la totalidad de la revelación de Dios en Jesucristo, a sus doctrinas, sus dogmas, su fundamento; pero debemos destacar que normalmente la palabra «fe» es usada en sentido subjetivo, es decir, cuando se refiere a la entrega, dedicación y confianza personal y la puesta de la propia alma a los cuidados de Cristo. Subrayamos, pues, que cuando se refiere al «misterio de la fe» señalado aquí, debemos pensar en la fe «objetiva», esto es, la revelación o doctrina cristiana. Pero cuando se es usado el término en su sentido objetivo, queda entendido la fe del creyente, por cuanto no puede haber fe cristiana si no hubiere creyentes, de manera que las dos facetas de la fe deben caminar juntas.

La fe subjetiva es la definida en Hebreo 11:1: «*Ahora bien, la fe es lo que da sustantividad a lo que se espera, la convicción de lo que no se ve*». Entonces eso nos indica que la fe es

la seguridad, la evidencia, la prueba, la confianza, la confirmación, la realidad, la esperanza, la esencia, la base de sustentación, de lo que el creyente espera, es decir, el fundamento que sustenta lo que se espera, porque se espera del Señor Jesús. Esa fe es, pues, estar totalmente convencido de la realidad de lo que no se ve, de lo que está en manos de Dios. De ahí, pues, que la auténtica fe de un hijo de Dios se traduce en una genuina entrega de su alma a los cuidados del Señor. Esa confianza personal se trata de una decisión del alma, con su mente, sus emociones y su voluntad; decisión que toma porque el creyente sabe que aquello afecta su propio destino.

Tener fe es vivir dependiendo de Dios. Cuando le haces la entrega de tu corazón al Señor, cuando eso en realidad va ocurriendo sin estorbos, tú ves que entras en un estadio espiritual donde experimentas los gloriosos resultados de esa entrega. A medida que el Señor va tomando posesión de tu vida, vas entendiendo lo que es el misterio de la fe. Entonces tú empiezas, por fin, a saber diferenciar lo eterno y espiritual de las meras consideraciones terrenales.

¿Sabes una cosa? Así como nuestro cuerpo tiene ojos físicos para ver las cosas terrenales de este mundo físico, también nuestro espíritu tiene ojos espirituales para ver todo lo que el Señor nos muestra en la esfera del reino de los cielos; y la fe, tanto la objetiva como la subjetiva, tiene la virtud de abrirnos los ojos espirituales, de tal manera que el creyente puede ver más allá del limitado horizonte de las consideraciones humanas. La fe en nosotros es don de Dios, entonces, como obra de Dios, la fe es la verdadera evidencia del nuevo nacimiento.

La carta de Pablo a los Gálatas (5:22,23), revela una serie de virtudes del creyente pleno de madurez espiritual, indicadas allí como aspectos diversos del «fruto del Espíritu». Por eso se puede llegar a afirmar que esa fe subjetiva en operación, esa

fe viva y activa en el creyente, es considerada una virtud; es decir, una fuerza, un poder, una eficacia, una diligencia. Tengamos en cuenta que el apóstol Pedro (2 P. 1:5-11) nos insta a que con diligencia le añadamos a nuestra fe virtud y otras perfecciones, a fin de que se nos otorgue amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Por otra parte, se puede notar que en Romanos 16:25 habla de una revelación del misterio, el cual había sido mantenido en secreto desde que el mundo comenzó. Ahora, en el misterio de la fe está incluido el «evangelio y en la predicación de Jesucristo», conforme lo declara aquel mismo versículo. Todo siervo cristiano, todo aquel que tenga algún grado de responsabilidad en el ministerio de la iglesia, debe conocer esas verdades, debe honrarlas y debe propagarlas. Un siervo fiel del Señor es guardián de las mismas, tanto como su representante. Además, debe confiar personalmente en esos misterios, haciéndolos conocidos de otros mediante su predicación y enseñanza. También debe defender esa fe objetiva, ese legado de Dios, contra los falsos maestros; lo que constituye uno de los énfasis constantes del apóstol Pablo en estas «epístolas pastorales», las de Timoteo y Tito. La fe, nuestra fe, hay que cuidarla, honrarla, mantenerla y proclamarla con diligencia.

Hablando de la fe en su doble connotación de objetiva y subjetiva, conforme Efesios 2:8,9, la salvación es por la gracia de Dios, y el hombre se la apropia por la fe solamente, fe que también ha recibido de Dios como un regalo. Pero aunque sólo la fe permite al creyente reconocer a Cristo como su Salvador, esa fe no puede contraponerse a la gracia como si la obra salvadora fuera del hombre; en verdad el hombre ni siquiera toma la iniciativa. Por supuesto, la fe implica la aceptación y la confianza en Cristo y sus promesas, mediante las cuales el

creyente lo recibe como su propio y personal Señor y Salvador (Jn. 1:12). Indudablemente, la auténtica fe siempre va acompañada de obras de justicia, pues esas obras son el fruto natural de la fe. Pero la fe bíblica es creer en la verdad de Cristo simplemente porque Dios así lo dice.

Una vez que se ha creído en Dios y se le ha creído a Dios, la postura de los creyentes frente a la vida, y sobre todo frente a las adversidades, se convierte en una serie de acontecimientos sobrenaturales conforme lo narra el autor de Hebreos 11:32-40. Allí se describe las gloriosas experiencias que tuvieron los que confiaron en el Señor. Claro que a partir del versículo 35 se hace mención de multitudes que tuvieron fe en Dios pero no fueron liberadas de circunstancias adversas. Si bien la fe en Dios es esencial para la vida del creyente, no es el factor determinante mediante el cual siempre se verifica el rescate de circunstancias difíciles. El factor decisivo es la voluntad de Dios. No siempre es la voluntad divina que seamos libres de ciertas circunstancias adversas. El Señor tiene sus poderosas razones. Por esa causa, en el pasado, algunos fueron liberados y otros encontraron su liberación en el sufrimiento y el martirio. No se dejaron vencer por el peso del sufrimiento.

Dice Pablo en Filipenses 4:13: «*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*». No es prudente sacar este texto de su contexto, donde el apóstol viene declarando que Dios le da fortaleza para aceptar y asumir cualquiera que sea su situación. Pero a menudo se pretende aplicarlo para salir victoriosos en diversas situaciones en provecho propio, sin importar si es la voluntad de Dios que estemos involucrados en determinadas circunstancias. Muchas veces las circunstancias difíciles son usadas por Dios para hacer de nosotros verdaderos siervos victoriosos, como lo hizo con David en manos de Saúl.

Si tienen fe, por muy poca que parezca, nada de lo que el Señor mande a sus seguidores, será imposible para ellos. «*...si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible*» (Mt. 17:20). La verdadera fe a que se refiere el contexto, es aquella que se arraiga en la obediencia a la voluntad de Dios; es decir, lo que se espera es lo que está de acuerdo con la voluntad del Señor.

Además, se nos pide que guardemos el misterio de la fe con la conciencia limpia. El auténtico ministro de Cristo debe ser dotado de «buena conciencia»; debe poseer una «conciencia pura». Y conforme la palabra de Dios, todos los creyentes estamos llamados al ministerio de la edificación del cuerpo de Cristo. En cada creyente debe traslucir e irradiar el fruto de una genuina «pureza moral»; es decir, las costumbres de los hijos de Dios deben ser cada día más alejadas de lo pecaminoso. Un siervo cristiano debe estar exento de vicios degradantes, como los pecados sexuales, la deshonestidad y la codicia. Todo eso, naturalmente, habla sobre su santidad. Es necesario, pues, que el siervo del Señor no sólo crea en los misterios del evangelio, sino que los acepte y los ponga en práctica; que hagan parte de su fe. Es preciso que esos misterios operen en el siervo, transformándolo conforme la imagen moral de Cristo. Sin la menor duda, Cristo debe ser el modelo de todo hombre y mujer de Dios. El hombre de Dios debe ser un ejemplo de santidad para los otros creyentes, porque, de lo contrario, queda descalificado automáticamente. Debe poseer en su propia vida la realidad de aquello que predica; de otra manera, su predicación será inútil y sin vida.

La santificación es uno de los pilares de la salvación; santificarse significa apartarse de lo que ofende al Señor. Jesucristo es nuestro Salvador, pero igualmente es también nuestro Señor. No nos engañemos; nadie tiene realmente a

Jesús como su Salvador, si igualmente no lo tuviere como su Señor, si el señorío de Cristo no estuviere operando en él. Y para que el señorío de Cristo opere en ti, debes darte a la tarea de conocer al Señor Jesús cada día más. Es así, todo siervo cristiano debe tener más que una mera actitud intelectual para guardar con eficiencia el misterio de la fe; lo meramente intelectual no basta; es necesario que ese misterio se haya apoderado de todo su ser y lo esté transformando; por cuanto, en caso contrario, en realidad no estará «conservando el misterio de la fe». Es, como si dijéramos, un misterio exigente para ejercer un ministerio de responsabilidad.

Es necesario, por tanto, que seamos objeto de una auditoría moral y espiritual que nos muestre nuestro verdadero estado frente al Señor. Sin santidad nadie verá al Señor (He. 12:14). Para guardar el misterio de la fe con limpia conciencia, es necesario que el siervo cristiano sea ortodoxo tanto en sus doctrinas como en su conducta diaria. La ortodoxia exige conformidad con las doctrinas y prácticas fundamentales que se ajusten a las Escrituras; salirte de esa ortodoxia te puede llevar a convertirte en un hereje. Toda tu vida y tu enseñanza debes medirlas con los parámetros y rasero de las Sagradas Escrituras.

Ya podemos ir entendiendo que la fe no consiste en una mera credulidad a lo desconocido; no podemos entender esa fe ciega. La fe exige un conocimiento, la fe es virtuosa, la fe genuina conlleva el dominio propio, la paciencia y el amor; la fe sabe dónde está fundamentada; la fe, con la Palabra, son herramientas indispensables para discernir el alma y el espíritu, para descubrir la realidad.

Es bueno que recordemos siempre que después de creer en Jesucristo, después de nacer de nuevo, en nosotros, en nuestro espíritu, es creado algo que se llama el “hombre interior”, con sus facultades de comunión con Dios, de intuición

y conciencia. Allí en nuestra intimidad interior, donde mora el Señor, es desde donde podemos discernir, mediante el conocimiento de la Palabra, lo que es verdadero y lo que es falso y errado.

LA FE EN EJECUCIÓN

En la Biblia encontramos incontables ejemplos de personas y hechos de fe. He aquí algunos:

El llamado de Abraham. Se puede decir que en general los hechos de la vida de Abraham, con sus momentos de dudas, y hasta errores, fueron regidos, y son testimonio de su fe en Dios. «*Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba.* [9]*Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa*» (He. 11:8,9). Salir de Ur, del centro mismo de la civilización, a una tierra desconocida por el llamado de Dios, fue un acto de fe que se usa como modelo a través de la Biblia.

El ofrecimiento de Isaac. «*Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito*» (He. 11:17). Al leer atentamente Génesis 22:1-14, cuando Abraham se aprestaba a ofrecer a su único hijo, Isaac, obedeciendo al mandato de Dios, su problema era el siguiente: ¿Cómo reconciliar la orden divina de degollar a su hijo con la promesa anterior de Dios de que por este hijo vendría una gran prosperidad? No resolvió el problema desobedeciendo el mandato de Dios, mas bien por fe, pues Abraham concluyó que Dios mismo podría resucitar a Isaac de entre los muertos, después que fuera sacrificado. Espiritualmente hay una lección más profunda. Dios, cual Abraham, no perdonó a su propio Hijo (Ro. 8:32). Y, así como Abraham

recibió de nuevo a Isaac como si hubiese resucitado de entre los muertos, así también el Padre resucitó a Cristo de entre los muertos.

Pedro camina sobre las aguas. «*Y él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús.* [30]*Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame!*» (Mt. 14:29, 30). Vemos que Pedro salió del barco y comenzó a caminar con fe sobre el agua, pero el viento recio le hizo dudar, y empezó a hundirse. La fe madura persevera y no desfallece cuando se ha dado ya el primer paso, pero en ese momento, Pedro sólo tenía una fe incipiente.

Cuando Jesús cura al muchacho epiléptico. Sus discípulos estaban preocupados porque ellos no habían podido echar fuera al demonio que atormentaba al muchacho. «*Jesús les dijo: Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible*» (Mt. 17:20). La verdadera fe a la que se refiere esta promesa es aquella que se arraiga en la obediencia a la voluntad de Dios. Lo que se espera es lo que está de acuerdo con su voluntad.

Cuando Jesús cura al muchacho endemoniado. «*Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible*» (Mr. 9:23). Algunos creyentes equivocadamente toman esta declaración como una promesa incondicional. Pero la fe ha de basarse en prueba de la voluntad de Dios. Pedir para complacer deseos o pasiones personales es pedir “mal” (Stg. 4:3), de modo que no puede ser en fe; son peticiones egoístas. Si la fe que es motivada por un deseo sincero de la gloria de Dios, y se basa en una promesa de las Escrituras en una confianza generada por el Espíritu Santo, seguramente recibirá la respuesta divina.

La fe de los amigos. En el pasaje de Marcos 2, donde el Señor sana y perdona al paralítico, se observa que estaba en juego no sólo la fe del paralítico, sino también la de sus amigos que lo trasladaron; aquí la fe de los amigos es el instrumento para llevar una persona a Cristo.

Bueno, también se puede tener una fe supersticiosa, y el mundo está lleno de esta clase de fe. Y aun entre los creyentes abunda la fe supersticiosa. Y muchas veces la fe supersticiosa se fundamenta en amuletos, fetiches, personas muertas o vivas, lugares considerados sagrados, liturgias y ritos, sacramentos, qué sé yo. Les pongo un ejemplo. Está en Jer. 7:4: «*No fiéis en palabras de mentira, diciendo: Templo de Yahveh, templo de Yahveh, templo de Yahveh es este*». ¿Por qué razón el profeta Jeremías hacía semejante declaración? Porque en ese tiempo, entre la comunidad de los judíos, tenían una fe supersticiosa en el Templo de Jerusalén, creyendo que a causa de ese santuario, Jerusalén y sus habitantes no podrían ser destruidos, saqueados, invadidos. Asimismo los falsos profetas insistían en que Dios jamás permitiría que los babilonios ni ningún otro pueblo pagano profanasen su templo. Por favor, léanse el contexto de Jeremías 4 para saber qué quería el Señor. Lo mismo sucedió en tiempos de Jesús, y del general romano Tito Flavio por allá en el año 70 d.C., cuando fue destruida esa nación, y ese templo fue arrasado.

Por otro lado, hermanos, Dios no envió a su Hijo, a Jesucristo, con el encargo de fundar, desarrollar y sustentar algo que han llamado la religión cristiana, ni ninguna otra religión; de ahí el aplastante fracaso de las religiones cristianas frente a Dios; y el mundo lo está viendo. Pueden llenar sus templos, pero esos sistemas están lejos de satisfacer el propósito de Dios. La obra redentora de Cristo y el misterio de la fe, es otra cosa. Si el pensador Carl Marx decía que la religión es el opio del

pueblo, esa concepción retórica no tiene nada que ver con la obra redentora de Cristo. Por eso, quienes han pretendido usar la iglesia de Jesucristo para fundar religiones «cristianas» estructuradas, están lejos de la voluntad de Dios.

Puede ser que muchos líderes religiosos estén sobreedificando sobre el único fundamento, esto es, Jesucristo; eso puede ser, y ha sucedido; pero esa obra de sobre-edificación, puede no servirle a Dios, debido a que no está de acuerdo con la voluntad divina ni con la Palabra de Dios. ¿Qué pasará con esa obra? Lastimosamente será quemada en el día del Señor. Debido a esa triste confusión, muchos estudiosos bíblicos y teológicos, comparan el llamado cristianismo con otras religiones; e incluso, equiparan al cristianismo con otras dos religiones llamadas monoteístas, el judaísmo y el islam. Y lo peor es que montones de personas andan por el mundo preguntándose: ¿Cuál es la mejor religión? ¿Cuál es la religión verdadera?

Capítulo 6

EL MISTERIO DE LA IGLESIA

EL CUERPO MÍSTICO Y ÚNICO DE CRISTO

«*Que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente,* [4]*leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo,* [5]*misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu:* [6]*que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio*»

Efesios 3.3-6

LA IGLESIA SIEMPRE ESTUVO EN LA VOLUNTAD DE DIOS

La palabra «*iglesia*» es de origen griego. Viene de *ekklesia*, que significa los *llamados fuera de*, *para* una misión especial. Los griegos la usaban para referirse a un cuerpo colegiado de ciudadanos reunidos a fin de considerar asuntos de estado; es decir, que ellos formaban una asamblea especial, como la que aparece en Hechos 19:39: «*Y si demandáis alguna otra cosa, en legítima* ***asamblea*** *se puede decidir*».

Ahora, como el Nuevo Testamento fue escrito en el griego *koiné*, esa misma palabra es usada para designar toda la compañía de los redimidos en la presente era, y es precisamente la usada por el Señor Jesús, cuando dijo: «*edificaré mi*

iglesia», en Mt. 16:18, como es transliterada al castellano. Entonces, el Señor determinó que esa compañía de todos los redimidos del nuevo pacto, fuese constituida por llamados de las doce tribus de Israel y por gentes sacadas de todas las etnias de la tierra.

De manera, pues, que al ser revelado el misterio de la iglesia, queda descubierto a nuestro entendimiento que en Cristo hay igualdad de privilegios entre judíos y gentiles; partiendo del principio de que la iglesia era un secreto muy bien guardado en el corazón de Dios. Llegó el momento en que los judíos creían ser los únicos herederos de las bendiciones, promesas y propósitos de Dios, y que el resto de la humanidad estaba condenada eternamente a ser excluida. Frente a Israel, la iglesia jamás fue un plan B en los propósitos de Dios; tampoco la iglesia vino a reemplazar a Israel. La iglesia siempre estuvo en la voluntad de Dios. Dios quería que su Hijo tuviera su cuerpo colectivo. Tengamos presente que la iglesia es el cuerpo de Cristo; también Dios quiso que la iglesia fuese la morada de su Hijo, y también su esposa.

Entonces, el Israel del Antiguo Testamento gozaba de privilegios en su posición de único pueblo de Dios, pueblo escogido para Él manifestar su voluntad y darse a conocer, y por supuesto, para que se realizara la encarnación del Verbo de Dios; pero ahora, después de Israel haberle fallado a Dios, lo que aprovechó Dios para salvar también a los gentiles, al venir a hacer parte de un solo cuerpo con los gentiles, lo que se llama la iglesia, ahora en la iglesia esos privilegios son muy superiores de los que gozaba Israel antiguamente.

LA IGLESIA, EL CUERPO MÍSTICO DE CRISTO

Ahora los gentiles, juntamente con los hebreos de las diez tribus del reino del norte, que se habían gentilizado en el

mundo después de su cautiverio a Asiria, en Cristo han dejado de ser considerados inferiores a los judíos. Ahora todos somos iguales delante de Dios. Ahora con Cristo somos coherederos de todas las promesas divinas para los hijos de Dios. A pesar de lo anterior, es justo dejar constancia de que en las Escrituras no existe ningún indicio de que los judíos hayan sido favorecidos en detrimento de los gentiles, ni de las diez tribus perdidas del reino del norte. Para entender mejor lo relacionado con la división de Israel en dos reinos, y el endurecimiento de Israel para la salvación de los gentiles, les invito a repasar el capítulo 2, «***El misterio del endurecimiento de Israel***».

Entonces, esa ruptura entre los dos reinos de Israel había que derrotarla; y al conocer este misterio oculto, vemos que en Dios estaba en juego el propósito divino de hacer de los judíos y gentiles un cuerpo enteramente nuevo, jamás visto ni en el cielo ni en la tierra. ¿En qué consiste, pues, la novedad de este misterio? ¿Qué nuevas nos revela? Entre los puntos más importantes nos revela que la iglesia no es un cuerpo ni organización terrenal jerarquizada, no; la iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo, y Él es la cabeza; además, en la auténtica iglesia de Jesucristo, definitivamente no hay, no puede haber distinciones raciales ni sociales. Este misterio revela la perfecta unidad de la iglesia del Señor. El muro que dividía a los judíos y gentiles fue derribado tanto en el templo de Jerusalén como en el templo de Dios, que es la iglesia. En el capítulo 2 de Efesios, una carta eminentemente eclesiológica, dice:

«*Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.* [14]*Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación,* [15]*aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos*

un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, [16]y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades» (Ef. 2.13-16).

Reitero, el misterio de la iglesia revela la unidad en la iglesia del Señor. Ya en el iglesia no puede haber división de castas clericales y laicos. En Cristo no hay siervos ungidos especiales. ¿Por qué? Porque en Cristo todos los hijos de Dios, sean pastores, apóstoles, humildes ovejas, judíos, gentiles, europeos, africanos, asiáticos, predicadores, antiguos católicos, antiguos musulmanes, antiguos habitantes de la calle, antiguos esclavos, antiguos brujos y chamanes, y antiguos ateos, todos, todos por igual somos moradas del Espíritu Santo, y participantes de la naturaleza divina, y de las perfecciones del Señor en nosotros. Entonces, todos somos ungidos por igual.

Pero antes de seguir debemos enfatizar que las verdades que encierra este misterio, así como las del resto de estos misterios de los que nos hemos venido ocupando, esas verdades no podían ser llevadas a la realidad en esta tierra sin que el Verbo de Dios hubiese sido encarnado y hubiese vivido como Hombre entre los hombres.

Entonces, en el cuerpo de Cristo caben todos los que creen, y está compuesto tanto de judíos como de gentiles, como la esposa de Cristo, «*donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos*» (Col. 3:11).

Si hay un jerarca eclesiástico que no esté de acuerdo con esta declaración bíblica, es de presumir que no haya nacido de nuevo. Pero desafortunadamente en los estrados de la cristiandad se fue colando una rara simbiosis de clericalismo babilónico, romano, y judaico, y esos clérigos se vistieron de dueños y señores de algo que le pertenece sólo a Dios; olvidándose, de paso, que Dios ha revelado todo lo relativo a

la iglesia, que el secreto fue destapado, que la iglesia tiene un Dueño, y sólo uno.

Entonces, esto es algo que no se había visto jamás en las generaciones pasadas. La novedad que revela este misterio es resaltado por el hecho de que la iglesia es el cuerpo mismo del Señor Jesús, su esposa, seres privilegiados que serán los instrumentos más elevados de todas las obras de Dios.

Como ocurre en todos los misterios revelados, en el misterio de la iglesia persisten elementos difíciles de entender; entonces, ¿cuándo podremos llegar a entender esos elementos difíciles? Cuando la mente y el corazón de los hombres lleguen a experimentar el suficiente y debido desarrollo espiritual, y su dignidad frente al Señor los haga capaces de ir percibiendo verdades espirituales superiores y profundas. Nosotros somos morada del Espíritu; entonces no subestimemos esa presencia divina en nosotros. Él es quien confiere esa percepción, y perfecciona en nosotros el discernimiento de los misterios de Dios; es el Espíritu Santo quien lo hace, y obra ese crecimiento en el creyente.

EN CRISTO SON BENDITAS TODAS LAS NACIONES

El misterio de la iglesia guarda íntima relación con el misterio de Cristo, por cuanto Cristo es el factor unificador de todos los miembros de su cuerpo; Cristo es el origen y fundamento de la iglesia. Dice Pablo: «...*orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso*» (Col. 4:3). También lo declara cuando dice: «*leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo*» (Ef. 3:4).

¿Cuál es, pues, la posición y la importancia de la iglesia en los propósitos de Dios? Recuérdese que Dios tiene el propósi-

to central de unificar todas las cosas en Jesucristo, pero los primeros pasos de Dios para llevar a cabo esa unificación es precisamente la edificación de la Iglesia. La iglesia es un agente de gran importancia para que Dios trabaje en esa unificación universal. Dios le había hecho una promesa a Abraham de que en Cristo serían benditas todas las naciones de la tierra, pero eso no le había sido revelado a los judíos; muchas cosas de Dios permanecen ocultas a los hombres y a los ángeles. Para conocerlas deben ser reveladas. «*Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones*» (Gá. 3:8). Este misterio, como los otros, estuvo oculto incluso en las eras eternas, hasta que llegó la hora de revelarlas el Señor a sus apóstoles y profetas.

Entonces, Dios primero unifica a los hombres escogidos de todas las naciones de la tierra, incluidos muchos judíos; les revela a Cristo, y por gracia los salva por medio de la fe, que también les proporciona, y los hace un cuerpo único; en eso está trabajando el Señor. Después vendrá el resto de la unificación de las demás cosas en la creación. La iglesia está puesta como el agente revelador de esa unificación. *«Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios*» (Ro. 8:19).

Nos dice Pablo: «*misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu» (v.5).* Los apóstoles y profetas, que aparecen en Efesios 4:11 entre los cinco dones del Señor a la iglesia, son aquellas personas especialmente equipadas por el Espíritu Santo para transmitir a la iglesia la voluntad de Dios por su Palabra y por su Espíritu; son siervos de Dios llamados para enseñar más allá de la capacidad normal de simples maestros. Sin duda la

autoridad espiritual del apóstol y del profeta es superior a la del maestro. Indiscutiblemente, un maestro es digno del mayor reconocimiento por su abundante conocimiento espiritual, dotado que ha sido de la habilidad para transmitir ese conocimiento al pueblo santo; pero es comprensible que el llamado del profeta, no obstante de que también es maestro, conlleve un discernimiento espiritual de mayor profundidad, dotado de una capacidad intuitiva especial para recibir revelaciones de lo alto; de ahí que su autoridad espiritual puede sobrepasar a la del maestro.

Tengamos muy en cuenta que el misterio de la iglesia hace parte tanto del misterio de Cristo como del misterio de la voluntad de Dios, que también estamos considerando en esta corta obra.

Bueno, al hablar de ese cuerpo único de Cristo, que es la iglesia, aclaramos que no consiste sólo de la unión de judíos y gentiles; es más que eso. Se trata de algo totalmente nuevo. La iglesia es un cuerpo místico donde se reproduce la santidad de Cristo. Es nuestra responsabilidad que en nosotros ahora se reproduzca la santidad de Cristo. Esto no tiene precedente en todas las eras que antecedieron a aquel día de Pentecostés. ¿Y por qué debe reproducirse la santidad de Cristo en nosotros? Tengamos en cuenta que este misterio revela que la iglesia se ha convertido en la habitación de Dios; pero no cualquiera habitación, sino que cada vencedor debe «*ser fortalecido con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones*» (Ef. 3:16,17). Antes de la encarnación del Verbo de Dios en la persona del Señor Jesucristo, ¿se había oído de algo semejante?

Por otro lado, la iglesia está llamada a habitar en los lugares celestiales, por cuanto la iglesia es un cuerpo celestial. Para que nosotros podamos habitar en las esferas del reino de los

cielos, debemos tomar la decisión de invitar al Señor a que tome posesión de nuestra vida, que habite en nosotros como lo que somos, su propia casa. Hay necesidad de reconocer la autoridad de la Cabeza de la iglesia, la cual es Cristo. En la iglesia no hay otra cabeza.

Por lo demás, la iglesia tiene la función de iluminar a los hombres, a fin de que comprendan el impacto de este misterio. No obstante, en los tiempos que vivimos, la iglesia ha reducido el mensaje a los meros aspectos rudimentarios del perdón de los pecados y de alguna vida en el cielo después de la muerte.

Le dice el apóstol Pablo a Timoteo, que «*sepas cómo conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y valuarte de la verdad*» (1 Ti. 3:15).

EL MISTERIO DEL MATRIMONIO

En la epístola a los Efesios aparecen tres de los «misterios» de Dios, de los cuales nos estamos ocupando en la presente obra. En primera instancia, esta carta revela «*el misterio de la voluntad de Dios*», que consiste en la restauración y unión de todas las cosas en Cristo, tanto las terrenas como las celestiales e infernales. Aparece también el «*misterio de la iglesia*», que es una especie de subcategoría del misterio de la voluntad de Dios; es decir, lo que Dios se propone hacer con los redimidos, que implica la vocación y el destino supremo de la iglesia, el cuerpo de Cristo.

Y en tercer lugar, es revelado el misterio de la iglesia como «esposa de Cristo», al cual se le puede catalogar como una subcategoría del misterio general de la iglesia. En el contexto del hogar cristiano, hablando del matrimonio terrenal, Pablo dice: «*Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia*» (Ef. 5:32).

El misterio del matrimonio involucra un aspecto terrestre y otro celestial. A la relación matrimonial terrena, por ser considerada una comunión mística y vital entre marido y mujer, se le llama «misterio». Y en verdad, en torno de esto tan maravilloso, es poco lo que sabemos. Indudablemente, existe determinada unión de energías vitales, cierta comunión a nivel del alma, y no sólo a nivel físico, que es inherente a las relaciones matrimoniales. No obstante, afirmar que dos personas al contraer matrimonio se hacen una sola carne, debe ser porque debe haber una especie de unión y comunión vital entre marido y mujer, que trasciende lo físico, porque es a la vez espiritual y mística; como si fuera una miniatura de esa mayor unión y comunión entre Cristo y el creyente; donde la gran fuerza que une es el amor.

Mediante el fruto del Espíritu Santo, aprendemos que amar a Dios se hace evidente cuando amamos a otro ser humano; y es cuando podemos comprender el misterio de la iglesia como esposa de Cristo. Una forma especial de amor, comunión y unión vital entre los redimidos y el Señor Jesús, es el corazón mismo de este misterio.

El apóstol Pablo anticipa este misterio en 2 Co. 11:2, donde dice: «... *pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como virgen pura a Cristo*». Cristo dio el primer paso al unirse a nuestra humanidad; y ahora nosotros estamos siendo unidos con su divinidad. Y esta asombrosa unión espiritual es el corazón mismo del misterio al que se alude aquí.

Capítulo 7

EL MISTERIO DE LA HABITACIÓN ÍNTIMA DE CRISTO EN EL CREYENTE

> «*... el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos,* [27]*a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*»
>
> Colosenses 1:26,27

CRISTO EN NOSOTROS: VIDA ETERNA

La habitación de Cristo en el creyente es la misma vida eterna. Que Cristo more en nosotros por su Espíritu se puede catalogar como las primicias de la vida venidera. Una vez que la persona es salva y nace de nuevo, se inicia una unión vital entre Cristo y esa nueva criatura, debido a que desde ese momento el creyente ya participa de la muerte y resurrección del Señor. La persona, entonces, ha pasado de muerte a vida, pero no necesariamente a una nueva vida evangélica, sino a una vida de resurrección. Por eso es un misterio; porque en el Antiguo Testamento sólo conocían el pacto de la ley, con el infortunio de que ese pacto fue todo un fracaso. En ese entonces, nadie podía sospechar que Dios mismo llegaría a morar en el interior de las personas humanas.

Ante el fracaso del antiguo pacto, refiriéndose al nuevo pacto, el Señor había dicho: «*Daré mi ley en su mente, y la*

escribiré en su corazón» (Jer. 31:33). ¿Cómo escribe Dios su voluntad en el corazón de una persona? Solamente habitando Él mismo en el corazón del creyente. De ahí que el misterio de la habitación íntima del Cristo vivo en el creyente, es el secreto de la santidad y de la transformación según su imagen.

Y eso requiere una operación continua del Espíritu Santo en la persona que voluntariamente lo quiera, y esté dispuesta a someterse a la voluntad de Dios. Después de muchos años de tratamiento y desarrollo espiritual, el apóstol Pablo llegó a confesar: «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*» (Gá. 2:20).

Sin duda, la muerte de Cristo debe tener sus efectos en el creyente, efectos manifestados en experiencias reales, extirpando en nosotros toda secuela de la naturaleza de pecado y sus destrozos. Entonces, Cristo en nosotros nos va introduciendo en una nueva modalidad de vida, vida que no consiste meramente en que hayamos tomado la resolución de modificar nuestras costumbres.

UNIÓN ESPIRITUAL DEL CREYENTE CON DIOS

Entonces, como lo he reiterado, el significado básico de la palabra «misterio», se refiere a algo dentro del plan o de la mente divina, que antes estuviera oculto, pero que ahora ha sido revelado. Y eso le da el significado de «secreto abierto». Como ya sabemos, todo verdadero misterio sólo puede ser conocido mediante revelación divina, por tratarse de algo divino, más allá del alcance de la investigación humana.

La palabra *misterio* tiene la misma raíz de místico, misticismo. La definición básica de *misticismo* está relacionada con algún contacto sobrenatural con un ser superior con la persona

que recibe tal contacto. En nuestra cultura occidental, el misticismo normalmente es objetivo, indicando contacto con algún poder o ser celestial. En nuestro medio se ha incrementado el culto a los ángeles, por ejemplo; aunque ya se daba este fenómeno en tiempos del apóstol Pablo. Pero el misticismo bíblico particularmente va encaminado a la amistad y comunión íntima y genuina con Cristo, con el Espíritu Santo, con Dios Padre.

¿Por qué mencionamos la cultura occidental? Porque en oriente el misticismo se relaciona con una especie de meditación o concentración profunda cultivada por religiones como el hinduismo y el budismo, pero que va encaminada al cultivo del «yo superior», por lo que se trata, generalmente, de una experiencia subjetiva. Se trata de llegar hasta las profundidades del «yo», hasta experimentar un vacío interior, y así sentirse divinizada la persona, buscando alterar el estado de conciencia con técnicas y métodos esotéricos. Es decir, la persona se concentra en su "yo", y se va volviendo muy egocéntrica, arrogándose facultades espirituales que resaltan y distinguen el ego frente a los demás mortales. En mucho de eso se basan los tratados del poder de la mente

En el presente comentario, con el término «misticismo», si es que amerita usarlo, tratamos de indicar algún contacto genuino pero con el Señor Jesucristo. Por eso la contemplación cristiana es la unión espiritual con Dios; una unión mística; y en esa unión, el Señor busca transformar a la persona; pero para ello, la persona debe desear esa transformación, buscarla tal como brama el ciervo por las corrientes de las aguas.

¿En qué consiste, pues, el *misterio* mencionado aquí? Indudablemente se trata de um aspecto particular de las «buenas nuevas», o sea, la realidad del «Cristo que habita en nosotros». Nosotros vivimos la vida eterna por el hecho de que Cristo habita en nosotros. Conforme Romanos 8:29, en

nosotros va operando un proceso creciente; es decir, debe ir operando una transformación efectuada por el Espíritu Santo, que se traduce en un desarrollo de la naturaleza moral de Cristo en cada hijo de Dios que lo procure; y esa vida nueva en ti se va expresando como un testimonio vivo.

En el interior del creyente se va operando una edificación que no tenía. «... *en quien* (en Cristo) *vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu*» (Ef. 2:22). Cuando observamos el avance de la edificación de una casa, vemos que cada día los maestros adelantan en ella una cosa nueva, hasta que la dan por terminada para habitarla. En nuestra edificación espiritual, en ese proceso, en el interior del creyente se efectúa una relación mística entre nuestro espíritu y el Espíritu Santo, por la obra de Cristo, su muerte y resurrección, de la cual ya el creyente participa.

Definitivamente, morir al yo y vivir en Cristo no se logra con ningún esfuerzo humano, y va más allá que simples palabras, promesas y determinaciones objetivas. Nuestros propios recursos no nos sirven, ni nadie lo logró tratando de cumplir la ley usando esos recursos humanos. Se requiere una transformación divina operada en nuestro interior. La profunda corrupción en la que nace el género humano es más complicada de lo que cualquiera puede imaginar.

«*Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él.* [10]*Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia.* [11]*Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros*» (Ro. 8:9-11).

COMPAÑERISMO MORAL Y ESPIRITUAL CON CRISTO

Es tan difícil acercarse a Dios y su perfección, que si no es por la vida de Cristo en el interior del creyente, nadie sería capaz, y fracasaría en el intento; pero para que la morada de Cristo sea eficaz en el creyente, requiere de la voluntad de la persona. Una auténtica morada de Cristo en nosotros requiere un compañerismo moral y espiritual con Cristo. Son dos personas que caminan juntos porque piensan igual.

Ese compañerismo debe alcanzar una perfección tal, que nuestra voluntad debe llegar a ser cautivada por la mente de Cristo. Acordémonos que Cristo tiene sus propios intereses, muy diferentes de los nuestros; entonces los intereses nuestros deben llegar a igualarse con los de Cristo como consecuencia de ese compañerismo. Si estas cosas no llegan a ser una realidad en tu vida, todo esto no pasará de ser palabras bonitas, palabras cargadas de buenas intenciones, claro.

«¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?» (1 Co. 6:19). El ser templos del Espíritu Santo significa que Cristo reside en nosotros, y eso nos confiere acceso al Padre, y nos convertimos en el lugar mismo de la manifestación de su santidad. Y es así como obtenemos la victoria sobre el pecado, y somos convertidos en agentes de una experiencia nueva para nosotros; y participamos de nuevos escenarios, lugares celestiales y existencia espiritual, juntamente con una maravillosa vida de resurrección.

«*Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor*» (2 Co. 3:18).

Por causa de eso es que no somos de nosotros mismos, y que no pertenecemos a nosotros mismos, sino sólo a Cristo; dignidad que exige santidad y glorificación en Dios, en el cuerpo y a través del espíritu inmortal. Y es así como estamos siendo transformados de un estadio de gloria a otro, hasta que, finalmente, participemos de la imagen de Cristo, de su naturaleza y de su santidad. Y es así como ahora mismo, la naturaleza moral de Cristo está siendo formada en nosotros, se va forjando en nosotros el carácter mismo de Cristo, porque se trata de uno de los aspectos del fruto del Espíritu Santo descrito en Gálatas 5:22,23. También es así como tenemos una esperanza digna de confianza, en la cual esperamos la participación en la gloria misma de Cristo.

El proprio Cristo es llamado el *misterio de Dios* (Col. 2:2); pero aquí el misterio es lo que Cristo hace por nosotros y lo que significa para nosotros su «residencia» en nosotros. Esa permanencia es un poder transformador, que Cristo va formando en nosotros. Dios es infinito, de manera que el proprio *Dios* estaba oculto, siendo revelado en Cristo en la encarnación; entonces, el secreto divino se hizo conocido; y entre los hombres, los creyentes pudimos empezar a conocer esos secretos relacionados con la redención, la iglesia, y la habitación de Dios en nosotros.

La revelación era algo necesario para ese nuevo conocimiento. Pero este misterio y sus profundas verdades, se lo apropia el creyente sólo por medio de la fe, cuando el creyente llega a una estatura espiritual suficientemente alta como para poder comprenderlas.

Dice Pablo: «*...misterio que había estado oculto desde los siglos y edades*». Dios jamás había revelado que en cumplimiento del nuevo pacto, Él mismo llegaría a habitar en el interior de los que creyeran en su Hijo; los judíos ni siquiera lo comprendieron cuando en Jer. 31:33 Dios declara: «*Daré mi*

ley en su mente, y la escribiré en su corazón». Los ángeles celestiales mismos desconocían estas profundas verdades; como lo aclara Pablo en Efesios 3:9,10: «...*la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas;* [10]*para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales*».

Eso significa que la iglesia es el área donde tiene comienzo esa grandiosa restauración reveladora. Eso ocurre, primeramente, en la iglesia, y la iglesia va mostrando por todas partes todo lo que sucederá. Es lo que saben los santos; dice: «...*ahora ha sido manifestado a sus santos...*» La predicación del evangelio presenta esa revelación a los hombres. Esa revelación fue dada, en primer lugar, a los santos apóstoles y profetas (Ef. 3:5); y por medio de ellos, a toda la iglesia. Entonces, es importante notar, igualmente, que en el capítulo 3 de Efesios, se aprende que ese misterio de la habitación de Cristo en los creyentes, estuviera oculto tanto de los hombres (v.5) como de los principados y potestades en los lugares celestiales (v.10).

Téngase en cuenta que el verdadero conocimiento de Dios viene al mundo a través de la directa revelación divina acerca de Cristo. Dios tomó la iniciativa de revelar la Persona de su Hijo al mundo; y lo hizo cuando llegó el cumplimiento del tiempo (Gá. 4.4). Dios no se enreda en tácticas de aplazamiento, ni lo detienen las disyuntivas. A su debido tiempo Dios hizo conocida su verdad a los hombres, y a su debido tiempo serán cumplidas todas las cosas que faltan conforme el propósito de Dios.

El Señor trata contigo, te transforma y te guía por su sendero, pero habitando dentro de ti como en su propia casa. Si tú no le das cabida en tu vida; si la voluntad del Señor no es tenida en cuenta en tu diario vivir, si Cristo no reina en tu diario

acontecer, eres como una de las vírgenes insensatas. ¡Cuidado con eso! Por eso Él te dice con insistencia: «*He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré co él, y él conmigo*» (Ap. 3:20).

Que habite con poder el Señor Jesucristo dentro de nosotros es un hecho que se relaciona con las riquezas de la gloria del Señor. El pasaje de Efesios 3:16-18 indica ese abundante suministro divino con el cual los creyentes son fortalecidos por el Espíritu Santo en el hombre interior; y eso habla acerca de las riquezas de la gloria de este misterio. Reitero, la habitación de Cristo en nosotros significa vida eterna. No la busques por otro lado.

Porque el trabajo que opera Cristo en tu interior es una verdadera manifestación de su gloria, incipiente, claro; porque en la medida en que tu transformación espiritual sea efectiva y progresiva, tú vas entrando en un escenario glorioso, vas entrando en lugares celestiales, que son los lugares adecuados para los seres redimidos y transformados.

CRISTO, LA PLENITUD DE DIOS

Entonces, en la medida en que Cristo entre en ti, tome posesión de tu corazón, y habite en ti y contigo, notarás que te va llevando a la gloria: y tú vas tomando conciencia de las riquezas de esa gloria; pues definitivamente en Cristo residen todos los tesoros divinos del conocimiento y de la sabiduría; siendo Él mismo el poder por medio de quien los hombres llegan a participar de los tesoros de los lugares celestiales. *«En quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento*» (Col. 2:3).

De manera que, el misterio consiste en que los hijos de Dios salen por el mundo predicando las buenas nuevas de Dios, el glorioso mensaje de salvación; como consecuencia, las

personas son salvas por la obra de Cristo. Tú mismo apreciarás cómo la persona experimenta un nuevo nacimiento; y Cristo, mediante el Espíritu, viene realmente a habitar en los nuevos creyentes, a fin de formar en ellos su propia imagen y naturaleza, para que vengan a participar de la plenitud de Dios, según Cristo participa de ella (Col. 2:10 y Ef. 3:19).

Es así como, pues, las palabras «*Cristo en vosotros*», expresan la contundencia de esa comunión mística con el Señor, tanto como la presencia. Ese es el secreto de una vida espiritual victoriosa.

«*Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: [17]el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros*» (Jn. 14:16,17).

Entonces, hermanos, hagamos de esta verdad algo real y cotidiano en nuestras existencias. El único contacto que tiene el creyente con la naturaleza divina es el Cristo que habita en nosotros. Sin esa realidad, todos nuestros más hábiles sermones, todas nuestras doctrinas bíblicas y teológicas se constituirán en meros poemas retóricos, por demás inútiles.

La iglesia del Señor Jesucristo está muy lejos de estar constituida por una colección de dogmas. Los meros dogmas carecen de la fuerza y el poder de transformación; este misterio declara que consiste en Cristo y de su poder residente en nosotros. Hermano, cualquiera que sea tu orientación, si eres de Cristo, a ti te digo: ¡Cuánto necesitamos de una genuina comunión mística con Cristo!

A todos los lectores, les recomiendo estudiar a menudo la epístola de Pablo a los Colosenses: y que la paz del Señor sea con los justos.

Capítulo 8

EL MISTERIO DE LAS SIETE ESTRELLAS Y DE LOS SIETE CANDELEROS DE ORO

«*El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias*»

Apocalipsis 1:20

En el presente corto estudio abordamos un eslabón más de la secuencia de «*Los misterios de Dios*»; esos secretos divinos que han sido revelados a los santos, en especial a los apóstoles y profetas neotestamentarios. En la presente capítulo es oportuno detenernos en el misterio de las siete estrellas y de los siete candeleros de oro, que aparece en el primer capítulo de Apocalipsis.

CADA IGLESIA LOCAL BÍBLICA ES UN CANDELERO

El apóstol Juan en la isla de Patmos recibió una serie de maravillosas revelaciones celestiales. Vio a uno semejante al Hijo del Hombre en medio de siete candeleros de oro, que tenía en su diestra siete estrellas, que para Juan hasta el momento era un verdadero misterio.

En primer término, él ve siete estrellas que son un misterio, pero misterio que le es revelado; no obstante este misterio aun en parte continúa velado para muchas personas, incluso para cantidades de creyentes; y esto en gran medida ocurre por la pobreza del estado espiritual y falta de revelación en que vive hoy la cristiandad.

Aquí, en el versículo 20, está registrado que el Señor mismo le revela a Juan el misterio. Las siete estrellas son los siete ángeles protectores de los siete candeleros, que allí se le revela al apóstol que son las siete iglesias locales enumeradas en el versículo 11.

¿Qué significa este número siete? En la numerología bíblica, el 7 es el número de completación, de integralidad, de totalidad; es decir, cuando Dios revela algo con el número 7, eso significa que lo está encerrando todo. En este caso, todas las iglesias locales bíblicas de toda la historia y de toda la tierra, están representadas en esas siete iglesias locales del versículo 11: Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Ladoicea.

«*Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta,* [11]*que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea*» (Ap. 1:10,11).

Estas iglesias tenían existencia real e histórica en Asia Menor en el tiempo en que Juan escribió este libro de tanta revelación; y las condiciones de estas siete iglesias prevalecían no sólo en esas iglesias sino también en otras de aquella época, condiciones que han surgido en la iglesia de Jesucristo durante los siglos subsiguientes.

PERÍODOS DE LA IGLESIA

Hay consenso entre los más ortodoxos estudiosos de la Biblia, en que estas siete iglesias representan también siete épocas o períodos sucesivos de la historia de la iglesia; abarcando desde la era apostólica hasta la venida del Señor Jesucristo, que es el fin de la era de la iglesia. Esos siete períodos de la historia eclesiástica, son:

1. ***Efeso***, que corresponde al período apostólico de la iglesia del primer siglo.

2. ***Esmirna***, es la era de las grandes persecuciones por parte del imperio romano; siglos 2 y 3; es decir, hasta el año 310 de la era cristiana. La aparente razón principal era imponer la adoración al emperador. «*No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Se fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida*» (Ap. 2:10).

3. ***Pérgamo***, es la época de la unión matrimonial de la iglesia y el estado, incluyendo su religión de origen babilónico. «*Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás*» (Ap. 2:13). La iglesia baja de las esferas celestiales, que es su lugar como cuerpo de Cristo, a morar en la tierra, donde se estructuraliza, y se mezcla con la religión de los imperios mundiales, cuya cuna se ubica en la Babilonia de los tiempos de Nimrod. Esta unión espuria de la iglesia con el estado se inicia en tiempos del emperador romano Constantino el Grande con la promulgación del Edicto de Tolerancia en 313 d.C.

4. ***Tiatira***. «*Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe*

y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos» (Ap. 2:20). A raíz de la unión anterior, se fue creando, gestando, y desarrollando una religión cristiana herética cuyo centro se consolidó en el Vaticano, y dio origen, en primera instancia, a la iglesia católica romana, pero que en la historia fueron brotando múltiples ramificaciones como las iglesias ortodoxas orientales, la copta egipcia, la anglicana. Entonces, vemos que la Iglesia del Señor Jesús, durante siglos estuvo cautiva, secuestrada en instituciones religiosas jerarquizadas de tipo babilónico.

5. ***Sardis***. Dios reaccionó ante la cautividad babilónica de la iglesia, y esta reacción comenzó con la Reforma del siglo 16; con protagonistas de la talla de Martín Lutero, Juan Calvino, y muchos otros. Dios reaccionó liberando a un pequeño remanente. Sardis significa *«los escapados»*. «*Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto.* [2]*Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios*» (Ap. 3:1b-2). Así como el Señor trajo de regreso del cautiverio babilónico a un pequeño remanente de judíos a fin de restaurar la vida nacional del reino de Judá, así obró en tiempos de la Reforma con un remanente de la iglesia. El Señor estaba interesado en empezar a restaurar la vida del la iglesia en la faz de la tierra, con el fin de que la iglesia regresara a morar en las esferas celestiales. No obstante, el Señor no podía revelar todas esas cosas a la vez, y eso dio pie a múltiples divisiones con la formación de grandes y pequeñas organizaciones cristianas denominacionales, con muchas características estructurales del *status quo* religioso de donde provenían. Como se sabe, comenzó en 1517, cuyo epicentro fue Alemania.

6. ***Filadelfia***. La segunda reacción de Dios (ahora frente a la Reforma) para restaurar su iglesia fue alrededor de 1820, en varias ciudades de Gran Bretaña. Esta carta apocalíptica

describe las características de la iglesia que el Señor está restaurando. Una iglesia que guarda la Palabra de Dios, y no cambia el nombre de Cristo por diferentes nombres impuestos por los hombres. Una iglesia que debe dar un testimonio de unidad y santidad en cada conglomerado social, en cada localidad en el mundo. Esta etapa de la iglesia está en pleno proceso en el concierto de todas las naciones del mundo. «*Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre*» (Ap. 3:8).

7. ***Laodicea***. La carta a esta iglesia describe por sí misma la actual apostasía en la cristiandad. El Señor no está interesado en las estructuras eclesiásticas; el Señor está interesado en sus hijos, muchos de los cuales militan en esas estructuras que no se rigen por la voluntad de Dios. Esto se debe a que al Señor lo han dejado por fuera. «*He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo*» (Ap. 3:20).

Bueno, por otra parte, ¿qué decir respecto de los ángeles? Así como Cristo tenía contacto permanente con los ángeles del cielo desde su nacimiento, del mismo modo cada iglesia local donde la presencia del Señor sea permanente, cuya luz se refleja como el candelero de Dios, es asistida y guardada por los ángeles del cielo, los cuales son comandados por un ángel especial, cuya presencia la revelación denomina estrella.

¿Por qué la iglesia local, como candelero de Dios, hace parte de la lista de los misterios de Dios? ¿Qué es una iglesia local bíblica? Comencemos por decir, que una iglesia local bíblica no es una congregación denominacional de las que abundan en el mundo en los tiempos modernos. Por ser un misterio, nadie puede entender eso a menos que reciba la correspondiente revelación. En el libro de los Hechos, en las

cartas de Pablo y en el Apocalipsis, esa clase de congregación denominacional que ostente un nombre, cuyo centro topográfico es un templo, que sea gobernada por un pastor, que no puede existir y accionar sin una personería jurídica, y demás, es extraña; no la encuentras en las páginas de las Escrituras.

SIMBOLOGÍA DE LA IGLESIA EN EL TABERNÁCULO

La Iglesia bíblica comprende la totalidad de los creyentes de un lugar determinado, reunidos juntos, en comunión unos con otros, partiendo el pan y adorando a Dios por las casas, perseverando en la doctrina de los apóstoles, cuya vida, fundamento y razón de existir es Cristo. De ahí que la iglesia local bíblica esté revelada por un candelero de oro de siete lámparas indefectiblemente unidas y alimentadas por un solo depósito de aceite.

Hagamos un resumen en el campo de la simbología en torno a esta revelación. En el Antiguo Testamento, el pueblo hebreo era la congregación de Dios; y el pueblo en sus jornadas por el desierto acampaba guardando el orden establecido por Dios. Todas las familias que componían cada tribu armaban sus tiendas en su lugar respectivo, conforme los cuatro puntos cardinales; y todas las tribus, según su bandera, se ubicaban en torno del Tabernáculo de Dios, pues Dios siempre ocupa el centro de su pueblo. El Tabernáculo de reunión, como lo puedes estudiar en Éxodo 25 y Hebreos 9, estaba formado por tres partes; el atrio, el Lugar Santo y el Lugar Santísimo. En el Lugar Santísimo estaba el Arca del pacto, que es Cristo; Cristo es el centro de todo. Sin Cristo no hay iglesia. Él es la cabeza; la única cabeza.

En el atrio estaba el altar de bronce, que era el altar de los sacrificios; era tipo de la cruz donde es derramada la sangre, tipo de la muerte, donde fue sacrificado el Cordero de Dios. En

lo que respecta a nosotros, debemos morir a nuestro yo para hacer la obra de Dios. En el atrio también estaba la fuente de bronce para el lavatorio de los sacerdotes (y todos los hijos de Dios somos sacerdotes). El bronce es símbolo de juicio. Una vez pasados por la cruz y lavados, ya podemos entrar al Lugar Santo; ya podemos tener participación con la iglesia. Para tener perfecta comunión con los santos, antes debemos pasar por la cruz, y morir a nosotros mismos.

En el Lugar Santo estaba la mesa de los panes de la proposición, que es tipo de la comunión de los santos. Estaba el altar del incienso, y el candelero de oro. Todo esto se relaciona con la vida normal de la iglesia bíblica. En tipología es muy significativo este candelero de oro. El oro, como símbolo de la naturaleza divina, nos indica la verdadera esencia de la iglesia como cuerpo de Cristo. Pero es muy diciente que el candelero es conformado por una sola pieza labrada a martillo, que nos habla de su unidad y a la vez del precio pagado para darle vida a la iglesia, el candelero. El candelero es uno solo, pero está conformado por siete lámparas. Cada creyente es una lámpara encendida; siete significa que incluye la totalidad de los redimidos de una localidad o entorno social determinado en un solo candelero. En una localidad no puede haber varios candeleros. Esto rompería la unidad del cuerpo de Cristo.

«... *tenía en su diestra siete estrellas*» (v. 16). Al tener el Señor esas siete estrellas en su mano derecha, significa que esas estrellas están enteramente sujetas al Señor. Cuando algo está enteramente sujeto a Dios, eso es muestra de que ese algo es usado en el trabajo del Señor, en su perfecto propósito. Aquí estamos viendo que nuestra situación es ayudada por el ministerio de los ángeles, y nosotros, en la medida que andamos en la voluntad de Dios, percibimos esa protección. Claro, esos seres angelicales llamados aquí

estrellas, mantienen íntima relación con los ancianos de las iglesias locales.

Al recibir plenamente la revelación de este misterio, se tiene bien definido lo que es la iglesia y cuál es el fundamento de su unidad. Recordemos que la auténtica unidad de la iglesia y la comunión entre los santos, trae como consecuencia poder espiritual. Al comienzo, los esfuerzos pueden parecer artificiales, pero luego eso debe traducirse en una verdadera restauración orgánica de la vida corporativa de la iglesia; y ese trabajo debe comenzar con el candelero, la iglesia local.

La iglesia local es el resultado de la restauración orgánica de la vida corporativa de los santos. No obstante, desde las primeras décadas de la vida de la iglesia, en plena actividad de los apóstoles, ya se manifestaba entre los hombres las ambiciones personales cargadas de codicia, que en la historia de la iglesia producirían grandes desbandadas entre los santos, como el caso de Pablo narrado en el libro de los Hechos, cuando desde Mileto envió un mensajero a que vinieran los ancianos de la iglesia de Éfeso a fin de compartir con ellos una serie de recomendaciones cargadas de premoniciones respecto del futuro de la iglesia local que ellos pastoreaban.

Les dice con toda vehemencia: «*Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.* [29]*Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño*» (Hch. 20:28,29). Consideramos que esta fue la profecía de un gran desastre. ¡Ay, si el apóstol contemplara el panorama cristiano de la actualidad!

La iglesia local bíblica es constantemente vigilada por los hombres, por los ángeles y por los demonios. Por esa causa,

la primera impresión que una iglesia debe transmitir es la vida divina. ¿Por qué una iglesia local es considerada un candelero? Porque el testimonio de una iglesia no se mide por el grado de crecimiento numérico, ni conocimiento intelectual y mental, sino por la madurez espiritual como consecuencia de la alimentación en el conocimiento del Señor, más allá incluso de los métodos usados por la epistemología; ese conocimiento guarda estrecha relación con la llenura del Espíritu Santo y la medida del don de Cristo en sus miembros. Pero para que ese conocimiento produzca su fruto, debe ir acompañado por la poderosa virtud de la cruz personal, de la negación del yo, de la formación de Cristo mismo en el creyente.

La iglesia local es considerada un candelero porque debe brillar a la luz de la presencia del Señor Jesús. La congregación local es algo que nace del cielo, dotada de luz del cielo. Si mi vida espiritual refleja el testimonio práctico de mi conocimiento del Señor, de que ando en su voluntad, eso se refleja tal como los rayos de luz de un candelero.

Si la cristiandad se ha convertido en un gigantesco árbol donde anidan aves de toda especie, sería un verdadero fraude tratar de construir una unidad artificial de tal estructura religiosa. Dios revela en su Palabra que la iglesia está lejos de ser una institución artificial, sino que es un cuerpo que brota de la vida divina.

Si tú quieres saber qué es la iglesia, debes conocer la revelación bíblica de quién es Jesucristo, porque Jesucristo es la iglesia misma, es su esencia, es su vida. El Señor Jesucristo es el verdadero templo de Dios; el tabernáculo de Dios.

Capítulo 9

EL MISTERIO DE LA MUJER Y DE LA BESTIA QUE LA TRAE

(El misterio de Babilonia)

> «*y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.* [7]*Y el ángel me dijo: ¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos*»
>
> Apocalipsis 17:5,7

Como se sabe, la Escritura Sagrada, sobre todo el libro de Apocalipsis, a menudo registra los textos usando un lenguaje enigmático, por no decir, críptico y misterioso; pero a medida que se acerca la gloriosa venida del Señor Jesucristo, libros como Daniel y Apocalipsis, Dios ha venido revelando y abriendo su contenido al entendimiento humano; Dios ha venido quitando el velo y mostrando esos secretos divinos, llamados también misterios, y los revela a sus santos, empezando por sus apóstoles y profetas.

El misterio que tratamos en el presente capítulo encierra a una mujer ebria cabalgando sobre una bestia que tiene siete cabezas y diez cuernos. Tú puedes ver en el capítulo 17 del Apocalipsis, que al apóstol Juan le es mostrado una extraña

mujer ramera, ebria, que la trae en sus lomos una muy curiosa cabalgadura.

UNA MUJER EBRIA CABALGANDO UNA BESTIA

«*Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas;* [2]*con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación»* (Ap. 17.1,2).

Conforme el versículo 9 de ese capítulo 17, a esta mujer, identificada también como Babilonia la grande, y a la bestia que la trae, dice allí que nadie la puede conocer a menos que reciba sabiduría divina, la sabiduría celestial. Recordemos que las cosas profundas de Dios, no se pueden conocer meramente por la razón, ni tampoco por los meros estudios académicos; se necesita, además, la revelación de Dios.

Bueno, pero, ¿qué es la gran ramera? La gran ramera es el paganismo idólatra que ha imperado en el mundo desde los tiempos de Nimrod, el nieto de Noé, el primer poderoso en la tierra, y primer tipo del anticristo, instrumento del maligno para dar origen a la idolatría. Esa mujer es ramera, porque la idolatría constituye un adulterio, pues el único digno de adoración es Dios. La práctica idolátrica es considerada por Dios una auténtica fornicación. La ramera simboliza a cualquier sistema pagano que rechace la senda divina, la única trazada por Dios, que es el camino de la vida en Cristo. Dice el versículo 4: «*Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación*».

Ese cáliz de oro que la ramera sostiene en la mano, también es símbolo de comunión, pero en su caso, con su copa, la ramera propaga la comunión pero en torno de la inmundicia y de la orgía. La mujer no se saciaba de la sangre; quería beber más y más, como lo hacen los ebrios con el licor.

Juan la sigue describiendo así: «*y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.* [7]*Y el ángel me dijo: ¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos*» (Ap. 17:5,7).

¿Por qué la bestia apocalíptica que trae a la mujer en sus lomos, es revelada con siete cabezas y diez cuernos? Los cuernos hablan de poder político. Así como los grandes imperios mundiales son revelados en una sola estatua metálica en Daniel 2, imagen que termina en diez dedos, de igual manera al final de los tiempos esos mismos poderes se manifestarán mancomunados en siete cabezas de una misma bestia, para, mediante una alianza de diez países, entregarle todo el poder al último emperador mundial.

Es ineludible que haya un estrecho vínculo y dependencia entre el poder político y económico del imperio, y una religión que fomenta el culto idolátrico a la persona del emperador; de ahí que la meretriz siempre, en el escenario de los siete grandes imperios de la historia, aparezca montada sobre los lomos de la bestia. ¿Por qué razón? Porque los hombres son subyugados por la gloria y el boato terrenales; boato que le ofrece la gran ramera.

Por otro lado, en realidad, el apóstol Juan contempla la aparición de dos bestias. La bestia salida del mar en Apocalipsis 13:1, que representa el poder político, cuya hora culminante se expresará con el último emperador, el anticristo; y la

bestia salida de la tierra de Apocalipsis 13:11, que no es otro que el falso profeta, que representa el ala religiosa del imperio, cuyo propósito es restablecer el culto idolátrico al emperador, tal como ocurría en la Roma imperial, como es el caso de Domiciano, en tiempos del apóstol Juan.

Esa bestia religiosa, aunque sean dos aspectos diferentes, guarda íntima relación con la ramera montada sobre los lomos de la bestia de siete cabezas y diez cuernos, tanto en su *modus operandi* como en sus fines y propósitos; pero son dos entidades diferentes, pues para que surja esta segunda bestia con dos cuernos como los de un cordero, pero que hablaba como un dragón, es necesario que los diez cuernos que le dan su poder al anticristo, destruyan a la ramera totalmente (Ap. 17:16). ¿Por qué ocurrirá esto? Sencillo. El anticristo no permitirá que sistema religioso alguno sustente y ejerza alguna supremacía sobre su autoridad absoluta, ni muchos menos que sea algo que en alguna forma guarde alguna relación con Dios, por débil y difusa que sea esa relación.

«...*el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios*» (2 Ts. 2:4). Este sistema satánico del anticristo destruirá todas las religiones del mundo, excepto el renovado culto al emperador, en este caso a la persona del anticristo.

Entonces, la repugnante prostituta será destruida y reemplazada por el nuevo paganismo del anticristo, específicamente el culto hacia él; lo que significará una nueva idolatría altamente satánica. Ese nuevo paganismo promulgado por los diez reinos que le entregarán su autoridad y su poder al anticristo, será mucho más terrible y corrupto que la Roma pagana en tiempos de Nerón, Domiciano y Trajano juntos.

LA BESTIA EN TODA LA HISTORIA

Ese número 7 de las cabezas de la bestia que trae a la mujer, indica que la totalidad de los poderes políticos de toda la historia en el mundo, en poder de Satanás, han ido de la mano en estrecha relación con la religión idolátrica babilónica y satánica.

Además, en la simbología bíblica, se refiere a siete connotados imperios mundiales que en su orden han sometido al pueblo de Israel a lo largo de la historia de la humanidad. Como se sabe, esos imperios son: Egipto, Asiria, Babilonia, Medo-Persia, Grecia, Roma, y la coalición de diez naciones que le darán el poder al anticristo al final de los tiempos, y el cual, a su vez, será el octavo.

Como es revelado por la Palabra de Dios, todos los reinos del mundo son gobernados por Satanás por medio de una gran organización de principados, potestades y gobernadores de las tinieblas, de tal manera que cada nación de la tierra es gobernada por su propio príncipe de las tinieblas (véase Dn. 10:13,20; Is. 14; Ez. 28); esto es una verdad revelada, pero con excepción de Israel, cuyo príncipe es el arcángel Miguel (Dn. 10:21; 12:1). De manera, pues, que en la bestia vista por Juan, sus siete cabezas que se hacen visibles en la revelación, son los siete príncipes diabólicos de esos imperios históricos, ahora representados como un todo; de ahí, pues, el número 7 de las cabezas.

Entonces, la mujer ramera a la que se refiere este misterio, no es otra cosa que esa «idolatría» manifestada en muchas facetas, con un marcado énfasis en el culto al emperador, al príncipe gobernante; pero en su trasfondo, ese culto idolátrico va dirigido a Satanás mismo. Esta verdad la puedes constatar en el capítulo 14 de Isaías, cuando al referirse al rey Nabucodonosor, simultáneamente se está refiriendo a Lucero, que no

es otro que Satanás mismo. Y también en Ezequiel 28, donde al dirigirse al rey de Tiro, se está refiriendo también a Satanás, el otrora querubín del Edén de Dios.

Indudablemente, Satanás tiene el control tanto de los gobiernos políticos como de las religiones idolátricas de este mundo. Y, claro, el apóstol Juan, aunque frente a sus ojos tuviese a una meretriz montada sobre una bestia de siete cabezas, podía creer estar viendo la Roma imperial pagana de su tiempo, heredera de la religión babilónica; y a la vez vislumbrar la Roma papal, que sin duda en la historia de la era cristiana, es protagonista de primer orden entre la lista de los autores de la muerte de miles de santos de Jesucristo, convertida como fue en centro de atrevidas y horrendas formas de idolatría; pero definitivamente, la meretriz bíblica es mucho más que la mera Roma papal, aunque ésta haga parte de la meretriz babilónica.

LA MUJER EBRIA Y LA ADORACIÓN SATÁNICA

A Juan le fue mostrada la mujer, la ciudad terrenal, sentada sobre un monstruoso sistema político bestial de siete cabezas y diez cuernos. Eso significa que esa estructura religiosa estará vigente con todo su poder durante la federación de diez naciones que, aliadas, gobernarán al mundo por muy poco tiempo al final de esta era, y que le darán su poder al anticristo; pero, como hemos dicho, la ramera será destruida, pues es necesario que un nuevo sistema religioso impulse y restaure el culto al emperador. Recuérdese que Satanás será adorado a través de la adoración rendida al anticristo (cf. Ap. 13:3). Muchas, muchísimas personas ignoran, por ejemplo, que toda vez que adoran a una imagen fabricada por manos humanas, están adorando a los demonios. La auténtica imagen de Cristo debe ser forjada por el Señor mismo en nuestro corazón.

Además, se ha incrementado y proliferado la religión de los chamanes, de los psíquicos, de los santeros y de la hechicería, incluso entre los políticos que suelen alardean de algún prestigio en la sociedad. Muchos políticos se rodean de hechiceros entre sus asesores.

Entre los intérpretes de la escuela histórica, muchos de ellos se esfuerzan por ver la Roma papal en todas esas descripciones de la gran ramera; sin embargo, la Roma papal y toda su extensa y poderosa estructura, no es el único sistema que conforma el andamiaje de la meretriz babilónica. Además, la mujer ebria de la sangre de los santos es madre de rameras y de las abominaciones de esta tierra (Ap. 17:5). Eso significa que la gran ramera dispone de muchas ramificaciones ejerciendo su influencia nefasta. Por otro lado, es posible que tal como se ven las cosas, importantes sectores de las denominaciones cristianas sean atraídas hacia el abominable culto al anticristo. Será algo parecido a lo que el Señor les dijo a los judíos:

«*Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ése recibiréis*» (Jn. 5:43).

Grandes sectores de las denominaciones cristianas padecen de un lamentable retroceso espiritual, cayendo en una apostasía de dimensiones increíbles. Muchos se glorían en los valores que son exaltados en la tierra, pero no pasan de habitar en un desierto espiritual.

Pongan atención a esto; antes de la destrucción de la gran ramera, el anticristo parapetado en sus falsos gestos de paz, usará su gran influencia para que se realice una unión de tipo ecuménico entre las religiones occidentales con las orientales, cuyo resultado será un cristianismo pagano, con la cual se consolida el clímax del espíritu de la ramera.

Explico; así como cinco naciones occidentales harán alianza política con cinco naciones orientales, con espíritu ecuménico, para abrirle paso al gobierno mundial de la bestia, asimismo y casi simultáneamente, el cristianismo apóstata occidental hará una alianza superficial y ecuménica con la religión islámica oriental.

Este nuevo cristianismo será abiertamente hostil a los verdaderos cristianos. Eso significa que la cristiandad apóstata occidental mancomunadamente formará una enloquecida religión con oriente, lo que resultará en una sola cloaca de iniquidad. Entonces, el anticristo, cuando ya se encuentre en el palco del mundo, promoverá la mayor y gigantesca persecución religiosa de la historia humana.

Y entonces será implantado el culto al emperador, y ese culto en tiempos del anticristo será apremiante, incluso para que las personas puedan comprar y vender. Pero para tratar de solucionar esa situación, deberán participar de los vicios y de las inmoralidades de la nueva religión pagana. Los que rehúsen participar, sufrirán amargas consecuencias; pero nosotros podemos ver que en los capítulos 17 y 18 de Apocalipsis aparece el gran derrumbe de la gran Babilonia.

El «plan» general revelado por profetas como Juan, Daniel, y aun Pablo y Mateo, es perfectamente claro. La supremacía de Satanás está para terminar, pues el reinado del anticristo será breve, y ahí termina todo este sistema vigente. Mientras tanto las cosas van a empeorar cada vez más. Es mejor que los cristianos se llenen de valentía y sean fieles a Cristo.

La revelación dice que la ramera es una ciudad, pero no se trata de una ciudad literal, sino de un sistema religioso diabólico.

Hagamos aquí una comparación con la ciudad de Dios.

Babilonia la grande	*La Nueva Jerusalén*
«Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; [2]con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación. [3]Y **me llevó en el Espíritu al desierto**; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. [18]Y la mujer que has visto **es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra**» (Ap. 17:1-3,18).	«Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. [10]Y **me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto**, y me mostró la **gran ciudad santa de Jerusalén**, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios, y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diñafana como el cristal» (Ap. 21:9-11).

Particularmente, no creo que la antigua ciudad de Babilonia vaya a ser reedificada. Considero que la mención aquí de Babilonia constituya apenas un código para referirse a un gran sistema político-religioso que ha regido al mundo en el curso de la historia, y que en el tiempo de Juan realizaba su poder desde Roma, tanto la Roma política como la posterior Roma papal; y no veo en la revelación bíblica que el centro de actividades del anticristo sea la ciudad de Roma. Téngase en cuenta que, profetizando sobre la antigua ciudad de Babilonia, Isaías dice: «*Nunca más será habitada, ni se morará en ella de generación en generación; ni levantará allí tienda el árabe, ni pastores tendrán allí majada; [21]sino que dormirán allí las fieras del desierto, y sus casas se llenarán de hurones; allí habitarán avestruces, y allí saltarán las cabras salvajes*» (Is. 13:20,21).

Tampoco encuentro revelación bíblica en el sentido de que el imperio romano vaya a revivir y tomar el control del poder mundial. El imperio romano llegó a su fin: la parte occidental, Roma, en 475, y la oriental, Constantinopla, en 1453, y no va a resurgir; en la Biblia no hay revelación que respalde ese punto de vista. Téngase en cuenta que desde finales del siglo IV, el imperio romano tuvo dos capitales, Roma y Constantino-

pla; pero lo particular es que también, en sus últimos siglos fue regida por dos emperadores simultáneamente; que a la muerte de Teodosio el Grande, los primeros fueron sus hijos Arcadio, en Constantinopla, y Honorio, en Roma.

Los grandes imperios mencionados en la Biblia son aquellos que de una u otra manera subyugaron a Israel, pero que al llegar a sucumbir, jamás volvieron a resurgir, ni su poder resurgirá jamás en la historia. El poder de Egipto decayó para siempre; cuando Egipto quiso arrasar a Israel en la guerra de los seis día en 1967, no pudo lograrlo. Lo mismo ocurrió con Asiria; sus descendientes también quisieron hacer lo mismo en esa guerra, pero no lo lograron. ¿Qué decir de Babilonia? En Irak ha habido planes de reconstruirla, pero no han podido, ni lo lograrán. El imperio medo-persa, por mucho que lo intente el moderno Irán, jamás volverá a tener su hegemonía histórica; aun cuando esté vaticinado su liderazgo en la invasión a Israel encabezada por Gog. Allí encontrará su derrota más aplastante. La misma suerte han tenido Grecia y Roma; sus glorias pasadas sólo son reflejadas en sus monumentos, pero nada más. El Imperio Romano jamás volverá a resurgir.

La estatua de Nabucodonosor es clara en ese sentido. Las dos piernas correspondientes al Imperio Romano con sus dos capitales, no se prolongan hasta el final de los tiempos. El final de los tiempos están configurados allí por dos pies de hierro y barro cocido, cada uno con cinco dedos, cinco del ala occidental y cinco del ala oriental, que corresponden a los diez cuernos de la bestia, que son esos reinos que le darán el poder al anticristo. Son, pues, cinco países europeos que harán una alianza muy frágil y de corta duración, con cinco países orientales de gobiernos autócratas y totalitarios, todos antiguas provincias del imperio romano.

Por otro lado, la ramera se sienta sobre siete montes, siete cabezas (Ap. 17:9); eso significa que siempre se ha sentado

sobre todos los imperios que han sometido a Israel en la historia; pero la bestia política se deleitará finalmente en destruir a la ramera, a fin de quitarse ese oneroso poder religioso de encima. La caída de ese sistema religioso (cap. 18), será lamentada por todo el mundo; me refiero a ese mundo oscuro y lejos de Dios.

Vemos, pues, que al realizarse alguna unidad religiosa ecuménica conformada por la Roma papal, el anglicanismo, el mormonismo, las organizaciones protestantes apóstatas, y demás, es peligroso y presumible que ese ecumenismo sirva para que muchos se inclinen hacia la lealtad al anticristo, y sobre todo en torno de su culto, pero con la mala fortuna de que luego serán perseguidos. Ese será el amargo precio de la apostasía y del casamiento con religiones mundanas y abiertamente satánicas.

Escuchen, hermanos; lastimosamente estamos viendo que en estos tiempos finales de la historia de la iglesia, ya a Cristo lo están dejando por fuera en muchas de las organizaciones estructuradas de tipo cristiano (cf. Ap. 3:20); si es que alguna vez allí se hacía la voluntad de Dios; y por eso el Señor está llamando a su pueblo, diciéndole: «*Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas*» (Ap. 18:4). Este es un llamamiento a la separación, a fin de que los creyentes nada tengan, nada los complique en ese sistema apóstata.

Capítulo 10

EL MISTERIO DE LA INIQUIDAD

«*Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad*»
2 Tesalonicenses 2:7

TRASFONDO Y ORIGEN DE LA INIQUIDAD

Para continuar con la secuencia de los misterios de Dios, abordamos en este capítulo el misterio de la iniquidad. ¿Qué es la iniquidad? ¿Por qué es un misterio? Desde que el hombre se apartó de Dios, todo lo divino, todo lo relacionado con nuestro Creador empezó a ser extraño para la mente humana, y todos los tópicos que se relacionaran con la esfera celestial se fueron diluyendo, convirtiéndose en un misterioso, en un arcano velado para el hombre. Sin embargo, Dios de ninguna manera iba a permitir que el hombre continuara eternamente en ese reino de oscuridad, lejos de Dios. Dios había creado al hombre para un propósito divino de gran envergadura, y lo iba a cumplir. Lo revelado es que desde la eternidad, Dios tenía un plan para salvar al hombre y elevarlo a una posición más conspicua y gloriosa. Por eso, después de la caída, para poder llevar a cabo sus propósitos, Dios poco a poco se fue revelando a la humanidad, pero sólo a pocas personas, a unos pocos elefgidos, en quienes podía encontrar alguna disposición de escucharlo y obedecerle. Por esa causa encontramos en las Escrituras unos estadios de revelación divina, o lo que algunos expositores llaman las dispensaciones.

Antes de continuar con el tema central, digamos que desde determinado punto de vista, mirado desde la esfera espiritual, la historia es el relato de cómo las fuerzas del bien y del mal libran una guerra sin cuartel por la lealtad de los seres inteligentes. Pero, esa lealtad ¿q quién y por qué razón? Por ser leales a Dios y a sus derechos. A Dios le han sido arrebatados derechos que el jamás ha cedido a nadie. Sin duda, la voluntad de Dios es que todos los seres inteligentes conozcan estas cosas, que esos seres dotados de libre albedrío, lleguen a saber por experiencia propia que el camino de Dios es el mejor; yo diría que es el único camino de la bienaventuranza. Pero se requiere de muchísimo tiempo para convencer a los hombres de ello; razón por la cual el proceso histórico es tan prolongado.

Volviendo al asunto del misterio de la iniquidad, diganos que, como todo lo divino estaba velado para el hombre, es obvio que en las Escrituras, el mismo Dios sea un misterio; y, por ende, es un misterio su Hijo Jesucristo, como también es un misterio la Iglesia, y siguen otros misterios. Pero detrás de la acción de Dios, la palabra de Dios revela otras acciones contrarias a la voluntad de Dios; por eso queremos abordar sucintamente el tema de cómo es el accionar de esas fuerzas de la oscuridad; y para ello vamos a ocuparnos del misterio de la iniquidad.

El misterio de la iniquidad tiene un trasfondo que profundiza sus raíces en el cielo mismo; como lo puedes constatar en Isaías 14 y Ezequiel 28. Allì es revelado que Lucero, el querubín protector celestial, no se satisfizo con estar dotado de hermosura y poder, sino que también quiso ser como Dios, y en su codicia fue tentado por la ambición de querer emular al Verbo de Dios; y en su intención, se rebeló contra Dios, y convenció y arrastró tras sí a la tercera parte de los ángeles del cielo, esos mismos que hoy conforman ese gobierno

espiritual maligno de las naciones, con sus principados, verdaderos reyes satánicos, potestades, gobernadores de las tinieblas de este siglo; que están al mando de esas huestes espirituales de maldad en las regiones celestes, cuyo príncipe supremo es Lucero, convertido hoy en Satanás desde que fuera expulsado del cielo y confinado en la tierra, desde antes de la creación del hombre.

Cuando Lucero, ya confinado en la tierra, vio que Dios creó al hombre y lo puso sobre el gobierno de su creación, se ingenió la forma de hacer que el hombre desobedeciera a Dios y cayera en pecado, y como consecuencia hubiese un rompimiento en las relaciones entre Dios y el hombre. Por eso el verdadero y encarnizado enfrentamiento entre el dragón y Dios empezó después de la caída del hombre. «*Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar*» (Gn. 3:15). Esa enemistad fue persistiendo hasta la cruz del Monte Calvario; pero ahí no paró todo, pues esa enemistad seguirá *in crescendo*, sin tregua, bajo diferentes ropajes y escenarios, hasta la manifestación del anticristo, su *clímax*; no obstante, algo está deteniendo esa manifestación de la bestia.

«*Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste.* [7]*Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio*» (2 Ts. 2:6,7).

El misterio de la iniquidad se relaciona con la actividad del maligno sobre la humanidad perdida, como príncipe de la potestad del aire. El maligno está interesado en que la humanidad no conozca a Dios y a su Cristo. Que la humanidad se pierda eternamente.

La palabra *iniquidad* en el versículo 7, es la traducción del vocablo griego «*anomia*», que significa «carencia de ley» (del prefijo *a*, negativo, y *nomos*, ley). Entonces, «*anomia*» se suele traducir «iniquidad», que literalmente significa *injusticia*; porque obrar *sin ley* es actuar llevado por la injusticia; es decir, lejos, muy distante de la justicia del reino de los cielos.

El misterio de la iniquidad ya está en acción; eso significa que ahora opera subrepticiamente bajo la dirección de influencias satánicas ocultas; y siempre ha sido así; pero llegará el día en que se manifestará abiertamente y con todo el poder de su maldad; y operará claramente ante la vista de los hombres con la aparición de un siniestro personaje que se conoce como el anticristo, el inicuo, el hombre de pecado. ¿Por qué no lo ha hecho? ¿Por qué no ha hecho su aparición el hombre inicuo en el panorama político mundial? Como se sabe, la manifestación de la maldad ha sido espantosa en este mundo; pero de alguna manera la maldad y su velada intención en lo furtivo, tiene su freno, recibe su castigo por las leyes humanas; y Satanás sólo opera hasta donde Dios se lo permite. Entonces ¿cómo será cuando el misterio de la iniquidad tenga todas sus riendas sueltas? Y el caso es que no se ha manifestado plenamente debido a que ahora, aun en este momento, tiene un «freno» que se lo impide; pero ese «freno» será quitado a su debido tiempo. Dios sabe cuándo. Seguramente, si el anticristo no estuviese refrenado, ya hace mucho tiempo se hubiera manifestado. Algunos opinan que ese personaje ya puede estar vivo en algún lugar de la tierra.

Pero no debemos excedernos. En torno a este tema, debemos movernos con suma cautela, pues cualquier opinión mal encajada al respecto pudiera llegar a fabricar un error, y el efecto sería confundir a mucha gente. ¡Cuidado con dogmatizar! Es obvio que el versículo 7 es muy difícil de interpretar. Las Escrituras no indican con claridad cuál es la identidad de

la persona, poder o influencia que ahora refrena el desenfreno del pecado y la maldad en esta era en una magnitud superior a lo que se conoce. Se entiende que ese poder que restringe el mal es un poderosa fuerza buena; que esa restricción no se trata de un programa satánico. Téngase en cuenta que Dios es el Señor de la historia. De manera que cuando esta fuerza fuere removida, entonces será liberado con mayor ímpetu edl imperio de la maldad, y será desatado el caos. Será el tiempo cuando la existencia humana venga a ser convertida en un auténtico infierno. Será un tiempo cuando los hijos serán testigos de cómo virtudes como el amor, la justicia, la bondad, la misericordia, sólo podrán ser ejecutadas por la influencia del Espíritu Santo, y esto sólo entre los hijos de Dios; pero los hombres revelarán su naturaleza profundamente operversa. Y aquí lo curioso es que los hermanos de Tesalónica, como también el propio apóstol Pablo, sabían lo que refrenaba la manifestación del anticristo y toda esa abrupta operación de la iniquidad en el mundo.

¿QUÉ DETIENE LA MANIFESTACIÓN DE LA BESTIA?

Les dice Pablo a los tesalonicenses: «*Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste*» (v. 6). Pero en sus cartas, el apóstol no nos transmite la identidad de ese poder personal (e impersonal a la vez), que restringe la manifestación del anticristo; por esa razón esa identidad nos ha llegado como un aspecto vago, un secreto velado, porque al fin y al cabo es un misterio; y esa vaguedad ha dado pie a que hayan surgido diversos puntos de vista y variados conceptos respecto de este espinoso asunto.

Pues bien, hay quienes han sugerido que ese «freno» es el propio Espíritu Santo, que será quitado del escenario terrenal durante el período de la gran tribulación; y para respaldar su

tesis, alegan que el arrebatamiento de la iglesia tendrá lugar antes de la gran tribulación que promoverá el anticristo durante la época más oscura de la humanidad. Lo han llamado *el rapto*. Y, claro, alegando esa posición, declaran que con la iglesia se iría el Espíritu Santo de esta tierra.

Pero esta posición doctrinal no tiene respaldo bíblico; en primer lugar porque las Escrituras revelan que el arrebatamiento de los santos y su unión con Cristo será un evento simultáneo con la parusía de Cristo; es decir, el glorioso día que Cristo regrese a la tierra, ese mismo día será arrebatada la iglesia. ¿Dónde revela la Palabra de Dios la simultaneidad de estos dos eventos? Obsérvalo en los siguientes textos bíblicos, fijando tu atención casi que palabra por palabra.

«*Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos...* [3]*Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición*» (2. Ts. 2:1,3).

Significa que nuestra reunión con el Señor será después de la manifestación del anticristo y su gran tribulación.

«*Porque si creemos que Jesús murió y resucitó,* ***así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él***. [15]*Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron.* [16]*Porque el S****eñor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero***. [17]*Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor*» (1 Ts. 4:14-17).

«*E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas.* [30]*Entonces* ***aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra****, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria.* [31]*Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y* ***juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro***» (Mt. 24.29-31)

Además, el Señor no vendrá antes del último día del gobierno del anticristo. «*Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida*» (2 Ts. 2:8).

Por otro lado, no existe base bíblica para asegurar que el Espíritu Santo pueda ser removido de esta tierra. Sabemos por las Escrituras que Su presencia está en todas partes. Recuérdese que el Espíritu Santo es Dios, y Dios es omnipresente. Dice el rey David: «*¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?* [8]*Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás.* [9]*Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar,* [10]*Aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra*» (Sal. 139:7-10). Claro, hay que entender que aunque el salmista indica que Dios está en todas partes, consideramos que no se trata aquí de una aseveración panteísta. Hay que distinguir a Dios de su creación. Dios llena a su creación y la sostiene, pero es independiente y no puede ser confundido con ella.

Entonces, ¿cuál puede ser la respuesta? Recordemos que estamos lidiando con un misterio, que no lo podemos dilucidar con la simple razón empírica. Veamos el punto de vista de otra escuela. Teniendo en cuenta que todas las naciones de la tierra, así como los grandes imperios revelados en Daniel 2 y

7, han sido y son regidos por príncipes diabólicos (Dn. 10:13,20,21), otros comentaristas bíblicos han planteado que lo que frena la manifestación del anticristo es la remoción del poder del espíritu diabólico que rige el imperio romano; pero, como lo revela Daniel con referencia a la remoción del espíritu del imperio persa, cuando fue derrotado por el espíritu de Grecia (cf. Dn. 8:1-8), así también el poder del espíritu de Roma tuvo su fin en el momento en que cayeron las dos capitales del imperio romano: Roma en 476 y Constantinopla en 1453, respectivamente.

ISRAEL, EL RELOJ PROFÉTICO DE DIOS

Por otro lado, hay una corriente exegética que se ha venido abriendo camino entre algunos eruditos modernos, y que ya existía entre los padres de la iglesia, y es que algún poder angelical bueno, está restringiendo hasta el momento la manifestación del anticristo y la plena acción del misterio de la iniquidad. Recuérdese lo siguiente: si deseamos discernir y entender los asuntos escatológicos, y en particular lo referente a este «freno» que detiene la manifestación del anticristo, no podemos descartar la centralidad de Israel en el concierto de las naciones para el cumplimiento de la escatología.

Indudablemente, Israel es el reloj profético de Dios para el cumplimiento de los acontecimientos escatológicos. Cuando la nueva nación de Israel tuvo su comienzo el 14 de mayo de 1948, ese día comenzaron los últimos tiempos. Por otra parte, el arcángel Miguel (el único arcángel que revela la Palabra de Dios) es el protector de Israel, y protege a la nación de Dios con el apoyo de las huestes celestiales. Leemos en Daniel 10: «*Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de*

Persia. [20]El me dijo: ¿Sabes por qué he venido a tí? Pues ahora tengo que volver para pelear contra el príncipe de Persia; y al terminar con él, el príncipe de Grecia vendrá. [21]Pero yo te declararé lo que está escrito en el libro de la verdad; y ninguno me ayuda contra ellos, sino Miguel vuestro príncipe» (Dn. 10:13,20,21).

El libro de Daniel revela que Satanás, príncipe de este mundo, gobierna las naciones del mundo; y lo hace implantando en cada nación su propia organización espiritual diabólica, al mando de un príncipe, algo así como un rey satánico en cada nación. Esta jerarquía es declarada en Efesios 6:12. No obstante, eso ocurre con la única excepción de Israel, cuyo protector es el arcángel Miguel, como lo hemos visto. Por ello, podemos colegir que esa es la causa por la cual, desde el nacimiento del moderno Israel en 1948, todos las guerras que le han declarado sus enemigos vecinos con el fin de aniquilarlo han sido fallidas, no han podido lograr su objetivo, a pesar de la superioridad de las tropas y del armamento de esas naciones, incluyendo el elemento sorpresa del que siempre se han querido valer.

Y lo más maravilloso es que tampoco logrará aniquilar a Israel la invasión de una coalición de naciones, cuando se reúnan las hordas de Gog al final de los tiempos bajo el liderazgo de Irán, y que registra Ezequiel, vaticinando la peor derrota de los enemigos de Israel. En los cielos las milicias celestiales comandadas por Miguel siempre vencerán a las huestes diabólicas que pretendan acabar con Israel. ¿Qué hacer, entonces? ¿Cómo acabar con Israel? Esas naciones tendrán que cambiar de estrategia. Tendrán que cambiar la guerra por la paz. Entonces es cuando pensarán en la estrategia de un tratado de paz, pero en el fondo será una paz mentirosa y siniestra, fríamente calculada.

La revelación bíblica dice que la alianza de diez naciones (antiguas provincias del imperio romano tanto de occidente como de oriente) le dará el trono al último emperador mundial, hábil diplomático y engañador, con quien Israel firmará un tratado de paz, que con gran habilidad logrará que Israel se desarme; y después de tres años y medio, este inicuo se manifestará como lo que en realidad será, un emisario diabólico. En ese mismo tiempo, Dios le quitará la protección a Israel, y vendrá sobre esa nación una verdadera carnicería humana.

«*En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro*» (Dn. 12:1).

¿Será coherente y bíblico este punto de vista? Bueno, ahí está para meditarlo, y que el Señor nos revele plenamente este misterio; sin embargo, lo que sí sabemos es que llegará el momento en que ese «freno» que impide la manifestación del anticristo será quitado, y el misterio de la iniquidad que ahora opera subrepticiamente bajo la dirección de influencias satánicas ocultas, llegará la hora, y ese día se aproxima, en que se manifestará claramente y sin tapujos en toda su maldad ante la vista de los hombres.

Téngase en cuenta que el poder del anticristo es revelado como tan absoluto, que es razonable suponer que sólo el poder de Dios es quien puede controlar y ordenar el tiempo determinado para su surgimiento y para su fin. «*...inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos*» (2 Ts. 2:9).

La frase «*a su debido tiempo*», del versículo 6, significa que el momento para la manifestación del anticristo lo determina

Dios. Recuérdese que Dios es soberano, y Él tiene absoluto control sobre su creación. Y es necesario tener en cuenta que cuando Dios remueva la restricción que está impidiendo la manifestación plena del misterio de la iniquidad sobre la tierra, la bestia traerá como propósito diabólico cumplir su misión satánica, misión que está implícita en este misterio. Y aunque se crea lo contrario, y luzca hasta paradójico para nuestro entendimiento, toda esa acción oscura de este siniestro personaje, de alguna manera es usada por Dios para bien, conforme sus propósitos eternos. Por ejemplo, para que llegue a creer en su legítimo Mesías, Israel necesita pasar por una severa tribulación; por otro lado, gran porcentaje de la iglesia que vive ahora sobre esta tierra, está más atraída por el mundo que por el Señor, y por ello necesita pasar por una severa tribulación.

Hermanos, el de la iniquidad es el misterio del libertinaje, del reino de la deshonestidad, del engaño, de la idolatría. Este misterio es diametralmente contrario al misterio de la piedad, al misterio de Cristo, que es el misterio de Dios. El mensaje del evangelio es que Dios quiere que los hombres sean transformados a la imagen del Hijo de Dios. «...*a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*» (Col. 1:27).

Como el de la iniquidad es el misterio del maligno, cuya culminación estará bajo el liderazgo de la bestia, entonces el anticristo será la personificación de todo cuanto es perverso, de todo cuanto se encuentre en rebeldía contra Dios. Eso significa que habrá un tiempo en que la maldad se desarrollará sin control, como los caballos desbocados. Se me ocurre pensar que cuando el misterio de la iniquidad esté operando con toda su contundencia, y esté reinando el anticristo, entonces muchos seres humanos entenderán cuán maligna es

la maldad. En ese tiempo la vida humana se convertirá en un verdadero infierno, y la maldad se manifestará sin ninguna restricción; pero por causa de los encogidos, aquellos días serán acortados.

Entendamos que el misterio de la piedad, el misterio de Cristo, revela todas las bendiciones y buena voluntad de Dios para con los hombres; en cambio el misterio de la iniquidad revela todos los dolores, la miseria, las injusticias implícitos en el reino de los hombres. Para nadie ya es un secreto, por ejemplo, que hasta en muchos púlpitos cristianos se esté predicando el reino de los hombres, exaltando los anti-valores, y con un énfasis desmedido en una extraña carga económica fundamentada en la obligatoriedad del diezmo en primer plano, prometiéndoles beneficios terrenales a los hombres. ¿Dónde está el Señor en todo eso?

Lastimosamente, los hombres rechazan el propósito y la verdad de Dios, por creer a la mentira. ¿Qué es lo que está aconteciendo, entonces? Que este misterio ya está en acción cada día con mayor fuerza; este misterio ya está proyectando su sombra sobre la humanidad. El contexto que estamos analizando lo enfatiza: «...*con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos.* [11]*Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira*» (2 Ts. 2:10,11).

Entonces, hermanos, ambos misterios, tanto el de la iniquidad como el de la piedad, el del evangelio, tienen algún poder sobrenatural. El uno para atraer e inducir al mal, y el otro para favorecer a los hombres, para salvarlos. El misterio de la iniquidad, por la influencia maléfica satánica sobre los impíos, destruyendo, condenando; y el del evangelio, por el poder del Espíritu Santo, es transmisor de bendiciones, de vida, de luz celestial. ¿Lo podemos ver ahora?

El poder de la iniquidad satánica trae consigo una atracción sobrenatural perversa y maligna, aunque aveces aparezca con visos de belleza irresistible. El misterio de la iniquidad, aunque siempre haya existido y haya operado con intenso e increíble rigor, sin embargo, su manifestación futura alcanzará su clímax de malignidad como jamás haya ocurrido en todas las eras; por ese motivo permanecía oculto durante muchas eras en los consejos de Dios.

Como la humanidad sin Cristo no puede ver debido a la ceguera espiritual, esa humanidad no percibe los amargos días que le espera. Vendrán días cuando la vida humana será convertida en un verdadero infierno. Empezará a ocurrir cuando ellos digan: «¡Paz y seguridad!» El mundo lejos de Dios será un escenario casi imposible de ser habitado.

Vemos, pues, aunque parezca una paradoja, que el misterio de la iniquidad puede llegar a ser un instrumento en las manos de Dios para que muchas personas decidan volver a Cristo.

Entre los hijos de Dios, quienes poseamos algún grado de luz y revelación de Dios, conforme ese mismo estadio de comunión, conocimiento y amistad con el Señor, en esa misma intensidad podremos vislumbrar el negro panorama que se avecina, que ya se está armando en el concierto mundial. Por un lado, aparecerá a nuestros ojos las ruinas de un mundo impío; pero por el otro, podemos contemplar con gloriosa esperanza la parusía de nuestro Dios y Señor Jesucristo, quien vendrá a ponerle fin a la iniquidad, y a implantar su reino de paz, de gloria y de justicia. Mientras tanto, las fuerzas oscuras están anunciando un gran reseteo, un gigantesco reinicio, un enorme borrón y cuenta nueva, para el año 2030; fecha en la que proyectan implantar un nuevo orden mundial bajo el régimen de las tinieblas satánicas.

El misterio de la iniquidad ya está operando, ya está en acción, preparando todo el escenario para su aterradora manifestación final. Es verdad que nosotros no esperamos al anticristo sino a Cristo, pero Cristo no vendrá sin que antes se manifieste el inicuo, el hombre de pecado. Y nuestros ojos contemplarán acontecimientos maravillosos. La gloria es del Señor.

Capítulo 11

EL MISTERIO DE LA TRANSFORMACIÓN DEL CUERPO DE LOS SANTOS Y EL ARREBATAMIENTO DE LA IGLESIA

«*He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados,* [52]*en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados*»

1 Corintios 15:51,52

A pesar de que el Señor lo ha revelado, el cumplimiento de este misterio tendrá lugar al final de la presente dispensación; y se relaciona con la transformación de nuestros cuerpos corruptibles en cuerpos gloriosos y espirituales, para unirnos con el Señor en su venida, en la gloriosa resurrección de los hijos de Dios.

Este misterio revela la Parusía de Cristo, revela la resurrección de todos los justos de toda la historia, revela el arrebatamiento de la iglesia a la nubes para encontrarse con el Señor Jesús, y revela la inmortalidad final y definitiva mediante la transformación de todos los cuerpos mortales de los santos.

Muchos se han preguntado: «¿Qué sucederá con aquellos creyentes que estuvieren vivos aun, cuando llegue el tiempo

de la resurrección en la segunda venida del Señor?» La respuesta la tiene la revelación de este misterio. Toda esa última generación de creyentes no gustará la muerte física; su mortalidad será tragada por la inmortalidad sin la transición ordinaria a la que denominamos «muerte». Los cuerpos de los creyentes serán «espiritualizados», y su alma y su espíritu serán revestidos, sin que pasen por la experiencia de desvestirse del cuerpo.

El pasaje que acabamos de citar, 1 Corintios 15:51,52, guarda paralelismo con los textos de 1 Tesalonicenses 4:13-18, y de 2 Corintios 5:1-10; y este último, es el texto bíblico más elevado que existe sobre la inmortalidad. La simple lectura de estos tres pasajes nos revelan a la vez tres eventos futuros:

1. Revelan la resurrección de los santos que han muerto en toda la historia, los que estén en el Paraíso en esa hora; los cuales serán traídos por el Señor Jesús en su venida. Al pisar esta tierra, sus antiguos cuerpos mortales serán transformados por el poder de Dios.

2. Revelan la parusía o segunda venida de Cristo, lo que, para los creyentes vivos, será un momento glorioso de «transformación», en que ellos escaparán de la muerte, recibiendo el mismo cuerpo espiritual que les fue prometido a los resucitados; lo que representará para ellos el traspaso del umbral de la inmortalidad del alma, juntamente con el espíritu, ya con ese cuerpo de sustancia espiritual.

3. Revelan también el cumplimiento de la gran esperanza del arrebatamiento de los santos. Para los creyentes de la última generación, la segunda venida de Cristo, coincidirá con su «arrebatamiento», para que estén con Cristo sin que tengan que pasar por la amarga experiencia de la muerte física.

Pablo esperaba eso como una posibilidad para su proprio período de vida terrena; y en los tres pasajes, él mismo se incluye entre aquellos que serían arrebatados. Los textos, además, indican que la iglesia pasará por la tribulación de Apocalipsis, pues la parusía del Señor será al finalizar el gobierno del anticristo.

Los textos mencionados, junto con 2 Tesalonicenses 2:1-4; Mateo 24:29-31, Filipenses 3:21, y otros, afirman que la venida de Cristo precederá al milenio y lo inaugurará, por ser un período de restauración de toda la tierra, que pondrá fin a este orden terrenal vigente, y que se caracterizará por la justicia, mediante el reinado literal de Cristo, quien ocupará el trono de David, en Jerusalén; reinado que se prolongará por espacio de mil años. Después de eso será instaurado el estado eterno.

TODOS LOS JUSTOS SEREMOS TRANSFORMADOS

El apóstol nos dice: *«He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados*». Como lo hemos dicho en capítulos anteriores, un misterio no se trata de una verdad oculta que solamente los iniciados podían conocer; sino que son verdades de Dios anteriormente ocultas, pero que ahora son dadas a conocer a sus apóstoles y profetas. Sin embargo, tales misterios sólo pueden ser dados al conocimiento general a través de «revelación» de Dios por su Espíritu; pero como se trata de verdades profundas, algunos elementos permanecen incomprendidos, debido a la debilidad y limitación del entendimiento humano. Llegar a conocer los misterios divinos jamás se logra a través de la percepción de los sentidos físicos, y su acumulación en la mente. Esa posición se llama *empirismo*, con su *positivismo lógico*. Los sentidos humanos son demasiado débiles y perversos. Los secretos de Dios tampoco se logran conocer a través de la razón, por muy

disciplinada que sea; eso se llama *racionalismo*. La razón del hombre no ha podido dilucidar el destino humano.

No todos dormiremos, pero todos seremos transformados; esto significa que en la Biblia, el «sueño» aparece como un eufemismo frecuente para indicar la «muerte física». Como ya lo hemos dicho, en el inminente retorno de Cristo, los creyentes muertos resucitarán; los creyentes vivos serán «transformados» sin pasar por la muerte física; y así todos los creyentes recibirán el «cuerpo espiritual», recibiendo de esa manera la plena imagen de Cristo. Si en este tiempo, perdura y es permanente en nosotros esa expectación, indudablemente esa esperanza posee en sí un poder purificador para nosotros. Y para eso nos lo revela la Palabra de Dios.

En nuestra cotidianidad, vemos que cada individuo debe enfrentarse con el hecho brutal de la muerte física. Es una experiencia catastrófica y altamente misteriosa, sobre todo para los que no conocen al Señor, y que es motivo diario de noticias en el mundo. A muchos les aterra la idea de morir debido a que desconocen lo que les vendrá más allá del umbral de la muerte. Pero para el creyente de cuyos ojos se haya quitado un oscuro velo, todo es diferente; ya puede ver y descansar en el hecho de que la muerte física en realidad no es fatal; es decir, para un hijo de Dios, la muerte física no mata.

En cambio, el gran contraste es que los impíos no gozan de esa esperanza; al morir, los impíos van directamente a las llamas del Hades, en las profundidades de la tierra (cf. Lc. 16:22,23); después, con ocasión de la segunda resurrección en tiempos escatológicos, comparecerán ante el juicio del gran trono blanco, donde les espera la segunda muerte, que significa ser lanzado en un lago de fuego, donde la humanidad confinada allí estará sufriendo una constante agonía de

muerte; pero la muerte absoluta, la aniquilación, jamás les llegará.

Entonces, hermanos, nuestro cuerpo mortal ahora es apenas una tienda temporal. Por eso ese cuerpo físico ahora es comparado con un tabernáculo; en cambio, el cuerpo espiritual, el que tendremos, es comparado con un edificio. «*Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos.* [2]*Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial;* [3]*pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos*» (2 Co. 5:1-3). Ese edificio lo recibiremos directamente de Dios, todo por el poder divino, para la expresión y servicio celestiales.

Es por eso que aquí sólo somos extranjeros y peregrinos (cf. He. 11:13); siempre sujetos a desastres, debido a que esta tienda en que moramos en esta tierra, puede colapsar en cualquier momento. Ahora gemimos debido a que nuestra alma y nuestro espíritu son afligidos por la fragilidad, por el dolor, por la debilidad, por las inclemencias de la vida, por las enfermedades, y por la constante amenaza de la muerte que rodea al cuerpo mortal que nos sirven de morada. Además, este cuerpo mortal es víctima fácil de los impulsos pecaminosos debido a que esa fuerza productora de pecados, el hombre la lleva por dentro.

El pueblo hebreo, en el desierto adoraba a Dios en una tienda susceptible de ser transportada; era el «tabernáculo de reunión», armable y desarmable durante las jornadas; pero cuando ese pueblo fue instalado en la tierra prometida, a partir del rey Salomón, empezó a adorar a Dios en un edificio, un templo que hablaba de estabilidad, de permanencia. Ese templo era figura del cuerpo espiritual, el mismo que Cristo recibió cuando resucitó de entre los muertos, porque ese

templo también era figura de Cristo, la nueva habitación de Dios, conforme lo revela el Señor en Juan 2:19-21.

Ser transformados, aquí se refiere a la operación de Dios en nuestro cuerpo mortal, o lo que quede de él, que consiste en que en un instante lo convierte en un cuerpo resucitado, espiritual, con poderes inusitados, semejante al del Cristo resucitado; que suplantará al cuerpo físico, y que será dado como un vehículo apropiado al alma y al espíritu. Ciertamente, ese cuerpo celestial tendrá una substancia espiritual pura (1 Co. 15:44), pues será un cuerpo *espiritual*, no formado por átomos, ni por moléculas, ni por ninguna otra sustancia terrenal. De manera, pues, que este nuevo cuerpo, el espiritual, será apenas un vehículo apto para esa nueva forma de vida.

Es obvio, como todos lo sabemos, que en la iglesia, en todos los tiempos, ha habido tanto creyentes carnales como espirituales; y aun entre los espirituales, entre los vencedores, existen diversos niveles o estadios de desarrollo espiritual; y así seguirá aconteciendo hasta el fin. De ahí que, sin el ánimo de especular, es posible contemplar cierta diferencia en la pura espiritualidad del cuerpo resucitado, dependiendo de ese progreso espiritual que haya alcanzado el creyente, teniendo en cuenta, además, que en la esfera del reino milenial no habrá estancamiento, y mucho menos en el estado eterno. Los que allí estén participando, podrán progresar hasta el punto de llegar a participar de alguna manera de la perfección de Dios Padre.

La Palabra dice que esta transformación de los santos será *en un momento, en un abrir y cerrar de ojos*. La palabra «*un momento*», en el original griego, es «*atomos*», que significa «sin división»; una partícula tan pequeña que no admite división. De ahí que esa palabra vino a indicar cualquier cosa

«minúscula»; y, con referencia al tiempo, un «instante», un pestañar.

LA DESNUDEZ ESPIRITUAL

Claro, tengamos en cuenta que todos los hijos de Dios que han gustado la muerte física, ahora están en el Paraíso, en el tercer cielo. Ellos serán resucitados el día del arrebatamiento; pero en torno de eso queremos comentar que cuando la Palabra de Dios revela que cuando recibamos ese cuerpo celestial «*seremos hallados vestidos, y no desnudos*», se refiere a que hay un tiempo, para los santos que mueren, en que (en el Paraíso) pasarán por un estado de incorporeidad; estado en que, a pesar de que es mejor que nuestro estado actual en la tierra, sin embargo, aun no es el pleno disfrute y posesión de la gloria con el Señor en la personalidad humana, pues aun está incompleta su personalidad. Recordemos que el hombre es un ser tripartito. Está dotado de cuerpo, alma y espíritu. Si en el Paraíso se manifiesta algún grado de la gloria de Dios en los creyentes, significa que esa gloria será aun mayor al ser revestidos con un cuerpo celestial.

La Palabra de Dios nos revela que la peor desnudez es la espiritual. Veamos tres textos al respecto:

En el caso de Adán en el Edén después que pecó. «*Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí.* [11]*Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?*» (Gn. 3:10,11). Adán, al perder la vida y la comunión divinas en su espíritu, resultó viéndose desnudo.

«*Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial;* [3]*pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos*» (2 Co. 5:2,3). Esa desnudez se refiere al estadio del Paraíso de los santos muertos; y esto

se prolongará hasta que reciban el cuerpo celestial en la resurrección y arrebatamiento.

También en el aspecto espiritual en el marco de la apostasía del cristianismo en los tiempos actuales. «*Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.* [18]*Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas*» (Ap. 3:17-18). Esa desnudez se refiere a la falta de una vida de testimonio del creyente; una vida que se refleja en una vestidura hecha «*de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos*» (Ap. 19:8). De manera que en la vida eterna será cubierta nuestra desnudez temporal.

Incluso, vemos cierto tipo de espíritus malignos que no soportan la desnudez, como el caso de la legión de demonios que residía en unos endemoniados gadarenos, que le pidieron al Señor que al desalojarlos de los endemoniados, les permitiera posesionarse de un hato de cerdos (Mt. 8:28-34). Esta importante revelación nos va mostrando que en el futuro escatológico existe una realidad mucho más que la mera supervivencia del alma; pues es necesario, y Dios lo tiene previsto, un glorioso revestimiento para el alma y el espíritu, sea cual sea el destino de los seres humanos.

«*Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida*» (2 Co. 5:4). El caso es que no necesariamente deseáramos ser despojados de este cuerpo mortal, y así ser libres de muchos males presentes, sino que esa ansiedad consiste en que seamos revestidos de un vestuario celeste, que es

precisamente el que recibiremos los creyentes, pero eso será el día del arrebatamiento de la iglesia.

También revela la Palabra que en torno a este misterio habrá un sonido de trompeta. Si lees atentamente en 1 Tesalonicenses 4:13-18 observarás con asombro que al sonido de la trompeta de Dios ocurrirán simultáneamente tres acontecimientos:

1. El Señor Jesucristo descenderá del cielo en su gloriosa segunda venida.

2. La resurrección de los muertos en Cristo. Eso significa que el Señor Jesús, en su parusía traerá del Paraíso a todos los hijos de Dios que hayan muerto en la historia a fin de que al tocar la tierra sus cuerpos sean transformados y resucitados.

3. El arrebatamiento de todos esos santos en las nubes, donde ya viene el Señor; eso ocurrirá juntamente con todos los santos que estén en la tierra esperando al Señor. Claro que 1 Corintios 15:51,52 nos revela que los cuerpos de los santos vivos serán transformados.

Y al hablar de la trompeta, Pablo nos aclara que los hechos anteriores tendrán cumplimiento a la final trompeta, la séptima. El apóstol no había leído esto en Apocalipsis, pues este libro aun no existía en tiempos de Pablo; pero Dios le reveló que de las siete trompetas apocalípticas, el sonido de la séptima era el preludio del glorioso retorno de Cristo a tomar posesión de las naciones de la tierra (Ap. 11:15). Con certeza podemos asegurar que las «trompetas» anuncian (figuradamente) los actos y decretos de Dios. Por consiguiente, cuando termine el presente ciclo de acontecimientos y el reino de Dios tenga inicio en esta tierra, sin duda habrá una «última trompeta», que anunciará el final de esta era, o sea, después de haber sonado otras trompetas semejantes, anunciadoras de otros eventos y

decretos de Dios. Ese día los santos del Señor serán arrebatados a las nubes. Esta misma figura aparece en Isaías 27:12-13, hablando de la futura reunificación de Israel.

Ahora podremos comprender mejor cuando dice que «*los muertos serán resucitados incorruptibles*», cuando recibirán el cuerpo glorificado y espiritual; y los que se encuentren vivos lo recibirán sin que tengan que experimentar la muerte física, pues sus propios cuerpos serán transformados. Ahora, todo eso ocurrirá en un ápice de tiempo. En ese exacto instante todos los redimidos se tornarán seres «inmortales». Por eso mismo todos los hijos de Dios debemos considerarnos extranjeros y peregrinos en la tierra, visto que nuestra verdadera ciudadanía está en el reino eterno.

Bueno, a partir del glorioso momento del arrebatamiento, comienza la verdadera inmortalidad en la existencia de los santos; y esa inmortalidad no sólo se identifica con una existencia sin fin en la eternidad, sino que la esencia misma de la inmortalidad se relaciona con una constante perfección y con la participación en la propia vida divina. Entonces, en el momento del arrebatamiento, el santo comienza a ser un ser inmortal, dejando atrás toda herencia adámica, dotado de un cuerpo espiritual libre de todas las ataduras y limitaciones de la existencia mortal de la tierra. Allí, en ese escenario glorioso, el santo comienza a dar los primeros pasos de otra dimensión de la vida.

Después de la resurrección, el creyente va en camino de participar en el reino milenial de Cristo, y en el interminable estadio final de la glorificación. La glorificación es el resultado y la meta de todos los demás aspectos de la salvación. La glorificación será una realidad en los redimidos cuando lleguen a participar plenamente de todo lo que Cristo es y tiene. Cuando el hombre pecó en el jardín del Edén, perdió la gloria de Dios (cf. Ro. 3:23). El camino más rápido y eficaz para

nuestra glorificación, es el desarrollo del amor divino en nuestro corazón. El amor es lo que produce en el redimido la transformación moral, la cual conlleva su poderosa transcendencia sobrenatural.

Hermanos, ahora mismo estamos aquí en esta tierra; tenemos una vida terrena presente que nos la ha dado Dios; estadio donde los creyentes se dividen entre carnales y espirituales, con algunas variantes intermedias; y claro, el descuido con lo que atañe al reino de Dios es cada día más deprimente; pero Pablo nos hace una gran exhortación. Miremos en Col. 3:1-5:

«*Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.* [2]*Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra.* [3]*Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.* [4]*Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.* [5]*Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría*».

Nos conviene que tengamos conciencia de nuestra condición de hijos de Dios, y que, como tales, carguemos sobre nuestros hombros la responsabilidad de escuchar al Señor, de renunciar a los compromisos terrenales que nos estén apartando de los propósitos de Dios; después será demasiado tarde. Si ya pertenecemos a esa esfera superior, lo más prudente es que nuestros corazones estén ya andando en ese sitio, haciendo la voluntad de Dios.

Capítulo 12

EL MISTERIO DE LA VOLUNTAD DE DIOS

La restauración de todas las cosas

«*Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en si mismo,* [10]*de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra*»

Efesios 1:9,10

Como hemos reiterado, un misterio es alguna profunda verdad divina, antes oculta a las criaturas, que ahora nos ha sido revelada, para que fuésemos iluminados acerca de algo transcendental. Como todos los misterios, Dios da a conocer este secreto de su corazón, primeramente a los apóstoles y profetas neotestamentarios, luego a todo el que se interese por buscar el rostro de Dios y conocer su voluntad; y el Señor lo hace a través de revelaciones divinas que son proporcionadas intuitivamente a sus siervos por el Espíritu Santo, y el entendimiento íntimo, para que comprendamos correctamente el objetivo de esas revelaciones de Dios, a fin de que sean conocidas por todo el mundo, con el objetivo de que los hombres reciban conocimiento de la gloria de Cristo, y de sus promesas a los hombres. ¿Quieres tú saber acerca de lo que constituye la revelación íntima de Dios nuestro Padre? La

Palabra de Dios nos insta a ser «*llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia*» (Col. 1:9); «...*a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento*» (Col, 2:2,3).

Aquí tenemos uno de esos misterios, el misterio de la voluntad de Dios. Cuando Dios creó al hombre, lo puso sobre todas las cosas en el Jardín del Edén. *«Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra*» (Gn. 1:28). El término *sojuzgar* tiene el peso semántico de sujetar, dominar, incluso mandar con violencia. Eso significa que el hombre antes de la caída tenía la responsabilidad y el honor del gobierno de la creación. Pero al pecar, ese principado sufrió un giro catastrófico, y recayó en las manos de Satanás, el actual príncipe de este mundo. Y esto afectó profundamente a toda la creación, hasta el punto de que la tierra empezó a producir espinos, abrojos y cardos, algo extraño antes de la caída. La creación entera sufrió cambios significativos; y el cielo mismo se vio afectado con todo esto. Juzga por la siguiente declaración.

«*Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios.* [20]*Porque la creación fue sujetada a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza;* [21]*porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.* [22]*Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora*» (Ro. 8:19-22)

Buscando alguna cara del multifacético trasfondo de este asunto, podemos encarar también, de una manera sucinta, el drama de la torre de Babel. Como se sabe, Babel es una

confusión que se ha prolongado en la historia. A pesar de que la humanidad volvió a multiplicarse a partir de la familia de Noé, familia que Dios había salvado con ocasión del gran diluvio universal, después de haber terminado con toda la civilización humana, sin embargo, la humanidad volvió a pensar en la idolatría; y eso se convirtió en una verdadera tragedia; claro, como consecuencia, una vez más, de la caída de Adán.

Pensando en la torre de Babel, los hombres pretendían erigir una unidad social lejos de la voluntad divina, una unidad basada en una independencia de Dios; como si dijéramos, una unidad ecuménica, labrada con esfuerzo humano, sin tener en cuenta la voluntad de Dios; como si Dios no existiera; dejando a Dios de lado: querían labrarse una unidad fundamentada en el humanismo, cuyo fin sería la adoración al enemigo de Dios.

En la primitiva sociedad de ese tiempo, los hombres «*dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de la tierra*» (Gn. 11:4). No obstante, Dios, para evitar que el hombre llegara a concretar un proyecto de tal envergadura, les confundió el lenguaje; y eso hizo que se debilitaran semejantes planes; esos propósitos del hombre perdieron fuerza, y como resultado, se dispersaron: y cada quien siguió viviendo como bien le pareciera.

Por otra parte, después de la caída en el Edén, el corazón del hombre se fue degradando y llenando de egoísmo y de controversia; el hombre prosiguió caminando en tinieblas; entonces toda intención de unidad sin Dios termina en una catastrófica tragedia. Y el hombre se saturó su corazón de odio y de ambición, y llegaron las guerras, y se llenó el panorama humano de mucha violencia, y la tierra de un continuo baño de sangre.

Entonces, ¿qué había pensado Dios para darle solución a este caos? ¿Qué quiere Dios? ¿Cuál es la respuesta de Dios al desastre de Babel? Hermanos, toda esa confusión, esa horrible tragedia será finalmente solucionada por medio de un Hombre designado por Dios. En los consejos divinos, Dios tomó la determinación de designar a un Hombre y hacerlo cabeza sobre todas las cosas, y como cabeza, unificar, reunir, todas las cosas en torno a Él. Pero en toda la humanidad, Dios no pudo encontrar ese Hombre. Pudo haber recorrido todas las tribus esparcidas por todo el mundo, y vio que no había justo ni aun uno. Por eso en sus consejos divinos hubo una decisión transcendental. Allí, en los cielos, fue escogido ese Hombre. Y, ¿saben quién es ese Hombre? Es el propio Hijo de Dios. Pero, tal vez por motivos de seguridad, o porque el hombre no podría comprenderlo en otras eras, todo esto lo guardó Dios como un secreto en su corazón, y fue constituido un misterio hasta el cumplimiento de los tiempos. Pero ya fue revelado.

«*dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en si mismo, [10]de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra*» (Ef. 1:9,10).

Y aconteció la encarnación del Verbo de Dios, y la vida humana de Jesús; y Dios hecho Hombre caminó con los hombres, sufriendo los embates de una encarnizada oposición; y como colofón, los hombres lo mataron; y como resultado, se verificó la obra salvadora en la cruz en el Monte Calvario; y al resucitar al tercer día nació la iglesia; y los hombres volvimos a hablar una sola lengua, una lengua desconocida en la tierra, la de Cristo. Pero en la historia de la iglesia se ha operado un fenómeno; en este punto de la historia, en los días que vivimos, los hijos de Dios también

están dispersos, algo así como un coletazo de la dispersión de Babel. La cristiandad desconoce que la unidad de la iglesia es un propósito de Dios. Y no solamente de la iglesia, sino de todas las cosas; Dios quiere reunir todas las cosas pero en torno de Cristo.

¿Cómo está Dios obrando para que todo el cuerpo de Cristo vaya recibiendo esa revelación de la unidad? Si hay voluntad entre los hijos de Dios, si deseamos y nos dejamos guiar por el Espíritu, entenderemos que Dios quiere esa unidad de todos sus hijos, muchos de los cuales están dispersos y divididos. Por eso ha sido revelado este misterio de la voluntad de Dios, de reunir todas las cosas en su Hijo, el Señor Jesucristo.

Los hijos de Dios podemos enfrentarnos con barreras humanas y diversidad de culturas e idiomas; pero tengamos en cuenta que, por encima de todo eso, ahora tenemos un mismo lenguaje espiritual, ahora podemos hablar el mismo lenguaje interior por el Espíritu Santo, el lenguaje del reino celestial. Ahora todos podremos comprender que formamos un solo organismo vivo, que es el cuerpo de Cristo.

Lo más importante en medio de todo esto es que Dios lo quiere hacer, que ha sido determinado por Él, que tiene su origen en su voluntad soberana, la cual opera de conformidad con su beneplácito; su voluntad se centra en este misterio; Dios está trabajando para hacer una realidad este secreto que tenía guardado en su corazón, y lo hará en toda su creación. El misterio de la voluntad de Dios de reunir todas las cosas en Cristo, incluye a todos los demás misterios que aparecen en el Nuevo Testamento.

¿A qué se refiere ese beneplácito del corazón de Dios que va en consonancia con su voluntad? Pues, Dios vio que por causa del pecado, a su creación le sobrevino la maldad y amarga destrucción, que es todo lo contrario a lo que agrada

al Señor, aquello que le parece bueno. A Dios lo mueve una razón y un designio indiscutiblemente regidos por el amor, por su misericordia infinita y por la bondad, con relación a toda su creación. El deseo de Dios es que todas las cosas vuelvan a sujetarse a la voluntad de Él; que reine la justicia en toda su creación; que todo vuelva a resplandecer con su luz; que desaparezca toda miseria y dolor en sus criaturas.

El centro de los propósitos de Dios es Cristo, porque por Él fueron creadas todas las cosas; y fueron creadas para Él y en Él; es decir, que los propios hombres fueron moldeados por Dios según el Verbo, pues el alcance final de la voluntad de Dios es que los humanos redimidos participen de la misma naturaleza de Cristo Jesús. Téngase en cuenta que la caída del hombre en el Edén, no alteró el propósito eterno de Dios. Ese propósito continúa incólume una vez que todas las cosas vuelvan a ser reunidas en torno del Señor Jesús.

El máximo misterio es el de la voluntad de Dios, que es el de reunir todas las cosas en Cristo; de ahí que todas las cosas encuentran su existencia, propósito y significación en Cristo Jesús. Cristo es el punto culminante o centro en torno de quien todas las cosas tienen su existencia y sentido, «...*tanto las que están en los cielos, como las que están en la tierra*...». Sin duda, absolutamente nadie puede acercarse a Dios a no ser a través del Verbo de Dios, la auténtica imagen de Dios; y cualquier acceso futuro al Padre, habrá de ocurrir de la misma manera, a través del Hijo. ¿Podrá alguien, alguna criatura, tener tal grado de perfección y gloria como para alcanzar la accesibilidad para ver a Dios cara a cara y aproximarse a Él? No, sólo su Hijo, el Señor Jesucristo, puede hacerlo. Dios es *«el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno*» (1 Ti. 6:16).

Entonces, podemos ver que al final todo el bienestar y la unidad universal de todas las cosas, todo lo bueno y el cuidado que Dios quiere para su creación, todo se centraliza en torno de Cristo. Ahora tenemos la oportunidad de ir conociendo que todas estas cosas maravillosas hacen parte del misterio de la voluntad divina, siendo el propósito de Dios que todas las cosas tengan su centro en Cristo, el Verbo eterno. Y pensar que toda la historia de la humanidad, todo el acontecer de los siglos, de las naciones, de las culturas, solamente es el proceso terreno de eso que está teniendo lugar frente a nuestros ojos.

El término griego traducido «reunir», literalmente significa «recapitular», reunir todo bajo una sola cabeza, pues la creación entera tiene su centro y verdadero propósito, razón de ser y destino final en Cristo. Él es la cabeza de todas las cosas (Ef. 1:22); Él es el núcleo central, y la unidad cósmica en cuya órbita debe girar todo el universo. Hablando de Cristo, dice: «*Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos*» (1 Co. 15:28).

Entonces, el misterio de la voluntad de Dios va dirigido a la restauración universal de todas las cosas, «*en Aquel que todo lo llena en todo*» (Ef. 1:23). Así como Dios creó todas las cosas, pero por el pecado sufrieron una dispersión, ahora tiene el propósito de restaurarlas, y ha venido trabajando en ello; incluso la redención es un aspecto importante de ese propósito; y nosotros, los hijos de Dios estamos llamados a colaborar en esa restauración, *«hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios*» (cf. Ef. 4:11-13). Esto nos habla de una necesaria unidad en torno de Cristo; y la unidad en Cristo nos habla de armonía, buena voluntad, de sometimiento, de humildad, de bienestar en el corazón.

Decía que la redención es un aspecto de la restauración de todas las cosas. ¿Por qué es sólo un aspecto? Porque la redención solamente involucra a los elegidos, quienes participarán de la propia imagen y naturaleza de Cristo. «*Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos*» (Ro. 8:29). También los elegidos participarán de la propia naturaleza divina; «*para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina*» (2 P. 1:4). Los elegidos pasarán de un estadio de gloria a otro, pues la glorificación de ellos será interminable, en la medida que vayan avanzando en el conocimiento de Cristo. «*Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor*» (2 Co. 3:18).

De manera, pues, que los redimidos ocupan un lugar predominante en este propósito del Señor de restaurar todas las cosas en torno de Cristo. Y todos los demás misterios están involucrados en este gran misterio de la voluntad de Dios. El misterio que estamos viendo hoy es una especie de restauración universal que incluye la unidad universal en torno del Hijo de Dios.

¿Qué encierra, pues, esta restauración de todas las cosas en Cristo? Haciendo una sucinta enumeración, digamos que este misterio incluye a Israel como nación y el cumplimiento de todas las promesas relacionadas; Israel, como nación, tendrá como Salvador, Señor y Rey al Señor Jesús (cf. Ro. 11:26); encierra la iglesia, que será la comunidad de los hijos de Dios, los humanos redimidos, ya resucitados y todos juntos después del milenio. Encierra, además, la nueva creación, cielo nuevo y tierra nueva como habitación de todos los seres unificados; todos los seres inteligentes, incluyendo todos los ejércitos

celestiales con sus huestes angelicales. Descenderá del cielo la Nueva Jerusalén, como tabernáculo de Dios con los hombres y centro del gobierno universal. También, además de la iglesia y los seres angelicales, que seguramente tendrán asuntos que cumplir en las regiones celestes, en la tierra habrá naciones (cf. Ap. 21:24; 22:2) habitadas por seres humanos, que, por cierto, jamas gustarán la muerte física que reina en estos momentos entre los mortales..

¿Cuándo tendrá pleno cumplimiento esta restauración de todas las cosas en Cristo? Dice que «...*en la dispensación de la plenitud de los tiempos*...». Esta plenitud de los tiempos transciende a este tiempo y todo lo que es meramente terreno. La palabra *dispensación*, del griego «*oikonomia*», significa primariamente el gobierno de una familia, o de los asuntos de una familia (*oikos*, casa; *nomos*, ley); entonces, indica el gobierno o administración de la propiedad de otros, esto es, una mayordomía (Lc. 16:2,3,4). Nosotros, como mayordomos, tenemos la responsabilidad de administrar las cosas de Dios, sobre todo de todo lo relacionado con el evangelio del reino.

Entonces, al referirnos al cumplimiento de este misterio, más que en el tiempo, el énfasis de este versículo recae sobre la idea de «gobierno», sobre un tipo especial de gobierno, sobre un orden social bajo la orientación de cierta especie de economía o poder ejercido por Dios en su Hijo. Indiscutiblemente, habrá un orden social enteramente nuevo, y será regido por el poder y la persona de Cristo.

Todos estos tiempos o dispensaciones que estamos viviendo, que se están moviendo en el *cronos* y en el *kairós*, incluyendo la dispensación de la gracia y la del reino milenial de Jesucristo, indudablemente producirán una nueva dispensación, que será el cumplimiento, o el disfrute pleno, de todos estos períodos o ciclos de la economía de la salvación; y todo esto se está encaminando hacia las correctas y específicas

relaciones de Dios con sus criaturas; ese es el gigantesco alcance del misterio a que nos estamos refiriendo. Es una verdadera progresión en el tiempo de Dios.

Téngase bien presente que en todo este propósito de Dios relacionado con la reunificación de todas las cosas en Cristo, la iglesia será la plenitud del Señor, y a la vez se convertirá en la fuerza más poderosa y conspicua de su expresión. Y veremos a todos los seres inteligentes, a los ejércitos angelicales, como sus legiones de poder y actividad.

Este misterio tendrá su plena manifestación y cumplimiento cuando Cristo haya de asumir la posición que le compete, cuando haya de ocupar de manera universal su posición como suprema cabeza de todo; y esto acontecerá a los ojos de todas las criaturas inteligentes.

La reunificación de todas las cosas en Cristo, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra, es decir, la creación entera, incluye todos los campos de la existencia de seres inteligentes, incluyendo seres espirituales unificados en Cristo; también revela que la misión de Cristo en la tierra tendrá un éxito total, y habrá alcanzado hombres y mujeres de todas las razas sobre la tierra, sin distinción. Finalmente y para siempre todo estará en paz, en perfecta armonía, bienestar, propósito y gloria, guardando siempre un perfecto equilibrio en las diversas esferas de la creación.

¿Cuál es el rol del hombre en el cumplimiento de esta gran unidad de todas las cosas en torno de Cristo? Dios revela en este misterio de su voluntad, que Cristo es el unificador de todos los seres inteligentes, cuyo propósito es que esos seres lleguen a exhibir la grandeza de Cristo, a incrementar el bienestar del Señor, mientras que ellos mismos también participarán de la gloria del Señor.

Es asombroso lo que revela la Palabra de Dios respecto del hombre en los propósitos de Dios. Dice que es el deseo de Dios declarado en el misterio de su voluntad, que en esa tarea unificadora de todas las cosas en torno a Cristo, el hombre sea perfeccionado de tal manera que llegue a la misma plenitud de Aquel que todo lo llena en todos.

A medida que el hombre va siendo transformado en su carácter moral (cf. 2 Co. 3:18), a medida que la vida de Dios se va desarrollando en el hombre interior del creyente, a medida que la vida divina por el Espíritu Santo va produciendo el fruto que refleja el carácter de Cristo, entonces indefectiblemente provoca en ti una alteración metafísica, una alteración que no se puede percibir meramente por medio de los sentidos físicos; y tú mismo percibes que vas sufriendo una transformación en la imagen misma de Cristo; y aflora en ti el mismísimo carácter de Cristo, el hombre manso, humilde, pacífico, paciente, perdonador, sometido, benévolo, dueño de un amor sufrido raro entre los hombres, longánime, conforme lo describe Gálatas 5:22,23.

«*Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe,* [23]*mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley*».